

José Abad

LIBREPENSADOR / SABIDURÍA UNIVERSAL
MAESTRO EN EL ARTE DE LA ENSEÑANZA

JOSÉ ABAD

Humildad. Del campo a la ciudad.
Raíz de la tierra caldense



Autor

Sofía Giraldo Pérez

ISBN : 978-628-02-0675-2

Edición y Estilo

Laura Angélica Parrado

Sócrates Cardona Giraldo

Vladimir Velásquez Giraldo

Ilustrador

Jacques Philippe Villiers Miranda

Editores

Myriam Helena Corredor

Rubinel Giraldo Pérez

ITGA Ingeniería SAS

NIT 90026264177-2

Calle 57ª Bis N° 16-09 Piso 5º

Dirección de arte, diseño y Diagramación

Javier Alejandro Velásquez



Sofía Giraldo Pérez:

Docente catedrática de la Universidad del Tolima y la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Después de casi 25 años dedicados a las aulas, Sofía ha logrado un equilibrio entre su vocación de maestra y una pasión que siempre ha llevado en su corazón: la escritura.

Esta escritora ha encontrado en las letras la forma de honrar sus raíces y las historias que la formaron. Así nació su camino

de escritora, adentrándose en las biografías de su familia para crear obras de profunda emotividad. Primero, “Mujer de amor, lucha y perseverancia”, un homenaje a la resiliencia de su madre. Luego, “Poeta guerrero y Letrado”, un retrato lleno de admiración a la figura de su padre. Ambos libros son testimonio de su capacidad para capturar la esencia humana y las luchas cotidianas con una prosa delicada y honesta.

Ahora, con esta misma sensibilidad, Sofía entrega una nueva obra, haciendo un homenaje a su hermano José Abad, un ser que ha trascendido a través de su inmenso legado a la humanidad. Este libro es el retrato de un genio, un intelectual con el don único de la enseñanza. A través de sus páginas, Sofía plasma con elocuencia y ternura el impacto de un ser tan especial. Esta escritura es su forma más pura de expresión, una manifestación de su compromiso de llevar las historias de su vida al mundo, mostrando cómo su pasión por la enseñanza se entrelaza con su amor por la palabra escrita.

TABLA DE CONTENIDO

El Desvanecimiento Silencioso de la Mente	13
El valor del conocimiento	19
Una vida dedicada a su vocación	23
La realidad del destino	27
Primeras señales.....	31
El Legado de la Tierra: Infancia entre cosechas	37
Una lucha interna	43
Primeros sacramentos.....	51
La Angustia.....	55
La sabiduría que creció en Abad	61
El Sueño Roto de la Memoria 67	
La inesperada situación	71
Una nueva batalla en la ciudad.....	75
El mundo interior de un soñador	81
El despertar de un genio	87
Un Laberinto en la Mente	91
Años de Colegio, el intelecto	95
Primeros Pasos hacia el Liderazgo	99
Extraña Tranquilidad	103
Intelectual y Humano	105
Tiempos de Cambios y Conciencia Social.....	109
Su Espacio está en el Interior	115
Librepensador	119
Los Cimientos del Saber: Forjando un Destino Profesional	127
La Coherencia Entre el Ser y el Hacer.....	135
Resistencia y Lucha por la Dignidad Obrera	139
El Vínculo Indisoluble: La Hermandad como Destino	145
La Obsesión de un Genio.....	151
El Precio de la Genialidad	157
El Encuentro Mágico de dos Universos.....	165
La alquimia del afecto: Forjando el universo de un legado .	177
La Ecuación del Corazón: El Legado de un Maestro	189
Un Refugio del Corazón: El Regreso a las Raíces.....	205

Este libro es un homenaje a la vida de José Abad, un acto de profunda admiración, amor y respeto. Es un testimonio de sus valiosos principios, por la huella que dejó en la humanidad como pedagogo y estudioso consagrado. A través de su inteligencia, intelectualidad y enseñanzas, demostró que el amor y el conocimiento son una fuerza transformadora.

El Desvanecimiento Silencioso de la Mente

La memoria es el centinela del cerebro. - Aristóteles



Foto 1: José Abad 2016 Villa de Leyva

Quando sus pasos se arrastraron por primera vez y su cuerpo fue perdiendo el control de sí mismo, José Abad se escapaba de esta realidad, la lejanía en su mirada vislumbraba que ya su mente no iba estar aquí por mucho tiempo. Era un gesto pequeño, apenas una sombra de lo que se avecinaba. Ya no era él mismo y los olvidos se apoderaron de todo su ser, como si su cerebro se desvaneciera jalándolo hacia ese horizonte desconocido e inmenso que no tiene fin. Las primeras manifestaciones eran simples: se embolataban las llaves, olvidaba una fecha y hasta el nombre de un colega. Pero con el paso de los meses su mente empezó a desdibujarse como un papel bajo la lluvia.

Quienes conocían a José Abad notaban su facilidad con las matemáticas, su mente era ese universo de números donde buscaba el error y la lógica en sus ecuaciones. Lograba crear

fórmulas, quizás como el mismo Albert Einstein, pues sólo él veía esas operaciones y les daba otras formas de solución, convirtiéndolos en descubrimientos que nadie antes había logrado. Además, era sin duda un genio en cualquier otro tema, en filosofía citaba a Platón y Aristóteles con facilidad; hasta los cuestionamientos de la época moderna y sus confusos debates existenciales con posturas como la de Nietzsche. Era un lector insaciable, en su biblioteca se podía encontrar volúmenes tanto de grandes literatos como Ernesto Sábato, a quien consideraba su maestro, como fascinantes escritos de Carl Sagan, quien despertaba en él una pasión por el universo y toda la magia de la ciencia. También era un gran admirador de figuras como Leonardo da Vinci, ese talante renacentista cuya genialidad abarcaba el arte, la ciencia, la ingeniería y la anatomía.

José Abad siempre había sido estructurado, dueño de una gran lucidez. Le encantaban los temas relacionados con los valores infinitos, las fórmulas precisas y los pensamientos racionales. Era

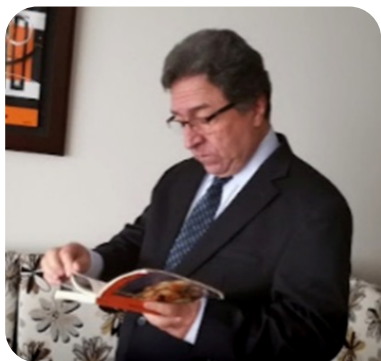


Foto 2: José Abad, hombre estructura

lógico en sus pensamientos, el mejor crítico si de política se trataba, con conocimiento de causa, un sabio en cualquier disciplina. Muchos fueron testigos de sus capacidades intelectuales, culturales y sociales. Podría decirse que su mente prodigiosa parecía absorber conocimiento sin esfuerzo, podía aprender cualquier cosa que se propusiera. Tenía la habilidad de recitar de memoria complejas secuencias numéricas o poemas que lograba

decir de atrás para adelante, con la misma facilidad que si lo dijera de principio a fin, como si su cerebro estuviera diseñado para la comprensión total. Si había que analizar un texto complejo, encontrar la falla en un argumento, o simplemente recordar el nombre de un autor olvidado, él era la persona a quien acudir. Sus conversaciones eran un sinfín de ideas, siempre bien articuladas y respaldadas por una vastísima cultura. Su gran sentido del humor era una chispa que encendía la camaradería, le permitía encontrar una respuesta más precisa, jocosa e intelectual para cada situación, haciendo que las charlas más profundas se sintieran ligeras y amenas.

Pero esa mente tan única, ahora estaba siendo arrastrada silenciosa e implacablemente hacia ese espacio perdido del que no se vuelve jamás. Al principio, sus amigos y familiares se excusaban diciendo: —*Debe estar cansado o —Seguro está distraído.* Era más fácil suponer un agotamiento pasajero, un despiste momentáneo, que enfrentar la escalofriante verdad. No cabe duda de que el cuerpo habla y eran esos silencios prolongados los que estaban mostrando esta nueva realidad. Aun así, cuando su comportamiento comenzó a cambiar, su familia no lo notó de inmediato. Quizás el tiempo estaba haciendo su propia epifanía para luego arrebatarlo de esta realidad, porque las manifestaciones iban apareciendo mientras disimulaban la ausencia; algo que parecía esporádico se convirtió en una constante. La lucidez que lo caracterizaba se estaba atenuando, como una vela que se consume poco a poco, dejando una estela de oscuridad a su paso, llevándose consigo fragmentos de su propia esencia.

Haciendo reflexiones aún más profundas pareciera que esas mentes tan brillantes no pertenecieran del todo a este universo. Es como si su intelecto tan extraordinario tuviera que salir de esta realidad. Un gran ejemplo, es el matemático John Nash, quien forjado por una mente tan extraordinaria se sentía atrapado en un lugar donde las fronteras de la percepción se difuminaban conviviendo con sus propios imaginarios, muchas veces sin saber qué era verdad y qué fantasía. Aun así, este matemático luchó contra todo pronóstico y logró emerger de ese abismo, devolviendo su mente a esta realidad o conviviendo con sus visiones. Pero a diferencia de Nash, José Abad, a pesar de todas sus luchas y la incansable dedicación de quienes lo rodeaban, fue paulatinamente envuelto y consumido por la niebla del olvido. Es como si ese tipo de mentes poseedoras de una inteligencia tan singular, estuvieran destinadas a salirse de este mundo y de alguna manera irse a otro donde la racionalidad humana no alcanza a entender; un destino enigmático que desafía la comprensión y deja solo la contemplación de su misteriosa partida.

Fueron esas tardes de marzo, cuando la transformación se hizo evidente. ¿Cómo imaginar que aquel hombre que hablaba de física cuántica, casi en conversaciones con Copérnico o Stephen Hawking luego pasaría horas frente al televisor, fascinado con los programas de la tarde? Fue en esta etapa cuando surgió una nueva e inesperada afición que desconcerta-

ba a muchos, ese gran intelectual ahora se entretenía con los capítulos repetidos de “El Chavo del Ocho”. José Abad consideraba que este personaje de entretenimiento para niños, aparentemente simple, era bastante inteligente, e insistía que siempre tenía algo que enseñar tanto a niños como a los adultos, pero, aun así, no debía ser normal estar mirando siempre este programa.

Como diría Milán Kundera “*La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido.*” José Abad no sabía que una de sus lecturas “*La insoportable levedad del ser*” le estaba mostrando una lucha silenciosa entre la memoria que se resiste y el olvido que avanza sin tregua. Parecía que no había más que hacer, José Abad trascendía a otra dimensión. Quienes estaban cerca de él, coincidían con Kundera al entender que “perder la memoria es perder identidad y verdad”, porque así se trazaba el destino de este gran hombre.



Foto 3: José Abad. Física

Tristemente la obra de Julio Ramón Ribeyro, *La tentación del fracaso*, reflexiona sobre la decadencia personal, las contradicciones humanas y el desencanto con el tiempo. Ribeyro solía hablar de personajes o figuras que alguna vez tuvieron ideales elevados, pero que con el tiempo se fueron apagando. Quizás estas circunstancias, ponen inquietas las mentes que rodean a José Abad, y así como el citado autor, su familia y amigos se preguntan sobre la vida y las complejidades de la existencia.

Valdría la pena reflexionar, en este punto, sobre la vida de reconocidas mentes a lo largo de la historia, figuras que, al final de sus incansables luchas y profundas búsquedas intelectuales, terminan regresando, de alguna manera, al principio de todo. Un caso es el de Sócrates, el gran filósofo, quien, tras una vida dedicada al conocimiento y la búsqueda de la verdad, pronunció con humildad su famosa frase: “*Yo solo sé que nada sé*” resonando a través de los siglos, sugiriendo la inmensidad de lo desconocido.

Otro caso se puede observar en Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, quien, al finalizar su monumental obra, luego de décadas analizando la psique humana y desentrañando sus conjeturas, tomó la decisión de abandonar su profesión con la profunda conclusión de que, “al analizar a otros, simplemente se estaba analizando a sí mismo a través de los demás”. Estas epifanías finales, donde la cumbre del saber da paso a una nueva forma de ignorancia, tocan con la tragedia de José Abad, donde el vasto conocimiento que acumuló se diluye sin su control, invitando a reconocer lo delicada que es la mente y en esa eterna sed de conocimiento, lo que realmente importa es la condición humana.

Pero, ¿de dónde emanaba esa sabiduría que trascendía el conocimiento convencional? ¿Acaso radicaba en los orígenes de una vida marcada por lo extraordinario desde lo aparentemente ordinario? La historia de José Abad y su singular sabiduría comenzaron a tejerse desde aquel primer aliento.

El valor del conocimiento

La memoria es el centinela del cerebro. - Aristóteles

El nacimiento de José Abad, fue en apariencia, como el de cualquier otro niño. Aquel 31 de octubre de 1955, cuando el sol apenas despertaba sobre los cafetales de la vereda Montecristo en Florencia Caldas. Envuelto en el olor fresco de la tierra mojada, el canto de los pájaros y el murmullo leve del viento entre los árboles. Lo recibió el calor de unas manos fuertes como las de su abuela, Clara Osorio, partera de muchos nacimientos y testigo del milagro de la vida. Fue el segundo de dieciséis hijos que vinieron al mundo bajo el techo humilde de Libardo Giraldo y María Pérez. Lo recibió el corazón del campo, donde la tierra se trabaja con pasión.



Foto 4: Vereda de Montecristo. Florencia Caldas

El nombre, como si ya lo esperara el destino, fue hallado en un almanaque colgado en la pared de la cocina, entre fechas marcadas con lápiz y santos olvidados. Libardo, su padre, lo vio y supo que sonaba firme, como alguien que dejaría huella.

—*¡Abad!*, dijo, como si sospechara que iba a ser grande su existencia. Pero María, su madre, fue quien lo completó con total fe:

—*Combinarlo con José, como el esposo de la Virgen, el padre de Jesús en la tierra.* Dicho por ella, muchos años después en conversaciones casuales. Es un nombre perfecto para un hijo nacido en un hogar donde se rezaba a diario el rosario y se respetaba la iglesia católica con profunda convicción. Allí en ese hogar, la esperanza se tejía con oraciones de gente creyente y trabajadora como Libardo y María. El personaje de esta historia

no estaría destinado jamás a ser un guía religioso, como el significado de su nombre, pero sí llevaría esa vocación hacia la academia y el don de enseñar.

Adelfa, su hermana mayor, apenas le llevaba un año, convirtiéndose así en la persona más cercana en su niñez, con quien compartió juegos desde la cuna. Desde muy pequeña, Adelfa demostró ser segura de sí misma, siempre iba un paso adelante. Era ella quien llevaba la batuta en las travesías que vivían en el campo. Esto era un contraste con José Abad, quien por naturaleza era más bien callado, tímido y un poco temeroso. La seguridad y decisión de la hermana mayor, se convertía en ley para José Abad, ella mandaba y él obedecía, ella era una compañía constante, la fuerza que compensaba su propia tendencia al miedo.

Desde muy temprano, la infancia de José Abad estuvo teñida por la fragilidad de la existencia. En el municipio de Florencia, no había más que un centro de salud improvisado, para atender a quienes requerían alguna ayuda; el personal no era calificado y la distancia de las veredas al pueblo podrían tardar hasta medio día caminando o dos horas, aproximadamente a caballo. Para los nacimientos de todos los niños se acudía a una partera que se encargaba de atender tanto a la madre como al recién nacido. En esa época, las mujeres no planificaban y era normal que se tuvieran muchos niños. Las parteras. Los bebés se debilitan por su condición, no se acostumbraba llevarlos al médico, sino hacerles remedios caseros, pero muchas veces no eran suficientes y morían. La muerte llegó más de una vez, llevándose a seis de sus hermanos. Después de José Abad, que era el segundo nacían y morían. Lo más doloroso para la familia, fue que esos fallecimientos se hubieran podido evitar, años más tarde aprendieron que si un niño tiene diarrea, lo primero que se debe hacer es suspender la leche materna; María jamás dejó de amamantar a sus hijos y eso trajo esa desgarradora consecuencia.

Una vida dedicada a su vocación

La memoria es el centinela del cerebro. - Aristóteles



Foto 5: José Abad. Pedagogo

José Abad dedicó casi toda su vida a la academia, como si su destino ya estuviera trazado desde la niñez, en un mundo que demandaba la misma precisión y dedicación que había aprendido en el campo. En ese mismo año 2013 estaba trabajando en el colegio Bernardo Jaramillo como coordinador académico, un cargo de inmensa responsabilidad. Sus funciones eran variadas: acompañaba a los profesores en todo lo relacionado con lo académico y disciplinario; como la implemen-

tación curricular, atendía a estudiantes y padres de familia, programaba y dirigía las reuniones relacionadas con las comisiones de evaluación al final de cada trimestre, supervisaba que los proyectos institucionales estuvieran alineados con los estándares de la Secretaría de Educación y gestionaba todos los trámites y protocolos del cargo. Su equipo de trabajo estaba conformado por unos 19 profesores, y su labor no podía tener un solo error, pues cualquier equivocación podría generar un problema para el colegio. Pero en manos de José Abad, todo marchaba con precisión, demostrando una y otra vez su impecable desempeño. Sus compañeros de trabajo se sentían a gusto en el trabajo con él como líder, mantenían una relación de cordialidad y respeto, era muy ameno el ambiente laboral. Era, sin duda, un cargo cuidadoso, por lo que su claridad mental era indispensable para el éxito académico y pedagógico del colegio.

Su oficina era un espacio organizado, donde permanecía durante las mañanas, inmerso en las tareas que demandaban concentración.

Ya entrada la tarde y en las noches, José Abad dividía los días de la semana para cumplir con otra gran vocación como catedrático en dos instituciones de Educación Superior: la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y la Universidad de América. Con una vinculación de hora cátedra, el dinero que obtenía lo aprovechaba para sus gastos cotidianos, pero era evidente que su motivación trascendía lo económico. Lo hacía por el inmenso placer de enseñar y por la profunda felicidad que le proporcionaba estar en el aula; acompañado sus estudiantes, frente al tablero o haciendo ejercicios en un cuaderno; resolver ecuaciones, era una de sus mayores satisfacciones. Sus cátedras estaban todas relacionadas con las ciencias exactas: la física, el cálculo, y la Mecánica Newtoniana. La mayoría de sus estudiantes eran futuros ingenieros en diversas ramas, como Ingeniería Civil, Ambiental o Topográfica



Foto 5: José Abad. Pedagogo

Aun con su apretada agenda, era un hombre profundamente entregado a su familia. En la casa, estaba pendiente de que a sus hijos no les faltara nada; además de brindar los cuidados básicos, se esforzaba por acompañarlos en todo su proceso de formación, siendo su apoyo y guía. Con su esposa, Myriam, también

mantenían una gran complicidad. Sus conversaciones eran muy amenas, intelectuales; se entendían a la perfección tanto en temas filosóficos como en aquellos relacionados con la literatura o la actualidad del país. Un día cotidiano en su hogar era sinónimo de tranquilidad. La unión familiar generalmente giraba alrededor de la cena. Las charlas eran el momento perfecto, donde se amenizaban escuchándose mutuamente cómo había transcurrido el día de cada uno en sus diferentes escenarios. Myriam les contaba sobre su trabajo, que a propósito se parecía mucho al de él, también estaba vinculada al Magisterio como coordinadora, y trabajaba en dos Universidades; la Universidad Pedagógica Nacional, entre semana y los sábados en la Universidad del Tolima. Sus hijos, David Nicolás y Neill Rolando, que ya eran estudiantes universitarios, hacían parte de esos espacios de intimidad familiar. José Abad, se sentía orgulloso del hogar que tenía, de sus hijos, digno reflejo de sus padres, llevaban los mejores promedios y estudiaban en la mejor universidad del país, la Universidad Nacional de Colombia.

Sería precisamente en este entorno, donde su mente se sentía confusa a manifestarse las primeras señales de un misterio que cambiaría el curso de su vida, así como en su niñez con un viaje que hizo la familia...

La realidad del destino

*La muerte no nos roba a los seres amados.
Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza
en el recuerdo. — François Mauriac*



Foto 7: Libardo, María, Adelfa y José Abad

El rumbo de la familia era incierto. A pesar de los incansables esfuerzos que Libardo y María hacían en las fincas, sentían la necesidad de un nuevo comienzo, de escapar de un pueblo donde no tenían el futuro que merecían sus hijos y que José Abad ya estaba viendo, pues nada era propio. La vida de Libardo era trabajar en una finca durante un tiempo, máximo un año, luego trasladarse a otra, trabajar un tiempo y volver a empezar

en otra, como un círculo sin fin, vivían sin estabilidad. Soñaban con alguna oportunidad en una de las capitales de Colombia, donde vivirían cerca de las hermanas de María. Libardo incluso había fantaseado con unirse a la policía, pero este fue un sueño frustrado, su altura no alcanzó para lo que solicitaban y otros impedimentos mínimos. La esperanza como única maleta, los seis miembros de la familia: Adelfa, José Abad, Alirio, Blanca Isabel una niña recién nacida, María y Libardo, emprendieron el viaje de Florencia a Manizales.

Para el pequeño José Abad, el viaje a la casa de la tía Helena era, en un principio, un torbellino de emociones. La felicidad al tener con quién jugar y compartir, un sentimiento tan grande para su edad. Sentía un gran amor por sus hermanos Adelfa y el pequeño Alirio, a quien miraba con mucha ternura. Los ojos claros, su cabello rubio y rizado eran preciosos, combinados con su alegría, siempre correteando y saltando por toda la casa. Al niño le encantaba pedirle cinco centavos a su papá para ir a comprar unos dulces especiales que se vendían en la época. Parecía tener una vitalidad que se sentía en cada uno de sus movimientos. Sin embargo, detrás de esa inocente felicidad, se ocultaba una realidad ineludible: la salud de María era muy frágil y los niños también estaban delgados y débiles.

La tranquilidad de la visita se quebró a los pocos días, cuando la enfermedad del sarampión se apoderó de los tres hermanos mayores: Adelfa, José Abad y Alirio. Aunque recibían los mismos cuidados de su madre, la curiosidad de Alirio lo llevó a un fatídico error. En un mínimo instante abrió la ventana de su cuarto y un frío helado se filtró hasta sus huesos, lo que hizo que la condición del pequeño empeorara drásticamente. Esa noche, el niño sintió tanto dolor, que se quejó sin parar. Pasaron pocos días y no levantaba aliento. María vigilante lo acompañaba, José Abad, incapaz de dormir, vigilaba con el ojo pegado a la rendija de la puerta de palo, hasta que el silencio llegó por fin. El pequeño Alirio no soportó más la agonía de su cuerpo; sus pulmones dejaron de luchar y su respiración se desvaneció por completo en medio de la oscuridad. José Abad, al darse cuenta, corrió al lado de Adelfa quien también estaba despierta, se encogió en su almohada y sollozó sin control. Sintió un dolor tan grande, una punción tan aguda que no podía creer que su hermano, con quien unos días antes estaba jugando, ya no iba a volver. El

mundo de José Abad se derrumbó partiendo su vida en dos: un antes, donde su hermano existía, y un ahora, donde el vacío y la incredulidad lo habían invadido todo.



Foto 8: Pueblo de Florencia Caldas

Pero la tragedia no se detuvo ahí. La debilidad de María, agotada por la enfermedad y el duelo, se transmitió a Blanca Isabel, la niña que amamantaba, de apenas dos meses. El dolor en el cuerpo de su madre se deslizó a través de su leche materna, convirtiéndose sin querer en un frío que el cuerpo de la bebé no pudo soportar. Era como si el mismo hielo de la muerte que había arrebatado la vida de Alirio, ahora sin piedad cobraba a la inocente niña. La pequeña también murió a los pocos días, dejando a María devastada, sólo con sus dos hijos restantes, Adelfa y José Abad. Ella con el corazón destrozado y el cuerpo frágil, solo podía protegerlos y cuidarlos, con la desesperada conciencia de que la vida, a veces, se negaba a dar tregua.

Libardo se había ausentado para trabajar en una finca durante dos meses. Al regresar, encontró a María en cama, consumida por el dolor y tristeza. Sintió impotencia por no haberse enterado a tiempo, para acompañar a su familia y el dolor de ver que había dejado a cuatro hijos y solo encontró dos, lo consumía de impotencia y apagó la esperanza de continuar allí. La vida de Adelfa y Abad, marcados por la tragedia, parecía tener una misión muy grande en el mundo.

No tuvieron más razones para quedarse. Regresaron a Florencia, donde Libardo volvió a trabajar en las fincas como hacendado mientras su hogar se iba llenando de nueva vida. Lo que estos jóvenes padres no sabían era que, sin pensarlo, estaban forjando un cimiento inquebrantable, criando hijos forjados por el campo, creando un hogar inquebrantable y resiliente.

Primeras señales

La memoria es un monstruo extraño; olvida las cosas que queremos recordad y recuerda las cosas que no queremos olvidar. Cormac McCarthy.



Foto 9: José Abad y Myriam

Antes de que la familia se enterara de la nefasta noticia, Myriam, su esposa, consideró que debían aprovechar que sus hijos, Neil Rolando y David Nicolás, se habían ido de paseo a Orlando, Florida. Con gran emoción, emprendieron el anhelado viaje que habían planeado tantas veces. En su carro azul, se dirigían a San Agustín, ilusionados con el paisaje del Tolima desfilando por sus ventanas. El camino los llevó por la majestuosa represa de Prado, donde el sol se reflejaba en la laguna. Finalmente, y sin contratiempos, llegaron a Neiva, a la promesa de descanso que ofrecían las termales. Myriam, con el alma dispuesta, ya se encontraba sumergida en las aguas curativas. De repente, un afán inexplicable, se apoderó de José Abad de manera abrupta. El desconcierto se dibujó en el rostro de Myriam cuando lo vio, sorprendentemente, ya vestido y con el ánimo de partida. —*Qué raro, si acabamos de llegar*, se dijo a sí misma, sintiendo que la armonía del viaje se desvanecía en

un instante, ella acudió rápidamente y salieron. De nuevo en el trayecto, Abad paró el carro, miró el kilometraje, vio el mapa y, exclamó:

—No, yo no voy por allá. Ella le preguntó:

—Abad, ¿por qué? Yo ya conozco, fui con la universidad. Este viaje lo planeamos para que tú conozcas.

Pero él fue inflexible y se devolvieron sin ir al sitio. De regreso pasaron por el Guamo, donde se encontraron con Nidia, la cuñada de Teresa hermana de Myriam. Estuvieron allí muy poco tiempo, se hospedaron en un hotel, aprovecharon para darse un chapuzón en la piscina y se devolvieron de prisa a Bogotá.

Ya en la capital hablaron con Isabel, otra de las hermanas de Myriam, esta se sorprendió de que el viaje solo hubiera durado tan poco.

—Ya llegamos a Bogotá, Chavelita, le dijo Myriam.

—Esos paseos tan raros de ustedes, respondió Isabel. Myriam le explicó:

—A José Abad le dio afán y nos devolvimos, no quería. Lo vi cansado y, pues, nos vinimos. Vamos a seguir pasando las vacaciones en nuestra casa mientras llegan los hijos. Así pasaron la Navidad de 2012.

En enero, Myriam y Abad decidieron visitar a Pedro, padre de Myriam, en el municipio de Genesán, Boyacá. Para ese entonces, solo Abad manejaba el carro. Llegaron de la forma más normal que se hacen las visitas, pasaron un sábado feliz en familia, saludando a todos. La velada fue tan amena que decidieron quedarse hasta el domingo para regresar a Bogotá. Ya en el camino de vuelta, hicieron una parada en un conocido puesto donde vendían frutas. Era su costumbre: a la ida, compraban fruta para llevársela a Pedro, y de regreso, se detenían de nuevo para adquirir los productos frescos que consumirían en casa durante la semana. Myriam se bajó del carro y le dijo a Abad:

—Espérame aquí que voy a comprar la fruta. Él asintió, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Myriam se descuidó un momento, pero la sorpresa fue cuando lo vio conduciendo en círculos, dando vueltas y vueltas sin control. En una de ellas, rayó el carro, por un lado, y cuando ya iban saliendo del sitio, lo volvió a rayar por el otro. Era como si hubiera perdido la facultad de manejar. Myriam, atónita, lo miró y le dijo...

—Abad, ¿qué te pasa? Pues estaba sorprendida. A pesar del extraño incidente, el viaje de regreso a Bogotá se desarrolló de manera natural, como estaban acostumbrados. Sus charlas se

dieron con la misma fluidez que caracterizaba sus días. Mantuvieron una conversación profunda sobre temas que les apasionaban, con preguntas y respuestas lógicas que disiparon la tensión del momento. Llegaron a casa sin más contratiempos.

En febrero de 2013, la rutina pareció volver a la normalidad. La vida recuperó su ritmo habitual, y José Abad retomó su trabajo. Cada mañana, él y Myriam pasaban a recoger a una compañera. Sin embargo, este trayecto cotidiano comenzó a revelar un patrón inusual que Myriam no podía ignorar. Al pasar frente a la Clínica Méderi, antes San Pedro Claver, Abad iniciaba siempre la misma historia con la misma emoción y familiaridad, como si la contara por primera vez:

—Aquí fue donde mi mamá tuvo a mis hermanos —decía—. Este era el hospital del Seguro Social, donde nos atendían a todos, ya que papá trabajaba en la Ladrillera La Candelaria

Con una mezcla de cariño y extrañeza, Myriam le decía:

—Abachito, —así le decía Myriam de cariño— esa historia ya nos la contaste ayer. Pero él continuaba, una y otra vez, la misma narración. La repetición insistente de la anécdota comenzó a sembrar una profunda inquietud en Myriam, quien, aunque aún no entendía la gravedad de la situación, le pedía:

—Ya me lo dijiste, ya no lo repitas más. Todo transcurrió así durante enero y febrero. Myriam, también trabajaba como catedrática en la Universidad Pedagógica y en la del Tolima, en esta última, orientaba tutorías los sábados. Estando en el aula con sus estudiantes, sonó el teléfono. Se sorprendió al ver que era Edith, una compañera de trabajo de José Abad y que ella también conocía de tiempo atrás. Era inusual que se contactaran. Tan pronto escuchó la voz del otro lado, su tono le sorprendió...

—Myriamcita, tengo mucha pena de tener que llamarla—, Dijo Edith con voz titubeante. Myriam sintió un escalofrío.

—¿Qué pasó? Edithcita—, preguntó de inmediato.

—Tengo algo muy importante que decirte. Lo que pasa es que hemos notado a José Abad muy raro.

—¿Raro en qué sentido? — Myriam sentía que el corazón se le aceleraba.

Edith le contó una serie de hechos que habían encendido las alarmas en el colegio:

—Él no se queda en las reuniones, se levanta de la silla, da una vuelta, vuelve y se sienta. No le ha respondido los correos a la rectora, y vimos que ella le llamó la atención muy fuerte por algo que él debió hacer y no lo hizo. Sería bueno que te pusieras a la tarea de mirar a ver qué pasa.

La noticia fue un shock para Myriam. José Abad se caracterizaba por ser un gran trabajador, responsable y brillante, no solo como coordinador sino en toda su vida académica. Jamás había faltado a sus funciones y sus evaluaciones siempre reflejaban su excelencia. Con el corazón alterado por la angustia, Myriam hizo una retrospectiva de los últimos meses: los extraños incidentes en el viaje a San Agustín, el descontrol en el puesto de frutas, y ahora la repetición constante de la misma historia. Era demasiado. Era hora de buscar ayuda médica para entender qué le estaba sucediendo a su esposo. No eran en vano los recuerdos de José Abad, retomaba cada escenario de su vida como si lo estuviera viviendo en el instante...

El Legado de la Tierra: Infancia entre cosechas

*El niño tiene cien lenguajes, cien manos, cien pensamientos,
cien maneras de pensar, de jugar y de hablar.”
- Loris Malaguzzi*

En esas lejanías, la vida transcurría en la vereda Montecristo, un lugar donde el tiempo parecía medirse por las cosechas. A unas tres o cuatro horas de Florencia, de Samaná, Caldas, una imponente y verde montaña se alzaba aislada, y en su seno, la familia de José se aferraba a la tierra. Libardo, era el cimiento tangible de su mundo. Consagrado a la administración de la finca con mucha devoción, su presencia era la de un hombre que se había forjado a la medida de la tierra. A pesar de su estatura baja, la fuerza que emanaba de su cuerpo delgado era indiscutible, y su andar era una declaración de pertenencia, de una relación inmensa con la tierra que cuidaba. Sus ojos, de un verde como el de las esmeraldas, destilaban la sabiduría. Era un hombre que había aprendido a leer el clima y la cosecha. Su nariz alargada y la piel clara marcaba un linaje que se complementaban con el bigote, compañero inseparable, un rasgo que definía su carácter.

María, era el corazón de la casa, encargada de cocinar y atender a los trabajadores. Muchos de ellos se les decía andariegos ya que permanecían solo durante la recogida de la cosecha. En medio de este escenario, José Abad y su hermana Adelfa se movían como niños intrépidos, jugaban en las laderas y exploraban cada rincón. Él era un observador silencioso que absorbía cada detalle de su entorno, cultivando profundos pensamientos.

La finca proveía casi todo el sustento. El frijol, el maíz y la caña de azúcar eran la base de su alimentación, y cada quince días, ese espacio se transformaba en una pequeña fábrica. Adelfa y su hermano, ayudaban a moler la caña en el trapiche, un molino pequeño y manual, dos hombres agarraban el molino, uno por cada lado y lo giraban con fuerza en sentido contrario, haciendo crujir la caña mientras José Abad, con sus pequeñas manos, introducía los tallos en las fauces del molino y Adelfa retiraba el

bagazo ya exprimido, mientras el jugo dulce, el guarapo, comenzaba a brotar, caía en un recipiente. Este ritual aseguraba la panela para preparar el líquido que tomaban a diario, el sustento de los trabajadores por dos semanas aproximadamente, esto les enseñó el valor del trabajo y la conservación de los alimentos. Las mentes infantiles de ambos niños se fortalecían con valores propios de los campesinos que aman las cosechas y lo que producían.

La tierra también regalaba otros tesoros: el cacao, que se secaba al sol para crear deliciosas bolitas de chocolate casero, y el café, que seguía un proceso maravilloso, para liberar su aroma inconfundible. María, era una mujer joven, su cuerpo parecía fuerte para su edad por su textura un poco gruesa, ya se había enfrentado a la vida del hogar y la crianza de hijos. Su tez morena y su abundante cabello enmarcaban un rostro alargado donde una expresión seria dominaba, inspirando un respeto natural, con una dedicación que solo una madre campesina puede tener, solía criar hasta cuarenta gallinas, era la proteína de la familia y los trabajadores. Todo se cocinaba en el fogón de leña, un altar rústico de piedras y humo, y cada mañana el maíz se molía para las arepas, un rito diario que José Abad y Adelfa veían como el corazón del hogar. A los niños se les servía en el mismo plato, lo que fortalecía esos lazos de hermandad, compartían la cuchara y al niño, jamás le faltaba su arepa como parte de su alimento tanto en el desayuno como en el “algo” llamado así en esa región, que era consumir algo en la media tarde.

Así transcurrían los días en Montecristo rodeados de naturaleza, el esfuerzo de Libardo y sus trabajadores y la profunda conexión de la familia con la tierra. Dada la ubicación de la vereda, los campesinos practicaban una técnica que heredaron de sus padres, llamadas “rocerías”. Se hacía para el



Foto 10: Adelfa y José Abad

verano de agosto, consistía en quemar la maleza densa, alguien en la parte de abajo encendía el fuego con hojas secas y éste se esparcía por todo el terreno de siembra. A los pocos días se renovaba la tierra y estaba fértil nuevamente para un nuevo ciclo de siembra, lo que permitía que la tierra entregara nuevamente sus frutos; maíz, frijol, semillas de tomate, café, plátano, yuca. Alrededor del patio había aguacates, naranjos, limoncillo y alguna que otra vez, hacían siembras de arroz. Libardo únicamente tenía que traer del pueblo, manteca, sal y jabón, mercado que llevaba a la casa los domingos, todo lo demás lo producía la finca.

Había un riachuelo que también ayudaba contribuía a la alimentación, los hombres, con audacia, solían explotar un taco de dinamita, para obtener sardinas para el consumo. Sin embargo, su cauce representaba una barrera imposible, lo que llevó a la necesidad de construir un puente. Con una inteligencia práctica, Libardo se encargó de la tarea, durante varias semanas trabajaron en la construcción de ese puente, uniendo tablas de aproximadamente metro y medio por 80 centímetros de ancho, tardó meses en tenerlo listo, ya que la tarea era bastante peligrosa y de mucho cuidado, para llevar a cabo el arduo trabajo, se apoyó en sus trabajadores y en el niño de la casa José Abad, él iba todas las mañanas como ayudante, le alcanzaba lo que iba necesitando en la construcción, madera, trozos de fique grueso y herramientas. Este puente no solo se convirtió en una vía de comunicación entre las veredas, sino que también era el camino que permitía a la familia mantenerse unida, incluso la abuela Clara usaba en sus visitas.

De vez en cuando, la abuela Clara emprendía el largo y escarpado camino que conectaba la vereda Los Criollos, con el pueblo de Florencia, como a cuatro horas de la Quiebra del Caballo. Este arduo viaje, requería uno o dos días, la llevaba al lado de su hija María, a quien acompañaba en las labores de la casa y, en momentos cruciales, para asistir el milagro de un parto. Su presencia era un regalo de tranquilidad, pues estaba a su lado por algunos días. En ocasiones, al momento de regresar, la abuela Clara se llevaba consigo a los niños mayores, Adelfa y Abad, para que pasaran unos días con ella en la casa del pueblo. Antes de iniciar el regreso, preparaba un fiambre sustancioso, alimentos preparados con sumo cuidado para el desplazamiento, envuelto cuidadosamente en una hoja de plátano para mantenerlo caliente. Este cargamento incluía un pedazo de

carne de caza, calentado de frijoles con arroz, plátano, yuca y huevos, un sabor que los acompañaría durante su extenso viaje. Para mitigar la sed, bebía el dulce y refrescante ‘agualate’, que era el fruto del cacao que se procesaba para sacar el chocolate. Pero, además, llevaba en fundas de tela granos de los que se recogían en la finca, plátanos y yuca.

Atravesar el puente era una prueba de valentía, ya que era una tarea peligrosa incluso para los adultos. A los niños se les enseñaba a no mirar hacia el gran abismo que se abría bajo sus pies, un riesgo que podía llevarlos a perder el equilibrio y ser arrastrados por la corriente. Adelfa, con apenas ocho años, se destacaba por su instinto protector llevando la batuta en la peligrosa travesía. Guiaba a José Abad, quien, más pequeño, temeroso y poco preparado, solo seguía sus instrucciones. Para lograr atravesar el peligroso puente, Adelfa primero, pasaba el puente varias veces para dejar las fundas con los alimentos, luego ayudaba a que la abuela Clara cruzara, se devolvía para guiar a su hermanito, sosteniendo la última maleta en una mano y con la otra protegiendo su paso, sabiendo que un solo error podría acabar con la vida de ambos. Le daba la mano con firmeza, él avanzaba muy despacio mientras ella le guiaba los pies pegando el suyo al lado del de él, le susurraba que no mirara hacia el abismo, para cuidar su equilibrio. Así, paso a paso, avanzaban hasta atravesar el río con las fundas de comida, el fiambre y las maletas, un acto de amor que aliviaba la gran tensión de la travesía. Este tránsito, lleno de miedo y concentración, duró más de 40 minutos, ya al otro lado, escuchaban el río rugir. Solo al pisar tierra firme, Adelfa sentía un inmenso alivio al recordar con terror el peligro que habían corrido.

Años más tarde, José Abad aún recordaba aquel cruce no solo como un momento de terror en su niñez, sino como la primera gran lección de su vida. El rugido del río bajo sus pies, el abismo que se negaba a mirar y la mano firme de Adelfa guiando cada uno de sus pasos se grabaron para siempre en su memoria. En ese instante, comprendió que la valentía no era la ausencia de miedo, sino la capacidad de superarlo con el apoyo de quien te ama. Aquellos cuarenta minutos de agonía se convirtieron en un recuerdo permanente del valor de su hermana.

Una lucha interna

*No hay mayor soledad que la del que habita su propia mente
y no encuentra el camino a casa. — Anónimo*



Foto 11: José Abad

El tiempo transcurría, la vida ajetreada del mundo seguía su ciclo normal, pero en José Abad, por el contrario, se detenía. Al principio se quejaba de un dolor leve en los pies, una sensación de cansancio, como fatiga. No era hinchazón, pero la molestia se extendía deslizándose pesadamente por sus pantorrillas, clavando una presión en cada músculo. No dudó él mismo en ir al médico, pero los exámenes no mostraban signos de alarma. La ansiedad comenzaba a tomar forma, delineando a un José Abad inquieto. Aún en ese tiempo, José Abad parecía conservarse como un roble, era fortachón, se erigía con orgullo,

el cual era manifestado en su bigote ancho y espeso. Era más bien bajo por herencia. El cabello, tupido y selvático, caía en ondas fuertes y cortas. Allí se asomaban los primeros hilos blancos propios de su edad. Sus ojos, de un marrón profundo como la nuez, ocultos tras las gafas, eran dos pozos que parecían detenerse en una mirada profunda. La nariz alargada y rectilínea tejía su linaje paisa, con ese gran lunar en su cachete representativo, le adornaba su rostro.



Foto 12: José Abad. Cartagena

Pero, ese cuerpo estaba fallando, sentía pulsaciones violentas en el pecho que lo ahogaban, un picor punzante que se extendía sin piedad, lo sentía en la piel y recorría todo su cuerpo, en la cabeza era donde el temblor parecía más feroz, las palpitaciones se convertían en golpecitos diminutos que parecían imposibles de controlar y esto no permitía un instante de tranquilidad. Ahí era cuando sus acciones se volvían repetitivas, presentaba manifestaciones de angustia y muy desubicado, sólo quería huir de ese lugar. Nadie lograba entender lo que sucedía.

Solo él vivía esa lucha interna con la que peleaba casi hasta llegar a la desesperanza; su mente se iba y él lidiaba por traerla de regreso, como una cuerda invisible que jalaba con fuerza, mientras la otra, por instantes, se detenía. Todo se reflejaba, por ejemplo, en su casa, cuando las conversaciones se volvían muy repetitivas.

José Abad decidió renunciar a sus cátedras en ambas universidades, pues consideraba que había llegado el momento de dedicarse al descanso y a otras actividades que había planeado con esmero. Su mayor sueño era pasar más momentos junto a sus hijos y su esposa, quizás disfrutando de algunas salidas al campo. Además, deseaba acompañar las actividades de estudio, compartiendo su sabiduría de una manera más íntima y cercana, continuando con ese vínculo familiar tan grande que tenían. Anhelaba sumergirse nuevamente en la lectura, especialmente en sus obras filosóficas predilectas, como “Así hablaba Zaratustra” de Friedrich Nietzsche, o simplemente retomar el placer de leer sin presiones académicas. En su mente bullía también el deseo de reencontrarse aún más con las matemáticas, seguir con esas fórmulas que él lograba descubrir o encontrar esa otra manera de hacerlas, para así seguir ampliando los nuevos conocimientos. Esperaba tener tiempo para la música, pues era un enamorado de la guitarra, donde buscaba en las tardes reencontrarse con esas canciones de su juventud: como Llegando, llegaste de Piero y que solía tocar en su guitarra.

*Llegando, llegaste, te mire de frente,
después puse un nombre, te llame “ternura”,
llegando llegaste, y fuimos pensando,
me fui animando, luego te besé.*

*Y una mañana mientras el café mezclaba,
en una servilleta blanca yo te dibujaba,
yo te dibujaba...*

En fin, una multitud de proyectos por hacer en esas tardes al regresar del colegio. Albergaba el sueño de escribir su propia historia, convencido de que valía la pena plasmar en palabras el recorrido de su vida.

Con la llamada de Edith, y la confirmación de los comportamientos extraños en diferentes escenarios, Myriam se alarmó y se dio a la tarea de llevar a su esposo a un médico de manera urgente. Como en ese momento tenían un plan complementario con Compensar, se apresuró a pedir una cita con un especialista en psiquiatría, esperando de esa manera que la respuesta fuera más rápida. Era 15 de mayo del año 2013, día del maestro, cuando el psiquiatra lo examinó, le hizo una serie de preguntas, y determinó que todo estaba normal desde su perspectiva.



Foto 13: José Abad. Día del profe 2013

—Mija, este hombre no tiene nada—le dijo.

—Por ahora no me compete, quizás le den una respuesta con neurología. debe llevarlo a una cita con esa especialidad.

De compensar se devolvieron caminando, charlando de la manera más amena. Myriam estaba aparentemente tranquila con la respuesta del psiquiatra, pero muy en el fondo, sabía que algo no estaba bien y debía continuar averi-

gando por los cambios en su comportamiento y su estado de salud. Llegaron a la casa, sin asistir al evento donde se le rendía homenaje a su profesión de docente.

De inmediato Myriam intentó solicitar la cita en neurología, solo para descubrir que el camino era más largo y complicado. Le explicaron que debía seguir el conducto regular a través de su EPS, primero con médico general y luego lo remitiría al especialista. Así comenzó la travesía de diagnósticos, que se extendió un largo tiempo. Él siguió yendo al colegio y manejando su carro; pues le encantaba la conducción, hasta que sus compañeros le advirtieron a Myriam que evitara que José Abad manejara más, era peligroso por su seguridad y la de otros.

Al dejar atrás las aulas que habían marcado su trayectoria, José Abad prefería su hogar, como ese espacio único y de profundo recogimiento, el lugar que le producía tranquilidad, paz y seguridad. Se entregaba ahora a un ocio que la vida laboral le había negado. Había algo que le impedía querer salir; pues la idea de cualquier visita o salida se había vuelto un tormento para él y Myriam acompañaba su decisión.

Aunque continuaba con su rutina en el colegio, regresaba temprano a casa y se sentaba por horas en la sala, sumido en su propio silencio. Su espontánea alegría se iba acallando. A José Abad lo recordaban por su particular forma de ver el mundo, en cualquier momento, surgía un chiste, un comentario directo y audaz que simplemente las personas a su lado sonreían con sus

ocurrencias, eran tan puntuales y las decía en el momento justo. Tenía una chispa tan singular que era parte de su identidad, siempre congeniaba con las personas, era muy agradable su compañía, en el trabajo, con su familia y en su propia casa, allí no había espacio para el aburrimiento.

Él tenía todo para ser feliz, en Myriam, no solo había encontrado una compañera de vida, sino afinidad en muchos aspectos, quizás sus profesiones, la pasión y el amor por el conocimiento. Sus hijos, Nicolás y Neill, eran el reflejo de esa inteligencia de su padre. Los dos eran brillantes, se destacaban como los mejores en la universidad, siempre conversaba y debatían sobre cualquier tema, confirmando que la felicidad, para José Abad, no era una emoción de momento, sino un sentimiento compartido y muy arraigado. Con su esposa, las conversaciones trascendían de lo cotidiano para adentrarse en los escenarios más profundos y filosóficos.

—Es tan curioso, —decía Myriam, durante esas charlas. *Cómo las ideas fluyen entre nosotros, ¿verdad Abachis? Y él, con la mirada llena de satisfacción, asentía:*

—*¡Es verdad! qué bueno que nos entendemos tanto Miyucita.* Así le decía de cariño.

Pero ahora, el hombre de respuesta ingeniosa estaba sumido en el reposo de una mente que ya no quería viajar. Myriam al sentir el nuevo José Abad recordó sus primeros cambios. Recordó sus comportamientos inusuales, como un despertar sexual efusivo, que contrastaba con su intimidad cotidiana; algo que conservó con absoluto respeto, sin mencionar palabra. También, las noches en que despertaba suavemente, notaba a José Abad con insomnio, con la mirada fija hacia el techo, tal vez meditando, como si su mente se elevara hacia un punto inalcanzable. Ella un poco inquieta, se preguntaba: *¿Qué le pasa a José Abad? ¿Acaso tiene alguna preocupación?*” más adelante todo tendría sentido.

José Abad, lejos de cuestionar sus raíces, con respeto a sus padres, participaba en todos los rituales de la iglesia. En su casa se cumplía con los sacramentos, desde su matrimonio, el bautizo de los niños y lo que dictaba la ley católica. Además, tenían la convicción diaria de bendecirse y dar la bendición a sus hijos a diario. Sin embargo, como hombre de ciencia, José Abad compartía el pensamiento de grandes aliados, Galileo Galilei, Leonardo da Vinci o Copérnico, interrogándose sobre el origen de la humanidad y la existencia de Dios. En conversaciones con

Myriam tenían razones poderosas para negarse a creer en un ser superior, con explicaciones científicas y fundamentadas en su conocimiento, luego de comprobar teorías para hacer estas afirmaciones. En todo caso de esas reflexiones con su esposa, surgió una verdad compartida, contraria a la fe de su entorno. Para ellos, esta postura intelectual no era un vacío, sino un punto de partida para explorar la humanidad. Su relación se cimentaba en la honestidad y en el respeto por la verdad que habían construido juntos.

En una de esas noches, en que José Abad estaba desvelado, Myriam, con el anhelo de saber lo que pasaba por su mente, le preguntó:

—*Abachis, ¿tú crees en Dios?* —Al principio, él respondió con un vacilante

—*Sí, claro*, —y ella sintió una punzada de angustia, no por la respuesta, sino porque sabía que no era su verdad. Pero, al instante, se corrigió con absoluta certeza, como si advirtiera su error

—*Miyú, tú sabes que mi fe reside en la ciencia y en la complejidad de la mente humana.*

Para Myriam, el alivio fue instantáneo, pues comprendió que hablaba con el hombre que siempre había conocido: su esposo, quien a través de su intelecto le había demostrado que la verdad de la existencia era una construcción personal y no un dogma.

Primeros sacramentos

*Enséñale a un niño la virtud, y será un hombre sabio.
— Benjamín Franklin*

Desde su nacimiento la vida de José Abad estuvo fundamentada por los sacramentos, un legado de fe que su familia le inculcó siempre. Ya había sido bautizado al nacer, con su hermana Adelfa, recibió la primera comunión y la confirmación en la iglesia de Florencia. Para ese día de la primera comunión, los niños solían caminar por el campo pidiendo plata como regalo al recibir su sacramento, era un motivo de alegría y orgullo. En el caso de los niños, fue muy poco lo que les dieron, pero José Abad, fue con los centavos que había recogido a comprar refrescos, para él ese día fue de inmensa alegría.

A pesar de ser un niño obediente y creyente, a medida que crecía, veía las rutinas del campo y también sentía la vida como cíclica. Por ejemplo, ir a misa cada domingo, acompañar a su papá para hacer el mercado y volver para repetir siempre lo mismo a los ocho días. Durante la semana caminaban horas cargando los alimentos para llevarle el almuerzo y agua de panela con limón a Libardo. En esos largos trayectos, el niño veía lo cotidiano en todas las personas que lo rodeaban, quizás sin pensarlo mucho ese era el futuro que le esperaba, todos los niños acompañaban a sus padres y al crecer, se enamoraban de una mujer de su mismo estatus y repetían la historia, muchos, ni siquiera aprendían a leer y escribir, eso no se necesita para sembrar y recoger la cosecha del campo. Así había sido la vida de sus padres y esta sería también la suya. Muchas veces oía a su papá...

—Mija, la vida es trabajar, casarse, tener hijos para que ellos sigan el mismo camino. Hay que tener resignación— luego agradecía a Dios. Como si la vida se detuviera en el quehacer del campo en un pueblo olvidado. Quizás el niño también se estaría preguntando:

— ¿Así también será mi vida? ¿igual a la de mis papás, cuando sea grande?

Sin embargo, José Abad amaba la vida en las lejanas tierras, disfrutaba jugar con su hermana, atravesar las montañas caminando por horas y escuchar a los trabajadores cantar. La



Foto 14: Libardo Giraldo en Florencia

calidez de los atardeceres, al lado de su madre y de su padre, le llenaba de una profunda alegría. En las tardes, mientras María descansaba la siesta, ellos salían, primero debían llevar el agua de panela con limón para los trabajadores, luego venían saltando y jugando. Solían subirse al árbol de guayabo, María les tenía prohibido comer de ese fruto porque tenía gusanos en su interior, pero para los niños era una delicia. También se

daban las “churimas” unas frutas parecidas a la guama, pero más pequeñas, cada vez que tenían la oportunidad se la comían con inmenso placer.

Mientras estaba al lado de Libardo, su padre, observando el progreso de las cosechas, en su interior, el sentido de la vida empezaba a cobrar un significado diferente, y en sus pensamientos, ya existía la idea de que debía haber otro lugar donde pudiera escudriñar la vida desde una perspectiva más interesante.

La Angustia

La mente es un laberinto. A veces, la mente se pierde en sus propios pasillos. — Anónimo



Foto 15: José Abad. Alejándose de sus labores

Uno de los grandes desafíos que enfrentaría un hombre como José Abad, era continuar con sus labores cotidianas, pues ni él, ni sus compañeros de trabajo sabían lo que estaba sucediendo. Por ejemplo, sus manifestaciones se evidenciaban en las reuniones de profesores, allí se perdía en sus pensamientos y en plena junta se salía de la sala, quizás para buscarse a sí mismo a otro espacio y resultaba en otro lugar, dejaba a todas las personas desconcertadas por su comportamiento. En su mente, se perpetuaba una lucha, entre esta realidad y la otra, esa que podría estar viviendo, como un mundo paralelo, el cual ni siquiera alcanzaba a dimensionar. Su vida cotidiana se estaba transformando sutilmente, refugiándose únicamente en su casa, su espacio y el descanso que allí conseguía.

José Abad no quería salir nunca, realmente no era alguien que le gustara hacer visitas, y cuando lo hacía, al poco tiempo ya quería volver a su casa. Tan pronto llegaba a un lugar, el que fuera; la casa de sus padres, algún familiar, amigos, en fin; deseaba salir corriendo. Tal era su desasosiego que insistía a Myriam, que se fueran pronto.

—Miyú, vámonos, me quiero ir—Sus visitas terminaban siendo cada vez más cortas, se marchaba con un sutil, hasta luego.

una vez en familia, planearon un paseo, como muchos otros, fuera de Bogotá, a Villeta Cundinamarca. El recorrido de ida, fue más o menos tranquilo, pero, mientras todos disfrutaban del ambiente, del clima cálido y la unión familiar, José Abad apenas si intentaba luchar con eso que lo atormentaba, no lograba tener quietud o tranquilidad. Todos fueron testigos de su cambio, y empezaron preguntarse

—¿Qué está pasando con Abad?

Los más jóvenes sentían más curiosidad, pero no se atrevían a decir nada, en todo caso para él, fue una de las experiencias más difíciles porque se despertaba una enfermedad que lo iba a acompañar por muchos años. El club, es un lugar al que asisten las familias de los profesores vinculados al Magisterio, por lo tanto, cualquiera allí podría ser su colega. Si por casualidad encontraba a alguien, esto podría causar impacto y efectivamente una profesora que había trabajado con él, Martha Benavides lo vio, acudió a saludarlo, pero la respuesta de él fue indiferente, como si no la conociera. Ella, al ver su mirada como perdida, quedó desconcertada, al acercarse más, notó que algo no estaba bien y pronto se alejó.

Sus recuerdos se trastocaban, no sabía en qué lugar estaba, para él todo era una sola confusión. Su intranquilidad lo impulsaba a moverse sin cesar, a menudo en círculos, en un ir y venir constante entre la casa, el parque y la piscina. Caminaba sin descanso, una y otra vez, mientras los niños, observándolo, se contaban en voz baja lo que veían...

—Mi tío ya lleva doce vueltas a la piscina hoy— con asombro. Así, iba y venía en el entorno social y en todas partes de la cabaña. La intensidad de su angustia llegó a tal punto que alertó a toda la familia, intentaban calmarlo, pero era inútil, su esposa Myriam vivía la misma inestabilidad a su lado. María, en un mar de llanto, con impotencia llamó la atención a Myriam como si la culpaba de su situación. Las discusiones surgieron y alteraron el

ambiente, no sabían qué más hacer. María fue testigo de la lucha que estaba viviendo su hijo. Su esposa no tuvo más remedio que adelantar su regreso. Alguien debía calmarlo y solo en su casa estaría tranquilo. Llegaron y al poco tiempo estaba en su cama descansando mucho más calmado.



Foto 16: José Abad, Emmanuel, sobrino nieto y Juliana Sobrina

En su casa del barrio Nicolás de Federmann, volvía la paz, él se sentía atraído por esa quietud. Mientras que la razón lo aterriza devolviéndolo en su casa. Lo que no sabían sus familiares, era que estaba librando una batalla interna. Lo invadían los recuerdos de ese pasado, como si se estuvieran instalando en su memoria por primera vez.

En busca de un diagnóstico, la EPS FOMAG lo remitió con el doctor Palomino, un neurólogo que trabajaba en la Clínica de la calle 45. Él fue quien ordenó una hospitalización para un estudio conjunto por varios profesionales. Sin embargo, al llegar a la clínica, se encontraron con la negación de los médicos a hospitalizarlo. Myriam, con su persistencia producto de la desesperación, insistió en que se cumpliera la orden.

—Señorita, ¿qué dice aquí?—preguntó mostrando la orden.

—Dice hospitalización.

—Yo no me voy de aquí hasta que no hospitalicen a mi esposo.

Finalmente, lo ingresaron, analizaron los primeros exámenes apresurados y se precipitaron con el primer diagnóstico, este fue erróneo, emitido por un neurólogo inexperto. Su conclusión fue que padecía hidrocefalia, una acumulación de líquido en el cerebro. Basados en las placas que le habían tomado, decidieron que la solución era una operación para drenar los líquidos. Así de rápido como surgió el primer resultado así mismo iba ser la cirugía. Prepararon todo, no pasó más de dos días cuando José Abad entró a cirugía.

La sabiduría que creció en Abad

La felicidad es el significado y el propósito de la vida, el fin de la existencia humana. — Aristóteles

Mientras la anestesia se apoderaba de su cuerpo como un manto de niebla espesa, desde la sala de cirugía, José Abad se abandonó. Entraba sereno a sus recuerdos más lejanos, y sin resistencia alguna, se adentró en los paisajes borrosos de su niñez. Se vio a sí mismo a los ocho o nueve años, un niño delgado de tez trigueña y silencioso, con una mirada que ya entonces contenía preguntas mayores que su edad. En su mente, lograba dibujar a su mamá, joven, hermosa y de contextura un poco gruesa, casi una niña, con su abundante cabellera semi ondulada frente al fogón de leña y con un bebé en brazos o esperando otro. A su lado, su hermana Adelfa, como siempre, pues compartían hasta la pequeña cama donde dormían. Él era un niño callado y obediente que poseía una mente excepcionalmente aguda. María, a pesar de sus ocupaciones, se dedicaba a inculcarles las primeras bases del conocimiento: leer, escribir, sumar y restar. José Abad recordaba con tanta nitidez que su mamá en medio de sus ocupaciones tenía espacio para pensar en la educación de sus hijos y a cada uno le compró un cuaderno de hojas opacas, lápiz y colores que se compartían entre ellos. Sacó una caja que guardaba con esmero y allí encontró los cuadernos y libros que había usado en sus pocos años de su estudio. Ella fue su primera profesora, quien les daba lecciones a diario, les enseñó primero las vocales y el abecedario, pero más adelante se fueron produciendo frases que contenían algún significado, hasta escribir párrafos completos, recreando historias que ella misma les contaba, como las leyendas que se daban en el pueblo. Lo mismo pasó con las matemáticas, iniciando con los números, luego haciendo sumas y restas. María, hoy en día dice con orgullo...

—Yo les enseñé a mis hijos todo lo que aprendí en la escuela en los pocos años que estudié, todo lo que me acordaba se los transmití a ellos.

María sólo había estudiado hasta segundo de primaria y Libardo primero, que cursó sólo en dos meses en que fue a la escuela. José Abad por eso aprovechaba todo lo que llegaba a sus manos y leía con atención, así iba forjando su futuro frente al mundo de conocimientos que le esperaba. Como escribió Marcel Proust: *“El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en mirar con nuevos ojos.”*

Como iba cimentando las raíces, el vasto mundo lo iba asimilando con una facilidad sorprendente, como si su intelecto fuera una esponja que absorbía todo. Era un niño feliz, recorría las montañas verdes y bebía el agua directamente de la fuente, adoraba ese entorno que le brindaba tanto aprendizaje. No obstante, en su pequeña cabeza ya tenía pensamientos de gigante, e intuía que allí en Florencia, jamás encontraría lo que anhelaba. Su brillante mente ansiaba un mundo de saberes que su pueblo no podía ofrecerle. En esos espacios donde creció, era poco lo que podría aprender. Pero leía todo lo que veía. Por ejemplo, un periódico o una revista vieja que aparecía por casualidad.

Para José Abad y Adelfa, el campo era un mundo de oportunidades y descubrimientos; jamás permanecían en la casa, siempre a cada finca que llegaban, la aventura los llamaba; José Abad, aprendió a valorar la belleza del mundo. En aquellas tardes a inicios de los años sesenta, bajo la humedad tibia del horizonte florenciano. En medio de sus juegos, siempre veían a los trabajadores acostarse entre cafetales para tomar su descanso, mientras se resguardaban del sol del mediodía; ambos oían sus murmullos cotidianos y escucharon sin querer, el nombre de una ciudad que parecía de otro mundo...

—*Hermano, usted ha ido a Bogotá.*

—*No, pero dicen que allá hace mucho frío.*

—*Sí, es verdad, pero se ve la plata de verdad, no como aquí, donde ganamos tan poquito y trabajamos tanto.*

—*Se da cuenta, todo porque no estudiamos. Si ve, hermano. Y dicen que hay edificios, casas grandes, fábricas y hasta escuelas para los niños.*

—*Si fuéramos más verraquitos podíamos viajar allá y conseguir un mejor futuro.*

—*Pero usted sabe hombre, que el que no estudia, sea aquí en Florencia o en la Patagonia gana poquito. El futuro es para el que está bien preparado, nada más.*

A José Abad, esas palabras retumbaron en su mente, alcanzó a entender que ese lugar era algo asombroso; sus palabras tan acertadas lograron fascinarlo, dedujo que allí se podía estudiar. Como era un niño curioso e inquieto por aprender, como si supiera aún sin saberlo que el conocimiento sería su verdadera casa, se arriesgó en una determinación...

Una mañana cualquiera, sin decir mucho, José Abad envolvió su ropa en una sábana pequeña, la amarró a un palo y se la echó al hombro. No tenía zapatos, porque en el campo caminaban descalzo, así crecían todos los niños. Le pidió dinero a Libardo...

—*Papá, me da plata que me voy para Bogotá. Su padre perplejo por lo que acababa de ver le dijo:*

—*Mijo, ¿cómo así que se va? ¿Y qué va hacer con esa plata?*

—*Me voy porque quiero aprender y allá hay escuelas donde puedo estudiar. Él esculcó sus bolsillos apresuradamente y le entregó unas cuantas monedas. A su lado estaba María, su hermana y algunos trabajadores:*

—*Sacramento del Altar Mamá, hincándose un poco. Así se pedía la bendición a los padres, en esa época. Y él lo hizo con absoluta convicción. Lo mismo hizo con su papá, creyendo que así se iría seguro y protegido.*

—*¡Me voy mamá!*

María como si acolitara su juego, respondió a su solicitud:

—*Dios me lo bendiga mijo; levantó su mano dibujando la cruz y lo santiguó:*

—*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Levantó su manito y la ladeó de un lado para otro, dio la espalda y emprendió la huida. Fue un encuentro de emociones para María, vio a su hijo iniciar ese viaje que antes parecía un juego, ahora con determinación y firmeza sin detenerse. Todos esperaban que se devolviera, pero siguió hacia el monte, mirando hacia adelante, con la tranquilidad de quien sabe que el primer paso lo cambia todo. Adelfa, sintió un vacío en su estómago y las lágrimas se reflejaron en su rostro. Pensaba que su hermano tan pequeño le estaba dando una lección de vida, no solo a ella, sino a todos los adultos de la finca.

Cuando ya estaba por perderse en la boca del monte, Libardo sintió una incomodidad en su pecho, se acercaba de golpe de una verdad que no podía negar: su hijo tenía una decisión más grande que su edad. Corrió tras él, no con la intención de detenerlo, sino para acompañarlo en su sueño. En el corazón de sus padres se mezclaron emociones profundas: dolor, por no

tener la manera de hacer un viaje a esa ciudad tan lejana, miedo y a la vez una creciente esperanza. Por primera vez, entendieron que el sueño de José Abad no era un capricho, sino un llamado, algo parecido a un don que sólo los más grandes poseen. Esto demostraría como una metáfora de vida, que José Abad, a esa edad, ya era valiente. Evocando la filosofía de Platón, quien afirmaba que “La educación no es llenar un balde, sino encender un fuego”; ese fuego ya ardía en la mente de José Abad, impulsándolo hacia la capital en busca de nuevos horizontes

El Sueño Roto de la Memoria

Cuando ya no somos capaces de cambiar una situación, nos enfrentamos al desafío de cambiarnos a nosotros mismos.”
—Viktor Frankl

José Abad, en medio de la niebla, alcanzaba a ver con claridad su infancia, pero ese recuerdo, no fue suficiente para regresarlo al presente. La operación consistía en colocarle una sonda, que iba desde su cabeza hasta la vejiga, buscando drenar los líquidos de su cerebro. La marca de una cicatriz quedó como testigo de la batalla, un intento que se deshizo al poco tiempo. Myriam, en la visita de control, solo pudo ver la confirmación de lo que su corazón ya sabía: la sonda se había zafado, no hubo ninguna respuesta positiva y había que sacarla.

Tras la cirugía, la esperanza se desvaneció como un suspiro en el aire. El tratamiento había sido un esfuerzo inútil, una batalla perdida que dejó a José Abad exactamente donde empezó, con la única diferencia de que el tiempo ya no era un aliado. Como estaba previsto, él siguió hospitalizado, le hicieron más exámenes y varias placas en la cabeza, tac, para encontrar una respuesta, en fin; estudios a fondo. Después de varios días, salieron los resultados de un primer diagnóstico: los médicos hablaron con seriedad y seguridad:

—Señora Myriam, ya tenemos el diagnóstico que revela la naturaleza de la enfermedad que tiene José Abad: se llama “Craneofaringioma”— Fueron unas palabras incomprensibles para Myriam, un fantasma del pasado que se había manifestado en la edad madura.

El médico prosiguió:

—Es un tumor, normalmente benigno que por lo general aparece en los jóvenes entre los 14 y 17 años. Pero si se descubre a tiempo, con una intervención simple habría podido continuar su vida normal y vivir plenamente hasta la edad adulta.

Los ojos de Myriam se llenaron de lágrimas, un sudor frío recorrió todo su cuerpo, sentía como si se desvaneciera ante la noticia que acababa de recibir. Se levantó y se despidió con su voz pausada...

—Muchas gracias doctor—

Salió del consultorio sin mirar atrás, abrazó a José Abad y en el silencio entendió que ya no se trataba de una batalla, sino de un viaje doloroso que debían emprender juntos. Al alejarse del hospital sintió un profundo dolor, como si le carcomiera el pecho, hundida en sus pensamientos.

—*Lo que en otra época habría sido una simple cirugía, ahora era una tragedia*—. Ella sentía ese peso que la hacía mirar una y otra vez los papeles, como queriendo encontrar otra respuesta, alguna luz en el camino.

—*Qué ironía, esta enfermedad ya no tiene solución*—

Finalmente, al llegar a casa un poco más calmada entendió en todo lo que escribió el médico, que no había medicamento alguno para su dictamen, sólo el seguimiento y las indicaciones relacionadas con la hipertensión.

La vida continuaba y pronto llegó la navidad, su familia como en el mundo, entero también celebraban en estas fechas del nacimiento del niño Jesús con agasajos y encuentros familiares. La familia se congregó bajo el hogar cálido de Adelfa en Mesitas. Con días de anticipación iban llegando sus padres, hermanos y sobrinos. Myriam llegó con José Abad y sus dos hijos para unirse a la celebración. La hija de Adelfa, Gisleny y su familia, venían de Medellín y desde Francia su hija Jarmaile acompañada de su esposo. Todos en el mismo espacio, donde las risas y el bullicio marcaban la tradición. Rezar la novena, cantar los villancicos y esperar hasta la media noche, la llegada de Papá Noel, mientras las madres preparaban la cena. Había algarabía porque los niños y jóvenes se preparaban para unas presentaciones para el momento del festejo. Sin embargo, para José Abad, esa noche se convirtió en un verdadero tormento. Estaba muy inquieto y acelerado, impulsado a caminar sin rumbo fijo por los pasillos de la casa. Él buscaba un rincón o algún lugar tranquilo donde refugiarse, pero por toda la casa había gente, esto le generaba más impaciencia.

Intentaba sentarse, controlarse un poco, entonces encontraba a alguien con quien hablar. Por ejemplo, su hermano Jorge, y le decía.

—*Deme la mano—Su receptor la extendía respondiendo a su solicitud y él insinuaba*

—*Qué mano tan poderosa.*

—*¿Sí? Le parece...*

Y desaparecía otra vez, buscando a otra persona, hermana, cuñado o sobrino, para repetir la misma acción, levantarse y seguir buscando ese lugar que tan difícil estaba de encontrar por el día que acontecía. Myriam, con el alma en vilo, observaba el tormento de su esposo e intentaba acompañarlo en su búsqueda. Ni siquiera la cama asignada le ofreció consuelo, pues no era su espacio y no lograba conciliar el sueño. Solo cuando la casa se aquietó pasada la medianoche, José Abad, por fin en su pijama, encontró un precario respiro, un efímero descanso de una noche de incesante lucha.

En medio de tantas idas y venidas a los médicos, Myriam logró un encuentro con el Dr. Useche, un médico de medicina laboral, quien le dio una clave importante: le aconsejó que, una vez que lo diagnosticaran, pidiera una incapacidad y no dejara que se venciera. Le explicó que, después de 180 días seguidos de incapacidades, podría solicitar la pensión por invalidez. Así lo hizo.

La inesperada situación

La felicidad y la libertad empiezan con una clara comprensión de un principio: algunas cosas están bajo nuestro control y otras no. — Epicteto



Foto 17: José Abad y las reflexiones de Myriam

Haciendo una reflexión profunda, por esos días Myriam Corredor ilustra un poco el sentir a medida que va asimilando todo lo que está viviendo con su esposo “Joseíto” o “José Miel” como ella amorosamente lo llama.

Un desequilibrio inicial y la incertidumbre hizo presencia en ese hogar maravilloso. Ver que a pasos agigantados se desvanecía su humor, su mente. Identificar cómo sucumbió en forma acelerada la memoria en el insondable mundo del olvido y el lenguaje en el cruel silencio, todo debido a los estragos de la enfermedad.

Como en un lenguaje cifrado, Myriam no entendía y, nunca lo entendió, aquello que parecía como diagnóstico después de una resonancia magnética. Le pareció un texto cifrado en japonés, chino o mandarín. Quedó sumergida en un mar de miedo, incredulidad y tristeza, ¿qué era lo más pesado sobre su espíritu? Tampoco lo pudo contestar.

De otra parte, para cuando la neuropsicóloga le entregó el resultado de sus exámenes realizados durante tres sesiones, conocía perfectamente el desenlace de una enfermedad degenerativa e irreversible dado los estudios realizados en psicología general, en la Universidad Pedagógica Nacional, UPN.

Recogió los documentos con el dictamen, tomó de la mano a José Abad, transitó con él por la calle 53 hacia el occidente y, desorientada, en forma resignada, pero profundamente rota en alma y espíritu, caminó hasta que se hizo oscuro en la ciudad, como oscura se tornaba su vida. Inimaginables acontecimientos sucedieron y cuando ya no tuvo con quien hablar, su espíritu esquivo con todos, no sabía qué hacer. La enfermedad ahuyentaba los días alegres y soleados para dar paso a estados de incertidumbres y tristezas.

No había necesidad de pedir explicaciones a nada ni a nadie. La entereza de carácter le ayudó para superar el primer impacto y años más adelante, se asombraba al recordar este episodio pues no hubo espacio para reflexionar: el remolino de exigencias, citas, llevar incapacidades a su trabajo, percibir la angustia de su Familia, afrontar el desconcierto e incredulidad de sus hijos. ¿Se podía pedir más? además, los hechos de continuar con las labores cotidianas no le dieron tregua a su dolor...

Era una desgracia, un castigo, lo inesperado, fue simple de responderse: la vida se presenta así y se vive así, sin pedir explicaciones. Concluyó que fue una manera de conocer más en detalle, cómo a través de una lupa gigante, la reacción y actuación de las diferentes personas; los familiares de José Miel, sus compañeros de trabajo, sus amigos, la familia de Miyú... fue tan variada y diversa la muestra de todas aquellas personas, que tomó la decisión de encerrar su espíritu y solo dar espacio para la valía de los que quedaron y se conmovieron con su amarga situación. Fueron tan pocos que se sintió tremendamente sola y desamparada. Tan solo el afecto de sus hijos, le permitieron recobrar la paz y la fe en los demás seres humanos que siguieron caminando a su lado. Todo siguió girando alrededor de José Abad, con gran afecto, se recompuso y se dedicó a atender sus demandas, el frágil ser humano quien terminó siendo el más indefenso y querido miembro de la familia.

Una nueva batalla en la ciudad

La felicidad y la libertad empiezan con una clara comprensión de un principio: algunas cosas están bajo nuestro control y otras no. — Epicteto

El 31 de diciembre de 1963, el destino de José Abad se abría hacia un nuevo mundo, como si fuera un personaje salido de las páginas de Julio Verne, frente a un embarque. Ahora sentado en la “chiva” o escalera que es el medio de transporte usado en los pueblos, contemplaba cómo los verdes campos de Florencia se iban desvaneciendo, lentamente iba despidiéndose del aroma a tierra mojada, del susurro del viento entre los árboles y del paisaje que lo había visto crecer. Una profunda sensación de recogimiento lo invadió, un adiós a la historia que dejaba atrás, pero a la vez, una dulce esperanza lo llenaba de alegría. Al llegar a La Dorada Caldas, subió a la flota definitiva. Su mente viajaba a la par del autobús, reviviendo a la vez alegrías y tristezas, buscando respuestas a los tantos interrogantes que lo perseguían. Con su hermana Adelfa a un lado, y su madre amamantando al pequeño Orlando al otro, miraba por la ventana. Sus ojos se posaron hacia el horizonte. La gran ciudad los esperaba, y con cada kilómetro recorrido, las luces de la urbe empezaron a vislumbrarse, trayendo una belleza que lo llenaba de asombro e ilusión.

Después de casi doce horas de viaje, llegaba este niño de mente inquieta, a la gran ciudad, Bogotá. Libardo los aguardaba con ansias, pues hacía ya dos meses que había llegado a la ciudad, casi por casualidad. Una de esas oportunidades que sólo llegan una vez en la vida. Había aprovechado para buscar el trabajo en una ladrillera como jornalero, con el pensamiento fijo en el bienestar de sus hijos y esposa. La familia se asentó en el barrio San Vicente, donde compartieron una modesta pieza con Olivia, prima de María y su familia. Allí convivían los cinco: Libardo, María, Adelfa, José Abad y el pequeño Orlando, quien ya llegaba con un delicado estado de salud.

Algo diferente y que nunca antes habían tenido, fue el acceso al médico que gracias al trabajo en la fábrica les brindaba, una puerta abierta a la salud para todos los niños. María, con la esperanza encendida, llevó a sus hijos por primera vez a una cita médica, y aunque los mayores gozaron de la bendición de una salud excelente, el pequeño Orlando no corrió con la misma suerte. Fue internado por unos días, tiempo en el que María con un sufrimiento que le oprimía el pecho, lo visitaba cada mañana, con la esperanza de verlo sano y rezagante nuevamente. Allí lo amamantaba, lo tenía por horas y regresaba a la casa, desde el hospital San Pedro Claver a San Vicente. En una de esas visitas, el rostro del médico le anunció algo desgarrador

—*Señora, su hijo estaba muy frágil, hace poco murió.* — María, sollozó. Un dolor más, se unía a la larga lista de pérdidas.

—*Venía ya con una afección muy fuerte, sus pequeños pulmones no alcanzaron a recibir el aire que necesitaba, lo siento mucho*—Asintió

El niño apenas tenía seis meses y murió como los otros cinco. María salió demasiado acongojada del hospital, al regresar a casa quiso ocultar la devastadora noticia, pero no fue posible. Al entrar, vio a Libardo y sus otros hijos, los miró con esa expresión que sólo tiene una madre cuando pierde a un hijo, en medio del llanto, sólo dijo

—*El niño se murió, Orlandito, mi niño*— y nuevamente entró en llanto. Libardo con un abrazo conmovedor intentó calmarla. José Abad al escuchar, sintió cómo el eco de aquel dolor reabría las viejas heridas, reviviendo el pesar por las ausencias de sus hermanos anteriores, un luto que el tiempo no lograba borrar del todo.

Muy pronto, la joven madre, tomó una decisión fundamental: lo más importante para sus hijos era encontrar un colegio. Quizás ella intuía la poderosa mente de José Abad, o que en él empezaba a tejerse una persona con un propósito de vida y una inteligencia superior; o quizás, simplemente, sabía que sus hijos debían tener la oportunidad de estudiar. Tan pronto se abrieron las inscripciones en las escuelas públicas, con la certeza de la inteligencia innata de sus hijos, se dedicó a buscar un colegio que abriera las puertas al vasto mundo del conocimiento. Tanto Adelfa, como José Abad ya superaban la edad para entrar a estudiar por primera vez, ella tenía nueve años y el niño ocho, pero María sabía que sus esfuerzos no serían en vano, pues ellos responderían con creces a cada oportunidad. En aquellos

tiempos, cuando las instituciones educativas se segregaban estrictamente entre planteles femeninos y masculinos, José Abad hizo su ingreso a la escuela Rockefeller, donde cursó con excelencia su primer año, sin la compañía de su hermana, esta sería la primera vez que se separaban, marcando así los primeros pasos de su camino académico.

A pesar de la transición del campo a la ciudad, la vida para la familia no se volvió más sencilla; atravesaban épocas de grandes dificultades. José Abad observaba el mundo con ojos que ya conocían la dureza del campo y que ahora se enfrentaban a una lucha distinta, una nueva batalla. Primero, el hogar crecía con la llegada de nuevos bebés, como Jorge Iván, el primero de muchos hermanos, y segundo, la pobreza se acentuaba notablemente. Veía a su padre, Libardo, regresar de las jornadas extenuantes en la ladrillera La Candelaria, con las manos ásperas, su cuerpo empolvado por la greda seca del ladrillo y su mirada cansada. Un día, María, con preocupación notable, le confesó a su marido:

—*Libardo, la plata que me dio solo alcanzó para los zapatos y los niños necesitan cuadernos, lápices y libros para la escuela, ¿yo no sé qué hacer?*

Él, cubierto de humildad y sin renegar, tomó su mano y le dijo:

—*Mija, debemos ser resignados y agradecidos con Dios, porque tenemos trabajo, esperemos un poco, ya vendrán tiempos mejores.*

Esa convicción fue con la que vivió José Abad, dejando la huella de la necesidad, pero también la de una fe que lo acompañaría por mucho tiempo. Ese primer año sintieron frío, falta de alimentos, no tenían ropa. Dormían en una estera en el piso y se cubrían con los uniformes de Libardo. No tenían materiales para hacer las tareas en la escuela. José Abad conocía bien esa situación, ya la había vivido en el campo, algo que no se puede ocultar. María no podía soportar, el hecho de compartir un mismo espacio con muchas personas, dentro de la casa había otras familias y la convivencia era muy incómoda y un día, rompió esa calma con una idea que parecía descabellada pero que Libardo entendió de inmediato:

—*Tenemos que comprar un terreno propio, Libardo. Esto no es vida.*

Para ella, el inquilinato de San Vicente no era un hogar, sino una lucha constante por proteger a su familia, no había tranquilidad. Sus hijos, no tenían su espacio ni siquiera para jugar. Solo la constante incomodidad de compartir la vida con extraños. Libardo le quedó resonando las palabras de su esposa:

—Vamos a ver Mija, voy a mirar qué podemos hacer para irnos de aquí.

Con ese mismo anhelo de paz, se aventuraron a comprar un rancho en Las Colinas, arriba del Quiroga. Era un lugar humilde, una casita de tablas y tela asfáltica en la cima de una loma, a la que solo se llegaba subiendo unas escaleras infinitas. No tenían servicios públicos; la luz la tomaban del poste y el agua debían recogerla de una pila que quedaba al otro costado de la casa. Sin embargo, para José Abad, era un espacio sagrado, el inicio tangible de un futuro que, aunque se construía con materiales pobres, estaba cimentado en el amor y la esperanza de su familia.

El mundo interior de un soñador

La vida es un haz de luces rotas. Virginia Woolf

A medida que José Abad se desvanecía lentamente, su frágil mundo se replegó sobre sí mismo, hacia los rincones más preciosos de su memoria, como si su mente se convirtiera, de a poco, en la de un niño. Myriam, con su inmenso amor, se encargaba de tener a alguien a su lado, mientras ella con gran dolor, se iba a trabajar; el universo de José Abad se desdibujaba, se tejía con otros hilos, con otros imaginarios que lo devolvían a sus sueños de niño. Él, que toda la vida había creído en el poder de la narración, veía en la lectura y la escritura un valor inmenso. Su propio pensamiento reflejaba la filosofía de Cortázar: un cuento debía ser una entidad autónoma, un golpe de efecto que sorprende y deja una profunda impresión en el lector. Y aunque su mente se iba lentamente, aún dejaba destellos de ese lenguaje oculto y de esa inteligencia que le costaba tanto irse. Entonces, Myriam se aseguraba de que siempre tuviera muchos lápices, colores y cuantas hojas para que pudiera recrear ese mundo que bullía en su cabeza. Así, en lo que sería el final de su lucidez, escribió uno de sus últimos cuentos, al que con melancólica ternura tituló: “*La Tortuga Josefina*”.

La tortuga josefina

Había una vez una tortuga llamada Josefina. Le gustaba comer papas, su vestido era rojo y blanco como Santa Fe. Estaba enamorada de un tortugo Manolo, sus padres vivían en Villeta y Manolo en Bogotá, y cada vez que se querían ver se demoraban mucho porque había mucha distancia entre ellos dos. Se casaron y al año tuvieron un tortuguito que lo llamaron Renato, se fueron a vivir a Europa, a España, cuando llegó a Colombia, Renato y la señora vinieron a Colombia. Les gustó tanto Colombia que decidieron radicarse acá.

Había una vez una tortuga llamada Josefina. Le gustaba comer papas. Se vestía de rojo y blanco como Santa Fe. Estaba enamorada de un tortuguillo llamado Manolo. Sus padres vivían en Villaeta y Manolo en Bogotá, y cada vez que se querían ver se demoraban mucho porque había mucha distancia entre ellos. Se casaron y al año tenían un tortuguillo que lo llamaron Penato. Se fueron a vivir a Europa, a España. Cuando llegó a Colombia Penato y la Señora vivieron a Colombia. Les gustó tanto Colombia que decidieron radicarse acá.

Foto 19: Cuento la Tortuga Josefina

José Abad, continuaba con un intelecto que parecía trascender su propia existencia, era sorprendente la lucidez que aún dejaba en sus textos. A través de ellos, su inteligencia seguía revelándose como una fuerza inagotable, mostrando en un mundo ficticio que reflejaba la fragilidad de su propia mente. En el cuento "Josefina," expresaba como metáfora, características de su propia vida. Primero este animal camina muy lento, tal como lo que él estaba empezando a vivir.

La tortuga vestida con el simbolismo de la ropa blanca y roja de Santa Fe, porque ese era su equipo favorito. Además, en el cuento, se evidencia el profundo amor por su esposa, ya que aún en las distancias se puede amar y el cariño que profesaba a sus hijos, demostrando una coherencia emocional que une su vida y sus últimos escritos, dejando claro que aun su expresión literaria seguía siendo un espejo del alma.

Más adelante, mientras su memoria comenzaba a desvanecerse en esos silencios de los que jamás volvería, continuó escribiendo, dejando una huella indeleble. Sus últimos cuentos se convirtieron en un legado de su grandeza, un regalo final a la humanidad que revelaba sus últimos alientos de lucidez. Con cada palabra, José Abad demostraba que su inteligencia era una fuerza que luchaba contra el olvido, una última resistencia para dejar en el mundo un legado de belleza y significado antes de emprender su lento y silencioso viaje.



Foto 18: José Abad, hincha de Santafé

Cuento del loro

Había una vez un loro llamado Rigoberto, que le gustaba saludar a todos los vecinos del barrio San Francisco, entre ellos a doña Rita, doña Polonia, doña María Pérez y Adelfa. Él molestaba a Jorge Iván, a Adelfa y a Abad. le gustaba conversar con Rubinel y Solfidia. Por la noche antes de dormir cantaba canciones a Adelfa, Milvia, Gloria y Solfidia.

*—Buenas noches Rigoberto.
Se despedía Abad de él.*

Había una vez un loro llamado Rigoberto que le gustaba saludar a todos los vecinos del Barrio San Francisco, entre ellos a Doña Rita, Doña Polonia, Doña María Pérez y Adelfa. Él molestaba a Jorge Iván, a Adelfa y a Abad. Le gustaba conversar con Rubinel y Solfidia, por la noche antes de dormir cantaba canciones a Adelfa, Milvia, Gloria y Solfidia. Buenas Noches, Rigoberto, se despedía Abad de él.

Foto 20: Cuento Rigoberto

Unos días después, volvía a sorprender, con cuentos completos que parecían escritos por una persona en pleno uso de sus facultades. No era otra cosa que su espíritu queriendo hablar a través de su pluma, plasmando en un papel lo que su voz ya no podía pronunciar. El loro Rigoberto se convirtió en su portavoz, un alter ego que le permitía manifestar esa cortesía y respeto que siempre mostró a los vecinos, las personas del barrio a quienes solía saludar y con quienes mantenía una relación de profundo aprecio.

Los hijos de José Abad y Myriam, habían tenido la oportunidad de experimentar otros escenarios de vida, otros horizontes, viajes y paseos al extranjero. Este nuevo reto lo asumieron con serenidad era su nueva realidad, de no ser así, habría sido mucho peor, quizás se hubieran quebrantado. De esta manera, Neill persiguiendo sus sueños de salir del país ahora se estaba alejando, sus ilusiones se vieron afectadas por las circunstancias de José Abad. Pero Myriam siendo la persona guerrera que la caracteriza y conociendo profundamente al padre de sus hijos y en representación de ambos, tomó la firme determinación de apoyar todos los proyectos de sus hijos.

Por parte de la Universidad Nacional, se dio la oportunidad de viajar a Alemania a realizar un intercambio académico. En ese momento, la enfermedad de su papá ya llevaba alrededor de dos años y aunque ya era un diagnóstico definitivo, Myriam se dio a la tarea de evitar al máximo el deterioro de su salud, el joven analizó la situación de acuerdo a lo que veía en su casa, ya que su papá permaneció estable y, en ese contexto, el joven Neill viajó. Sintió un profundo dolor al dejar a su familia, pero con miles de ilusiones por delante, decidió tratar de cumplir aquellos deseos que tiempo atrás habían conversado con José Abad.

Recordando la primera vez que se separaron y como su papá ya no podía utilizar intencionalmente la tecnología, cuadraron una forma de comunicación de manera automática, por medio de un computador viejo y con acceso remoto. De esta forma Neill logró ver y hablar con su familia, especialmente, con su papá para que no perdiera la costumbre de charlar como siempre lo hacían. Él les describía los lugares que visitaba y ellos, recreaban las discusiones que había tenido con respecto a temas de interés,

personajes famosos y eventos sobre los diversos sitios que visitaba. Neill viviendo la realidad, y ellos, lo que habían visto a través de los libros o la televisión.

En medio de esta etapa, un rayo de luz apareció con la llegada de su gran amigo de juventud, Germán Zarama. Su amistad había perdurado por años pese a las distancias y vicisitudes de la vida. Ellos intentaban comunicarse, aunque pasaran varios años, jamás se alejaron del todo. Sin embargo, luego de que Germán notara un silencio prolongado de su gran amigo, sospechó que algo no andaba bien, pues le dejaba mensajes en el Messenger, la forma en que se hablaban en los últimos días. Al no encontrar respuesta, buscó la manera de encontrarlo por las redes sociales y finalmente supo de su condición. Al enterarse de todo, quiso compartir un poco más con él. El reencuentro de ambos, en estas nuevas circunstancias, se sintió como un bálsamo. Germán, con un amor inmenso, quiso compartir con su amigo escenarios maravillosos. Hubo varios momentos de encuentros, la familia de José Abad fue a visitar el taller arte donde Germán daba vida a sus obras en la Mesa Cundinamarca.

Luego hicieron varios paseos, recorriendo y recordando sus años de juventud; para reencontrarse un poco con ese pasado que antes habían vivido; por ejemplo, en la Laguna de Guatavita en Sesquilé. Fue así como Germán planeó un viaje con José Abad como símbolo de una amistad perdurable en el tiempo, acompañados de su hermana Sofía, visitando varios pueblos de Cundinamarca. Esta experiencia fue inolvidable y de ese viaje surge una bella crónica de amistad que se convirtió en una forma de recrear la vida, de revivir un pasado, de manifestar la inmensa admiración que sentía por su amigo. A través de esta historia quisieron hacer una remembranza de lo que vivieron en esa salida.

El despertar de un genio

Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo. — Friedrich Nietzsche

María, con ese mismo instinto protector que la llevó a buscar un hogar propio, logró conseguirle un cupo para sus dos hijos, Adelfa y José Abad, en el Centro Educativo Las Colinas. El niño, que crecía en cuerpo y mente en medio de las adversidades, por fin encontró el inicio de su camino al conocimiento, a ese descubrir que más adelante se notaría con grandes resultados. Las niñas estudiaban en la mañana y los hombres en la tarde, y Adelfa, madrugaba a estudiar mientras él recibía su jornada por las tardes, allí estudió desde segundo hasta quinto de primaria. No era un secreto para nadie en la escuela que este niño era un genio para las matemáticas. Aun sin saber por qué, tenía una facilidad inigualable comparada con los otros niños de su edad. En algunos eventos se hacían unos concursos de operaciones matemáticas que llamaban “fogueos”, donde él, sin ser arbitrario ni ostentoso, terminaba descalificando uno a uno a sus competidores, llevándose siempre el primer premio. Era tan increíble su talento que lo ponían a competir con niños de cursos superiores; si él estaba en tercero, competía con los de cuarto y quinto, y aun así no había nadie que superara sus habilidades.

En la escuela de primaria, José Abad también se maravilló al descubrir que la historia era un universo que se tejía en las páginas de los libros, un mundo que le permitía viajar, esta disciplina abría las puertas del pasado para entender el presente y el consolidar el futuro. Como diría el filósofo George Santayana, “Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”. Y José Abad, ya estaba dando los primeros pinitos para entender el mundo a partir de la historia. La vio como una herramienta para su camino. Amaba leer, y su sed de conocimiento era insaciable; los cuentos de clase no eran más que el inicio para un océano inmenso que le esperaba. Como un gran investigador, conoció la biblioteca del barrio, donde aprovechaba cualquier oportunidad para ir y empezar a dialogar con los primeros escritores que jamás olvidaría, así iba aprendiendo que la imaginación no conoce límites. José Abad iba entendiendo que el mundo es global y el conocimiento también, es como

un círculo sin fin de aprendizajes. Entonces, también la geografía se iba volviendo su aliada, porque en cada mapa, que delineaba como una tarea de clase, encontraba la posibilidad de recorrer espacios inesperados, donde las preocupaciones se desvanecían y solo quedaba el asombro. Con todos estos aprendizajes José Abad, encontraba la esperanza de un futuro diferente, ese que él mismo construiría con el poder del conocimiento.

Por esta misma época, la humilde casa de tablas, no se ensanchaba, pero en su interior florecía la vida sin cesar. La familia de José Abad seguía expandiéndose, como si el destino, le estuviera devolviendo a María aquellos hijos que la tierra del campo le había arrebatado en el pasado. Fue así como nacieron Clara Elisa y Rubinel, dos nuevos miembros que iluminaban y, al mismo tiempo, acentuaban la fragilidad de su hogar. Quizás todos estos escenarios ponían a reflexionar a José Abad, quien empezaba a mirar su cultura de raíces paisas, comprendiendo que aquellas mujeres la naturaleza les proveía hijos y ellas lo aceptaban con la bendición de Dios. Más adelante, entendería que su madre no planificaba porque sus profundas creencias religiosas se lo impedían. En medio de esta marea de nuevas vidas y necesidades, las manos de María, con la sabiduría que solo nace de la necesidad, aprendieron el maravilloso arte de la modistería. Al principio, hacía remiendos y más adelante, diseñaba vestidos para las mujeres del barrio, de esta manera ayudaba a cubrir, puntada a puntada, las necesidades de la casa. Mientras tanto, los niños seguían sembrando su futuro en el único jardín que tenían: la escuela.

Al finalizar su quinto de primaria, un momento de honor y orgullo llenó el corazón de la familia. En el acto de clausura, llamaron a los padres de José Abad al frente para rendirle un homenaje por sus excelentes calificaciones. Era un niño brillante y considerado el mejor de toda la promoción. A pesar de las duras circunstancias que vivían, Libardo y María se sentían los padres más orgullosos y afortunados por tener un hijo tan destacado e inteligente. El aplauso de la multitud resonaba en los oídos del niño. Lo vivido este día, era el inicio de las búsquedas y respuestas que empezaba a vivir.

Un Laberinto en la Mente

*El amor es lo único que la demencia no puede borrar.
— Peter Ustinov*



Foto 21: Neill, José Abad y Nicolás

Meses más tarde, la vida de Abad y su familia tomó un rumbo definitivo. Para desentrañar el misterio de lo que ocurría en su cerebro, fue sometido a evaluaciones neuropsicológicas, una serie de pruebas cognitivas que intentaban descifrar la confusión creciente. La primera prueba la resolvió con cierta dificultad, pero la segunda se le escapaba, y en la última, ya no lograba diferenciar un utensilio de cocina con uno de su habitación o del baño. La consternación de Myriam era evidente, y el dolor se hacía tangible en cada respuesta errada. Finalmente, una junta médica confirmó el diagnóstico en agosto de 2014: Demencia Frontotemporal. La doctora, con una voz cargada de impotencia, le dijo:

—No, ya no hay nada que hacer, señora. Esta es una enfermedad degenerativa, avanza paulatinamente, no da tregua y lentamente se lleva toda la esencia de quien la posee.

El alma de ella se desgarró en un dolor indescriptible al reflexionar:

—*Oh, Dios, ¿qué pasó con la mente de Abad?*

A partir de ese momento, su declive pareció acelerarse, como si la certeza del diagnóstico hubiera liberado una velocidad ineludible.

Frente a la incredulidad y la negación, la familia de José Abad se aferró a la esperanza. María, su madre, impulsada por la fe de que un milagro pudiera ocurrir, lo llevó a Medellín en busca de un diagnóstico que ofreciera un resquicio de luz.

—*A mi hijo no le puede estar pasando esto*—, se conjeturaba. Esa misma incredulidad se apoderó de Rubinel, su hermano, que se preguntaba:

—*Pero, ¿cómo es posible que no haya nada que hacer?*

Agotando todas las posibilidades llegaría una respuesta diferente, acudieron a distintos profesionales médicos. De igual forma, Myriam buscó una segunda opinión con la ayuda de su hermana Nohemí, llevando a José Abad donde un reconocido neuropsicólogo en un laboratorio privado. Sin dudar en asumir los grandes costos, anhelaba escuchar una voz que contradijera el diagnóstico inicial. Sin embargo, las pruebas fueron contundentes y el experto confirmó la primera valoración:

—Señora Myriam, es verídico el diagnóstico que le dieron—. Tras el veredicto unánime de tres profesionales, Myriam encontró una extraña paz en la dolorosa certeza, una paz que la preparó para aceptar la irreversible naturaleza de la enfermedad degenerativa de José Abad.

A la par de los diagnósticos, su tratamiento psiquiátrico continuaba. Sin embargo, la medicación fuerte, especialmente la quetiapina, lejos de brindarle tranquilidad, alteraba su estado emocional. Su habla se tornaba enredada, y su mirada, perdida, reflejaba una profunda confusión. Dadas las circunstancias, la nueva neuropsicóloga determinó que la medicación no solo era innecesaria, sino contraproducente. Por experiencia, se sabe que esos fármacos generan una dependencia que distorsionaba el estado natural de un paciente. Así, se tomó la prudente decisión de suspender los medicamentos. A partir de ese momento, José Abad comenzó a vivir una etapa más apacible, regresando poco a poco a un estado más sereno, una nueva versión de sí mismo que la familia aprendería a conocer y amar. Se reveló su verdadera naturaleza: un hombre tranquilo y respetuoso, que jamás mostró un estado de agresividad.

En una de las charlas con los médicos, Myriam escuchó una frase que resonó en su sentir: *“Esta es una de las enfermedades más tristes de este mundo”*. Sin embargo, la evolución de su esposo fue única. Su *“reserva intelectual”* se convirtió en un factor clave. Al ser un hombre culto y muy leído, conservó su formación académica y sus experiencias culturales, lo que, según los especialistas, no solo detuvo el avance durante un tiempo considerable, sino que también aseguró que evolucionara de manera pasiva y tranquila. Este comportamiento, tan fiel a su verdadera naturaleza, reafirmó la tesis de los médicos: *la enfermedad, en su esencia, revela quién fue la persona*. Esta condición especial, unida al cariño y el cuidado incondicional que recibió de su familia, se convirtió en el mayor refugio para José Abad. Lo acogieron como el “bebé de la casa”, transformando todo en su prioridad.

Años de Colegio, el intelecto

La verdadera medida de un hombre no es cómo se comporta en momentos de comodidad y conveniencia, sino cómo se mantiene en tiempos de controversia y desafío.
— Martin Luther King Jr.

En 1969, al terminar la primaria con honores, José Abad se adentró en un mundo vasto y desconocido: el colegio Restrepo Millán. Comparado con la pequeña y acogedora concentración Las Colinas, este nuevo espacio le pareció inmenso. La calidez de los antiguos compañeros se desvaneció al sentir que las amistades eran diferentes en la inmensidad de sus pasillos. José Abad, con su naturaleza tranquila y pensativa, caminaba sumido en sus reflexiones. Allí enseñaban áreas vocacionales como dibujo técnico, mecánica automotriz y electricidad, asignaturas con las que al principio no se sentía muy capaz, más por los costos que se requerían, que sus facultades para entenderlas. En cambio, el inglés, que también era nuevo para él, le fluía con una facilidad natural, tanto al hablarla como al escribirla, un talento que demostraba la brillantez de su intelecto y que se sumaba a su ya conocida facilidad para el aprendizaje.

Por supuesto las matemáticas le resultaban intuitivas, casi un juego, pero nunca abandonó la historia, geografía y español. No obstante, las asignaturas vocacionales presentaron un desafío diferente, aunque entendía a la perfección el dibujo técnico y las otras clases, la economía de su hogar no permitía la compra de los materiales requeridos. Consciente de la situación de su familia, José Abad a menudo prefería no pedirle dinero a su madre, lo que le impedía llevar las planchas y los elementos necesarios, igual que las maquetas de electricidad. A medida que el año escolar avanzaba, y el sentimiento de no encajar en ese entorno, lo llevó a ceder ante su habitual auto exigencia. La falta de recursos impactó directamente en sus calificaciones como dibujo técnico, todo esto se vio reflejado en los resultados finales, los cuales no lograron un puntaje aprobatorio, resultando en una nota insalvable al final del año.

La paradoja más notable de ese primer año de bachillerato fue que, a pesar de reprobárselo, José Abad se erigió como el mejor estudiante en matemáticas e inglés. Esta aparente contradicción no pasó desapercibida para el profesor de matemáticas, quien, con una mezcla de respeto y desconcierto, se lo hizo saber a la madre de José Abad durante la entrega final de notas.

—*Señora, su hijo es muy inteligente, aun perdiendo el año, es el mejor en matemáticas. Sería muy bueno que no lo dejara sin estudiar, verá los resultados tan maravillosos que va a tener en su vida*

Estas palabras resonaron profundamente en el corazón de María, disipando en parte la tristeza por la pérdida del año escolar. Se sintió reconfortada al saber que, más allá de las calificaciones, el intelecto de su hijo florecía en otras disciplinas y, sobre todo, experimentó orgullo al confirmar que la razón de su fracaso no era la pereza, sino la consideración y el amor que sentía por la situación económica de su familia.

El año 1970 marcó un punto de inflexión. Al cambiar de institución, José Abad encontró su lugar en el colegio parroquial San Carlos, donde encajó muy bien. Las adversidades anteriores parecían haberlo forjado, y en este nuevo lugar encontró un eco a su espíritu, su personalidad se fue haciendo evidente. Era un niño casi entrando en la adolescencia, con nuevos amigos y nuevas expectativas de vida, se vio inmerso en los libros, tenía un vasto mundo por recorrer. Su excelencia académica no era algo que se propusiera como una meta forzada, solo le fluía de manera natural, volviéndolo un experto en la resolución de problemas. Para él, los números y las fórmulas no eran simples ejercicios, sino un lenguaje secreto que él descifraba con una intuición casi mágica, un vasto universo se abría ante su mente.

También fue allí donde comenzó a sostener diálogos silenciosos pero profundos con los grandes de la literatura. En primero de bachillerato, empezaría con *Oscar Wilde* y *El príncipe feliz* o *El Ruiseñor* y *la Rosa*, pero también conoció a *Gabriel García Márquez* valorando cuentos como *Un señor muy viejo con unas alas enormes* o *Funerales de la Mamá Grande*. Viajó a mundos lejanos con *Jonathan Swift*, explorando las críticas sociales escondidas en *Los viajes de Gulliver*. Para José Abad, era extraordinario ir descubriendo que el mundo se mueve a través de la magia de la lectura, empezando a cuestionarse sobre la vida de los adultos, a los cuales se les veía en sus rutinas cotidianas, desconociendo los valores de la lectura.

Primeros Pasos hacia el Liderazgo

No hay mejor manera de enriquecer tu propia vida que dando a los demás.—Paul Newman

Mientras sus horas de clase le ofrecían un aprendizaje formal y riguroso, José Abad encontró un grupo de jóvenes, liderados por adultos bien preparados, que le llamó la atención, Los Boy Scout. Era el complemento ideal para su formación, una dimensión más profunda de su vida. Aquellas historias de amigos en busca de tesoros escondidos y enfrentamientos con el peligro, como Las aventuras de Tom Sawyer, resonaban en su alma con una fuerza inusitada. Por eso, al descubrir el movimiento Boy Scouts, sintió que había encontrado ese complemento ideal de sus lecturas. Para pedir permiso a sus padres, anunció.

—¿Cómo así que se va a inscribir en ese club o no sé qué?

—No papá, esto no es solo un club, es una filosofía de vida, le dijo. Libardo casi sin entender, le dijo:

—Pues Mijo, adelante, si eso es lo que quiere

—Sí señor, quiero unirme a este grupo. Muchas gracias papá. Libardo asintió aprobando sus deseos.

En esta institución sentía ese camino para forjar su carácter y, sobre todo, servir a los demás. Así, con el uniforme puesto y una nueva promesa en el corazón, José Abad, comenzó su travesía en el grupo Scout, sin saber que cada tarde dedicada a esta experiencia no solo lo formaría como un líder, sino que también lo llevaría a un profundo encuentro consigo mismo y con su misión de vida.

Mientras la vida familiar evolucionaba, en noviembre de 1970, su padre, Libardo, tomó una determinación que cambiaría el destino de la familia, comprar un terreno en San Francisco, un barrio en pleno desarrollo. Esta elección resultó ser acertada, ya que ese lugar se convertiría en el hogar que cada vez era más robusto. Calculando que José Abad había terminado el año escolar, fue designado como el hombre de la casa y el hijo mayor para acompañar a su padre y sentar las primeras bases. Al principio no fue fácil, pues él y su padre dormían en un cambuche improvisado, bajo un cielo estrellado y con la única luz de un

poste lejano, ya que el lote aún no tenía los servicios públicos. Dormían sobre una estera de fibra, cartones y tela asfáltica. En el día hacían las zanjas y construían los cimientos de la que sería la primera vivienda. Un día, desmantelaron la casa de Las Colinas y con las mismas tablas improvisaron un rancho, que serviría de refugio temporal, así llegaron; Libardo, María y sus seis hijos, pues unos meses antes de la mudanza, había nacido la pequeña Sorfidia. Ahí empezaba otra forma de vida y de búsquedas para José Abad, quien, a pesar de seguir ayudando a su padre en la construcción, nunca dejó de lado su crecimiento intelectual.

Cada mañana, mientras ayudaba a su padre con la ardua labor de construcción, José Abad sentía que los valores aprendidos con los Boy Scouts cobraban vida. Las palabras que una vez repitió en los campamentos, sobre promover el desarrollo personal y fomentar el servicio a la comunidad, ahora se manifestaban al ayudar a su padre, pues nunca se mostró disgustado pese a las inclemencias del clima y las situaciones que vivían; él lo tenía claro, lo hacía por una causa, el bienestar de su familia. Esta experiencia era su promesa Scout hecha realidad: la construcción de un mundo mejor. Aquel refugio temporal, hecho de tablas y sueños, era mucho más que una casa; era el inicio de una nueva forma de vida y el testimonio de un liderazgo que se gestaba en José Abad. Entre la construcción de la casa y el estudio en el colegio Parroquial San Carlos y la vida se iba abriendo a nuevas interpretaciones, empezó ese despertar intelectual de una manera más real.

Extraña Tranquilidad

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.”
— Jorge Luis Borges

Los vecinos, que conocían a José Abad, sabían de sus recorridos diarios y empezaron a verlo con algo de protección. Cuando él les daba la mano repetidas veces, ellos aceptaban con ternura a este nuevo José Abad, el hombre que ahora era un niño que descubría la vida de nuevo. Myriam, nunca lo perdía de vista, lo cuidaba con un amor incondicional. Mi ángel silencioso, solía decirle, tomándolo de la mano para ir a cualquier lado, siempre juntos, un ritual que se convirtió en el eco de sus días.

Por una casualidad del destino, una amiga de Myriam, casi sin saberlo, le sugirió la posibilidad de realizarle un examen de apnea del sueño. Ella sin dudarle, lo llevó al Idime un lugar conocido, donde se hacen pruebas diagnósticas y rayos X. Allí le realizaron una polisomnografía. Debía permanecer una noche entera. Al salir el resultado se reveló una verdad asombrosa:

—José era el campeón de las apneas—, le dijo el médico, con un poco de jocosidad,

—Durante la vigilia que nunca es completa, su cuerpo dejaba de respirar una y otra vez, Debe usar CPAC.

Con este otro diagnóstico de apnea del sueño se dio la posibilidad de un tratamiento. El CPAP, es un pequeño aparato que, conectado a una máscara, bombea aire para mantener sus vías respiratorias abiertas. Al colocarle este aparato cada noche, se tiene la tranquilidad de que José Abad alcanza un sueño profundo y por supuesto mejora su calidad de vida. Ya se volvió costumbre, como también lo era cada tarde en que él y Myriam caminaban por una o dos horas. La rutina se fue rompiendo poco a poco, hasta que el cuerpo de José Abad no respondía fácilmente y lentamente se iba quedando más quieto.

Intelectual y Humano

*Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la
salvo a ella no me salvo yo.
—José Ortega y Gasset*

En las aulas del Colegio Parroquial San Carlos, José Abad empezó a asimilar conocimientos rápidamente, como si en un abrir y cerrar de ojos el universo se descubriera ante él. Ya no solo leía; entablaba diálogos profundos con los grandes personajes de literatura. La suya era una sed de saber, un eco de la búsqueda existencial de aquellos que, como *Siddhartha*, una aventura en el camino del autoconocimiento. “*El verdadero buscador de la verdad no debe tener dogma*”, escribió *Hermann Hesse*, y esta máxima parecía guiar los pasos de José Abad. Tenía un olfato especial para encontrar algo que aprender en el momento justo, y sus lecturas continuas de periódicos no se detenían en las noticias, sino que se adentraban en las editoriales, buscando la reflexión profunda sobre la condición humana.

A sus 17 años, era el retrato de la juventud en pleno ímpetu, cada rasgo físico delineaba el contorno de su ser. Tenía un cuerpo delgado y firme como el hombre que comenzaba a descubrir sus convicciones. Estaba dando los primeros pasos a las decisiones fundamentales de su camino. La aparición de su melena y una mirada que, aunque joven, ya quería asomar lo que iba cultivando en su interior. Pero fue el naciente bigote que sería el símbolo más fiel de su identidad, aquello que lo caracterizaría por el resto de su vida.

Con el tiempo, sintió que todo lo aprendido debía trascender. Las preocupaciones propias de la humanidad, las angustias al ver el mundo con tantos vacíos, lo asaltaban. Era una inquietud que, como la de *Dostoievski* en sus escritos, exploraba los abismos del alma y la necesidad de redención. “*El secreto de la existencia no consiste solamente en vivir, sino también en saber para qué se vive*”, escribió el autor de ‘*Crimen y castigo*’, una verdad que José Abad sentía que al leer sus obras. En cuarto de bachillerato, sintió que era el momento de despertar y comprendió que el conocimiento sin acción es estéril, y su búsqueda se materializó en una vocación de servicio. Fue así como descubrió que muchas personas, incluso en Bogotá, nece-

sitaban aprender lo más esencial para la vida: como leer y escribir, matemáticas básicas y la ubicación geo espacial. Su camino comenzaba a encontrar su propósito en ayudar a otros a abrir sus propios mundos.

Por azares del destino, el barrio de San Francisco se convirtió en el punto de encuentro entre un grupo de jóvenes intelectuales. Entre ellos, se destacaba el padre Bernardo, un sacerdote que provenía de Francia, cuya figura era imponente por su altura, de tez sublime y un cabello largo que caía sobre sus hombros, recordando al mismo Jesús. Sus enseñanzas trascendían los dogmas del catolicismo, pues su bondad y entrega al prójimo eran un principio de vida. José Abad, había oído hablar de este sacerdote, se acercó a él tímidamente. Sin embargo, los diálogos pronto se transformaron en un vasto territorio de ideas, donde el Padre descubría con asombro la inteligencia del joven, la trascendencia de sus palabras y la sorprendente madurez con la que citaba a autores que parecían ajenos a su edad, admiraba su filosofía de vida. El Padre Bernardo comprendió entonces que José Abad, estaba destinado a liderar proyectos sociales, un



Foto 22: José Abad en Medellín, visita familiar

camino que ya comenzaba a trazar y a la vez se adentraba en los laberintos de la política.

Con el Padre había otras personas, algunas de ellas extranjeras, que venían al barrio a donar lo que realmente importaba: sus conocimientos. Entre ellos destacaba Verena, una mujer cuya altura y delgadez la hacían sobresalir. Ella era muy elegante, tenía una mirada sencilla y profunda. Solía usar un gabán café que la diferenciaba de los demás. Además, poseía una calidez que

generaba confianza en los habitantes del barrio. Ella llegaba a las casas más necesitadas, dialogaba con madres de familia y construía lazos fuertes de amistad y solidaridad con sus enseñanzas. Verena hacía parte de esos círculos de estudio y diálogo, soñaba con transformar un poco el pensamiento de las personas, contribuyendo a mejorar un poco su vida. Por otro lado, Cristina y Mario, entraron a ese barrio humilde con intenciones maravillosas de aportar

felicidad a los niños. Traían un proyector de películas y apoyados en una sábana blanca como telón, ofrecían la mágica aventura del cine en el barrio. Esa experiencia era un aire de alegría. Cada ocho o quince días recreaban historias fantásticas, uniendo a niños y adultos. José Abad intentaba involucrarse en todo lo que tenía que ver con el futuro del barrio, por eso secundaba con los extranjeros esos y muchos otros proyectos. En el local de la casa, también llevaban el espectáculo, eso era algo único, el de poder ver cine en el local que aún estaba con piso de tierra.

Tiempos de Cambios y Conciencia Social

La fortuna no tiene poder sobre las mentes de los sabios, sino sobre los que viven en la ignorancia. —Séneca.

Por otro lado, se vivía una época de convulsión, una resonancia del caos de 1968, con antecedente de los últimos estertores de las colonias que se estaban liberando. Las revoluciones de países como Vietnam, Laos y Camboya, se independizaban del control estadounidense y eran la prueba palpable de que el mundo se encontraba en un punto de inflexión, “época de cambio y conmoción” donde los paradigmas de pensadores como Marx y Lenin resonaban en todo el orbe. José Abad, empezó a sentirse parte de ese cambio histórico, una figura en medio de una marea ideológica. Su intelecto, entonces, no solo lo separaba de la rutina, sino que lo conectaba con el pulso violento y vital del mundo.

Poco a poco se anclaba en su convicción; sentía la responsabilidad moral de ayudar a la humanidad, iniciando por las personas de su entorno, de su barrio, quería proporcionar la luz de la razón. Este genio evocaba la crítica de Arthur Schopenhauer, quien veía en la mayoría de los hombres “una voluntad de vivir ciega y despojada de razón” imaginaba que el mundo, lograra escapar de esa caverna de ignorancia tan mencionada por Platón, tal como él lo estaba haciendo lentamente. Ahora caminaba con firmeza hacia la transformación social, una causa que se convirtió en su aliada

Alrededor del año 1968, se había fundado una organización de gran relevancia: SAL (Sacerdotes por el Socialismo de América Latina), un movimiento que emanaba de las ideas del Concilio Vaticano II de Medellín y que reivindicaba una profunda conexión entre el cristianismo y la justicia social. José Abad, estudiando en un colegio de curas en San Carlos, no fue un simple observador de estos cambios, sino que los vivió desde el epicentro. Figuras como Camilo Torres Restrepo, el sociólogo y capellán de la Universidad Nacional, eran héroes para aquellos que creían en una iglesia alineada con las luchas populares. La tensión entre la fe y la revolución, entre la teoría y la acción, era un debate constante en su entorno.

La efervescencia ideológica no se limitó a los círculos religiosos. En esa misma época, el Frente de Reivindicación Campesina (ANUC) emergía a nivel nacional, y las “tomas de tierras” eran una respuesta directa a las injusticias agrarias. Estos movimientos no eran pacíficos; los enfrentamientos, los asesinatos y la represión estatal se sumaban a las acciones de los grupos revolucionarios, creando un ambiente de intensa conmoción social. Fue un momento en el que “todo el mundo pensaba que los cambios y las revoluciones eran eminentes”. En esta dinámica, José Abad encontró un propósito para su intelecto: su conocimiento no era solo una satisfacción, sino que debía servir a la causa. Empezaron a llegar jóvenes de otros barrios y estratos sociales para apoyar la formación de los sectores más desfavorecidos, todo esto simbolizaba una nueva fraternidad, una esperanza de que, a través de la solidaridad y la conciencia, podría, por fin, ser superada. En esta lucha, la angustia de José Abad comenzaba a encontrar un camino hacia la acción.

Hacia 1972 se crearon diversos movimientos de militantes, como el MOIR, JUPA y JUPO, que servían de crisol para la efervescencia ideológica del momento. Un profesor del colegio, también perteneciente al MOIR, reconoció en José Abad, una capacidad singular: analítico y crítico. Percibió las habilidades con las que se podría hacer un trabajo político en pro de la juventud y de las personas más necesitadas. Además, este profesor se movilizaba desde otros frentes, por lo cual invitó a los estudiantes de más alto estrato a trabajar al sur de Bogotá, aportando buenas ideas.

Fue así como José Abad conoció a Germán Zarama y su hermano Ernesto, al mismo tiempo que Jorge Hernández, apodado “el Mono”. Juntos, empezaron a participar en proyectos sociales propuestos por la iglesia, con el apoyo del padre Bernardo y Verena, quienes venían de Suiza. El objetivo era brindar educación para adultos en el Telecentro, que funcionaba como un servicio social. La motivación de este grupo de militantes reflejaba la visión del padre Camilo Torres Restrepo, quien había sostenido que “El deber de los cristianos no era solo la fe, sino la acción revolucionaria en pro del pueblo”. Para este sacerdote, la caridad no era suficiente; se necesitaba una revolución que “cambiara las estructuras económicas, sociales y políticas para que el amor fuera posible”. Este ideal se materializó en el trabajo de enseñanza de José Abad. Se repartieron

entre barrios que apenas comenzaban su construcción, la mayoría sin pavimentar, de bajos recursos y sin servicios públicos. En Ciudad Bolívar, La Acacia, San Francisco y Villa Gloria, un barrio de invasión. En esa época muchos de los adultos que llegaban del campo a la ciudad no sabían ni siquiera leer ni escribir. La tarea como voluntarios era sembrar las semillas del conocimiento. Esta idea se extendía por todos los sectores vulnerables de Bogotá.

Según las indicaciones de los coordinadores, que era el Padre Bernardo y su equipo, hacían unas cartillas como guía para orientar las clases del Telecentro. Los horarios eran nocturnos, porque en el día estaban en sus labores cotidianas. Los primeros estudiantes de José Abad, fueron los trabajadores de la fábrica La Ladrillera la Candelaria donde trabajaba Libardo, su padre. Pero el propósito del Telecentro iba mucho más allá; era toda una organización política que soñaba con un cambio de paradigma social.



Foto 23. José Abad. Reunión de compañeros en el Telecentro

Por esos años, el *Telecentro* no solo era el lugar de trabajo de José Abad, sino un movimiento social que atraía a jóvenes con ideales de servicio a la comunidad. A este grupo se unieron también los hermanos Omar y Carlos Cruz, cuya llegada trajo nuevas energías. En ese ambiente; poco a poco se fueron creando

nuevas sedes: *Carlos Albán, Luis López de Mesa, San pablo II sector en Bosa y Class Roma en Kennedy*. Aunque los jóvenes voluntarios no recibían más que una escasa ayuda para el transporte. Su recompensa era intangible: la satisfacción de formar parte de una causa que transformaba vidas.

La pedagogía que guiaba su enseñanza se inspiraba en los principios de Célestin Freinet, “*el aprendizaje se centra es en el alumno*”, basando esa formación en la experiencia y la vida cotidiana. Lejos de imponer un conocimiento rígido, usaban el entorno como su principal herramienta didáctica. Así, enseñaban a leer y a escribir a través de las palabras que el pueblo usaba a diario, como “Samper Mendoza” o “Sidauto”, los nombres de las empresas de autobuses de la época. El método debía ser sencillo y efectivo, entonces descomponían las sílabas para reconstruir el vocabulario. En tres o cuatro meses, los adultos que llegaban al *Telecentro* salían leyendo y escribiendo muy bien, este logro confirmaba la efectividad de una educación que se construía sobre la acción y las necesidades reales.

José Abad y sus compañeros eran conscientes de que su labor debía ir más allá de enseñar a leer. Eran educadores de vida, guiando a los adultos en todo el ciclo de la primaria: leer, escribir, sumar y restar y otros temas fundamentales de ciencias naturales y sociales. La felicidad que sentían en esta tarea era inmensa y eso los motivaba a continuar. Tras esta capacitación popular, los alumnos se sentían preparados para presentar el examen del ICFES, un paso crucial que validaba su educación primaria.

En medio de aquellas reuniones, donde las ideas radicales se debatían con seriedad, en José Abad iba naciendo una chispa en sus conversaciones, lo que hacía ameno el ambiente. Como eran varios jóvenes con una picardía innata, lograban aminorar la solemnidad con bromas tan elocuentes como sus propios argumentos. Por ejemplo, al principio cuando apenas si conocían a Verena, esa mujer tan particular y distinguida, alcanzaron a inquietarse por su presencia en estos sectores tan pobres, creyendo que pertenecía a un ejército de detectives; aprovechando esa perfecta casualidad quisieron recrear una broma al más inocente de todos, entonces Germán pregunta:

—*José Abad, ¿sabía que Verena es de la CIA?* — Él mirando de reojo y simulando estar serio, miró a Ernesto, el menor de la sala...

El pobre chico, con el susto latente por el tema actual de la “revolución”, respondió con alarma:

—*¿Cómo así? ¿Nos investigan?*

José Abad fue el primero que se dejó descubrir, no pudo ocultar esa risa que intentaba acallar y el estallido de carcajadas salió como bomba de explosión, pues la reacción del joven fue el detonante para que todos se rindieran a la algarabía.

Así, entre las bromas se tejía la vida cotidiana de José Abad, combinando su actividad intelectual y sus ideologías con la alegría y genialidad como complemento vital para su alma inquieta.

Su Espacio está en el Interior

La familia no es algo importante, lo es todo. — Michael J. Fox



Foto 24: Adelfa y Abad. Matrimonio de Adelfa

Por esos años en que José Abad trabajaba en el Telecentro, fue viendo la transformación familiar. Adelfa, su inseparable compañera, partió para forjar su propio destino, y su ausencia le dejó un inmenso vacío, sintió como si se desprendiera una parte de él. Esta circunstancia lo elevó, inevitablemente, al rol de hermano mayor. Aunque una punzada de melancolía apretó su corazón, reconoció en esa despedida que así era la ambivalencia de la vida. María, firme en sus convicciones, continuaba dando vida a pesar de las nuevas ideas sobre planificación familiar, una corriente que él estaba conociendo y con mucho respeto le insinuó a su mamá para que se acogiera a esta forma de evitar más embarazos. En el centro de salud de Meissen ya

estaban enseñando y acompañando a las madres en este proceso. Pero su iniciativa no tuvo éxito, pues al parecer María lo intentó, pero algo sucedió y como sus padres lo manifestaron en varias ocasiones...

—Son los designios de Dios, tenderemos los hijos que él nos mande.

Fue así como nacieron las pequeñas Gloria Edith y Milvia, dos almas puras que, pocos meses después, deslumbrarían a todo aquel que las conocía, como a Omar y Carlos Cruz, amigos de José Abad, quienes, con inmenso cariño, no dudaron en llamarlas “hermosas como el niño Dios y la virgen María” en este sentido, se iba multiplicando la familia, eran nueve en total, papá mamá y siete de los ocho hijos, porque Adelfa ya no estaba.

La vida en San Francisco, aunque llena de adversidades, fortalecía a la familia Giraldo. La construcción de la casa en el lote de 12 por 20 metros era un proyecto a muy largo plazo, una labor que requería paciencia, esfuerzo; pero, sobre todo, dinero para invertir en materiales para la construcción. En la parte trasera del terreno, se hicieron las primeras construcciones de la casa y más adelante se hacía el local de frente. Pese a las dificultades, la educación nunca fue negociable. Los hermanos de José Abad asistían a las escuelas públicas del barrio, recibiendo una formación que era tan importante como la comida. María, buscaba apoyo en el centro de higiene; era el mismo puesto de salud, donde se beneficiaban de los programas de gobierno que ofrecían mercado, pan y leche en polvo, un sustento para las familias con pocos recursos y que tenían muchos hijos.

Los hermanos de José Abad, igual que él, eran jóvenes inquietos e inteligentes, no por el ambiente del barrio, sino por el ejemplo constante de sus padres, trabajadores y el de su hermano que siempre se le veía acompañado de libros y viniendo del colegio y del Telecentro; pero sobre todo muy



Foto 25. José Abad con María Pérez en el centro de Bogotá

centrado en sus cosas. Él era un modelo a seguir. En este entorno, prevalecían los valores arraigados por herencia, se forjaba una familia consolidada con bases firmes.

María, por su parte, sentía gran respeto por su hijo mayor. La diferencia de edad años entre él y Jorge Iván, el primer bogotano no era solo una brecha de tiempo, sino un abismo de ausencias: diez años en que seis hijos habían muerto. Ella lo veía ocupado y activo, participando en grupos de jóvenes que también parecían tener un propósito tan grande como el de él. Con el corazón de madre, intentaba brindarle un espacio personal en medio de tanto bullicioso. Entonces él siempre tuvo su propia habitación, un refugio que pronto se iba llenando de los frutos de su intelecto, comenzó a coleccionar las editoriales de los periódicos y revistas de interés nacional, forjando su pensamiento crítico en la soledad de su espacio.

Era momento de un cambio de colegio, pese a todos los aprendizajes, en el parroquial San Carlos, allí sólo había hasta cuarto de bachillerato. Lo trasladaron al Instituto Central, este cambio no significó para José Abad una ruptura, sino una extensión de su universo, su alma intuía que la educación trascendía los muros, tal como el poeta y filósofo Ralph Waldo Emerson quien alguna vez escribió: “El que es sabio sabe que la escuela está en todas partes, en el aire que respira, en el libro que lee, en las palabras que oye, y en la tinta que mancha sus dedos” y él lo entendió. A sus ojos, cualquier lugar que le proporcionara un nuevo libro era un templo del saber. Así, el Instituto Central no fue más que la puerta a una nueva forma de conocimientos.

Librepensador

Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo—Karl Marx

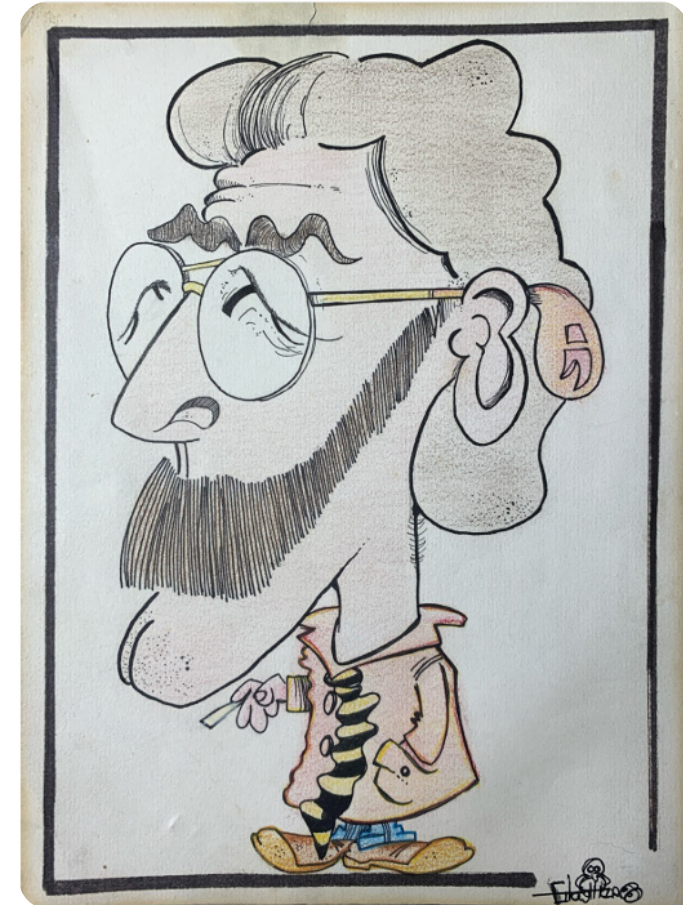


Foto 26: Caricatura de José Abad, realizada por un estudiante

Para entonces, con su mente en plena ebullición y una madurez que superaba su edad, José Abad comenzó a nutrir ideas que iban más allá de lo académico, su concepción del mundo se transformaba. —La sabiduría de la gente está en sus luchas, en su propia voz”, solía decir, reflejando una ideología

incipiente. Empezó a encontrar sentido en los ideales del padre Camilo Torres. Mientras se sumergía en sus estudios, se preguntaba a sí mismo: —¿Cómo puedo yo, contribuir a este cambio que tanto necesita la sociedad? Así, su camino se transformaba en un acto de compromiso con aquellos que menos tenían, una búsqueda que le permitía alinear su propósito con el de su inspiración.

En los albores de la revolución, el mundo se vestía con los colores de un cambio radical, y la filosofía pacifista de los hippies, con su lema de “no hagas la guerra, haz el amor”, se erigía como un nuevo paradigma. Este llamado a la paz y a la transformación social resonó en estos jóvenes, quienes comenzaron a organizar nuevas reuniones al salir del Telecentro. Herbert Marcuse mencionaba que “La cultura revolucionaria es la antítesis del sistema, no un mero reflejo de este”. En ese contexto, el discurso empezó a consolidar un grupo más sólido, atrayendo a personas que, más allá de sus oficios, sentían la misma sed de cambio.

El grupo de José Abad y sus compañeros crecía día a día, acogiendo a la gente del común con la sabiduría y los aprendizajes de la vida misma. Misael, era un seminarista consagrado, Jaime Serna, el zapatero, y Jairo López, vecino cercado, se fueron uniendo, reconociendo en la educación la herramienta fundamental para el cambio. Pedagogos como Paulo Freire, cuya concepción de que la educación es un acto político los inspiró profundamente: “Nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa solo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo”. En este contexto, sus reuniones se convirtieron en auténticos laboratorios de conciencia, donde el conocimiento no era un lujo, sino un derecho y un camino hacia la emancipación. El potencial de sus enseñanzas se hizo palpable en los resultados positivos que obtenían. Los círculos de estudio no se limitaban

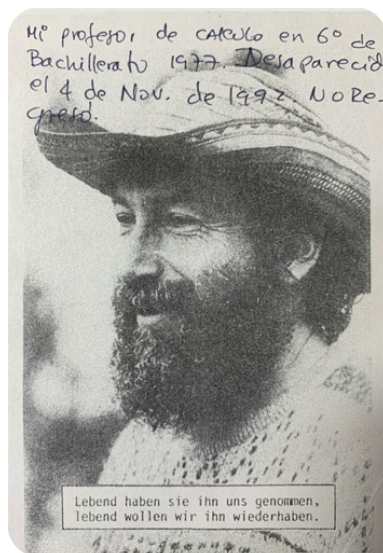


Foto 27: Profesor de José Abad en 1975

a la teoría, sino que se enraizaban en la vida cotidiana de las personas. Un ejemplo de esto fue Silverio, un hombre con numerosos hijos que se unió más tarde, deseoso de aprender a leer. Fue estudiante de José Abad, en el Telecentro, a pesar de sus dificultades, comprendió la causa así decide unirse. Freire creía que “la educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”. Con esta premisa se hacía realidad cada encuentro, donde la alfabetización constante era la puerta de entrada a la conciencia política.

A medida que el grupo se transformaba, sus propósitos se politizaron. Jaime Serna, intelectual empírico, se estableció como un gran dirigente. Se destacaba por su mirada serena, enmarcada por unas gafas tan gruesas que parecían lentes de aumento para descubrir la esencia del mundo. Había vivido más que los demás. Estuvo preso y allí vivió la brutalidad y la injusticia con torturas dolorosas. Él veía el mundo con claridad y conservaba la esperanza en la transformación. Con su guía, todos se sumergían en las entrañas de los textos, encontrando la justificación teórica para el profundo compromiso. Intentaba compartir con los otros muchachos, temas de Marxismo, filosofía y economía. “El poder no es algo que se posea, sino algo que se ejerce”, afirmó Foucault. Serna, entendía a la perfección el poder y su ejercicio.

El objetivo de este colectivo era claro: prepararse para la revolución que se avecinaba. Sus ejercicios no solo eran académicos, sino que abarcaban una preparación política y teórica desde la concepción marxista-leninista de la época. Al poco tiempo, un nuevo actor apareció en sus vidas: el M-19. Uno de sus guías alfabetizadores, Fabio Jairo Linares, comenzó a tener reuniones con miembros de la guerrilla, y los jóvenes notaban que su discurso era cada vez más radical. Como alguna vez escribió León Trotsky: “La revolución es una fuerza irresistible cuando ha llegado su tiempo”. Y aunque José Abad y sus compañeros se enteraron más tarde de que Linares y otros eran militantes, el camino de su grupo ya estaba fuertemente ligado a la transformación que se forjaba en las calles de Colombia.

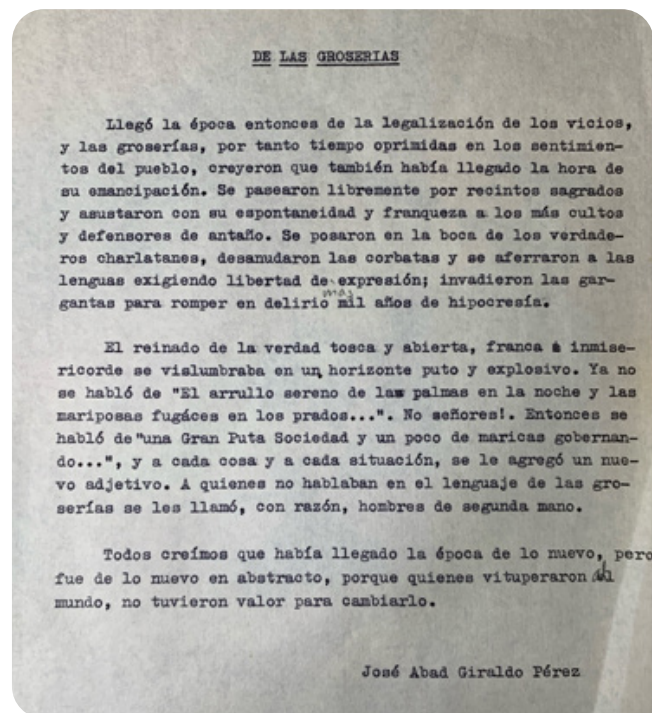


Foto 28: Las groserías. Texto escrito por José Abad

Hacia el año 1975, José Abad tuvo el honor inmenso de conocer más del mundo que se escondía en las enciclopedias, el mundo de las ideas de Platón, iba encontrando en los libros el primer medio para iniciar su propio viaje personal. Si la vida en su barrio San Francisco era el "Mundo Sensible" como lo planteaba Platón, lleno de carencias y una realidad cruda, los libros fueron el portal hacia la luz que le permitieran de alguna manera entender las vicisitudes de la vida. En la soledad de su habitación el tiempo se detenía cuando se imbuía en su lectura. Fue así como empezó a maravillarse con todo lo que estaba descubriendo y empezó una búsqueda por comprender e interpretar el mundo que se abría desde varias perspectivas. Su intelecto, lo empujó a cuestionar, una verdad más profunda de la que le ofrecía su entorno inmediato.

Para él, cada página era un paso fuera de la caverna, una oportunidad para entender no solo lo que era, sino lo que podía ser. Ese viaje, no lo hizo solo, sus amigos voluntarios y algunos compañeros del Institución Central, también habían intuido la

existencia de un mundo más rico, consolidándose un grupo de jóvenes aportando con un granito de arena al cambio social que tanto necesitaba el país de esa época. De esta forma los debates sobre filosofía y política no eran meros ejercicios académicos, eran un colectivo buscando grandes ideas que regían la vida, la justicia y la verdad. Así una tarde después de la clase de alfabetización, quizás como un recuerdo en los imaginarios de José Abad, veía a sus amigos: Germán, Jaime Serna y el Mono, sentados en un andén con el polvo de las calles pegado a sus zapatos, entablar diálogos...

—Carajo, este trabajo es duro. A veces siento que por cada dos pasos que avanzamos, retrocedemos uno. A lo que Jaime con seguridad responde:

—Es la realidad de nuestro país, Germán. El verdadero progreso no se ve de un día para otro.

José Abad, que había estado callado, se acomodó en el andén, mirando al horizonte, insinúa.

—A veces pienso en Platón... en su caverna.

Germán arqueó una ceja y Serna sonrió.

—¿Y qué hay con ella, Abad?

—Que nosotros, los de aquí, somos como los prisioneros. Solo vemos las sombras que nos proyectan, las sombras del analfabetismo, de la pobreza. Y creemos que esa es la única realidad. Pero lo que hacemos, Jaime, es el primer paso para salir y que vean la luz.

Y así se iba dando las charlas cotidianas

—Filosofía muy bonita, José. Pero las ideas no les dan de comer. La verdad que buscamos nosotros es la justicia. Y la justicia se construye con acción, no solo con palabras.

—Pero, ¿la acción no nace de una idea, amigos? ¿No es la idea de un mundo justo nuestra verdadera esencia? Lo que no vemos, pero que sabemos que existe.

El Mono con una voz inocente y curiosa, responde...

—¿Entonces, somos nosotros los que les ayudamos a mirar el sol?"

Jaime sonrió, asintiendo. "Así es, Mono. La educación es la luz. Y lo que construimos aquí con libros y conciencia, es una escalera para que la gente suba de la ignorancia a la verdadera libertad.

Germán se puso de pie, dándole una palmada en la espalda a José Abad.

—*Por eso te necesitamos, José Abad. Tú nos recuerdas que nuestros sueños tienen raíces profundas. Ahora, vamos, que la revolución también necesita un plato de comida caliente.*”

Todos rieron, levantándose para caminar en la oscuridad que, a pesar de todo, no lograba opacar la luz de sus ideales.

José Abad culminó su bachillerato en el Instituto Central, con la firme convicción de que la educación era la única esperanza para el mundo. Y como reafirmando su postura, se gradúa con los más altos honores. Al momento de pasar al frente, se detuvo la ceremonia para reconocer su excepcional talento. Sus padres volvieron a revivir momentos de orgullo cuando el profesor a cargo, le otorga el título de Mejor Bachiller de la Promoción de 1975, no solo lo elogió por sus grandes capacidades, sino que hizo una mención especial a sus habilidades sobresalientes en física y cálculo. —*Este joven está hecho para grandes cosas*, afirmó el docente. —*Estoy seguro de que pronto tendremos noticia de él.* Y así, con el eco de ese reconocimiento, José Abad se preparaba para dar los primeros pasos en un camino que apenas comenzaba a trazar.



Foto 29: María, José Abad y Libardo. Grado Bachiller

Los Cimientos del Saber: Forjando un Destino Profesional

Lo que el hombre desea ardientemente, ya lo ha comenzado a crear.”—Johann Wolfgang von Goethe.

Paralelo a su vida académica, y consciente de la precaria situación en la casa, José Abad comenzó a trabajar en varios lugares. El primero, y el más constante, era junto a su padre, en la fábrica de ladrillos. Allí, se podía subcontratar para la extenuante labor de cargar ladrillos, apilándolos y acomodándolos en las volquetas para su posterior reparto. A menudo lo hacía junto a Jorge, mientras su hermano menor Rubinel aún era un niño. El trabajo más arduo era limpiar las “cámaras”, construcciones de barro y ladrillo, que se llenaban de fuego puro para sacar el material ya cocinado. Cuando estas estructuras colapsaban, Libardo debía traer ayudantes, sus hijos, quienes trabajaban a la par de su padre; debían entregar la cámara totalmente reconstruida, tarea que podía tardar hasta 24 o más horas.

Como el sueldo de Libardo no alcanzaba para todo lo que se necesitaba, los alimentos escaseaban y tampoco había lo suficiente para comprar los útiles escolares, entonces María encontró una posibilidad de trabajo; confeccionar ropa para las señoras del barrio, de esta forma ayudaba a cubrir los gastos. Ella también aguardaba el sueño de levantar la construcción de su casa. Sin embargo, su salud empezó a deteriorarse, era frágil por las inclemencias de la vida y estaba siendo arrastrada por episodios de pánico y miedo, una enfermedad que la alejaba de esta realidad, oía murmullos donde no los había y por poco pierde la memoria totalmente. Era una batalla feroz contra su propio cuerpo, seis hijos indefensos dependían de ella, no podía abandonarlos. Este doloroso panorama generó en José Abad un profundo desasosiego, era un escenario absolutamente desconocido para él y el peso de la responsabilidad cayó sobre sus hombros; debía cuidar de sus hermanos menores mientras atendía sus propias obligaciones. Libardo y él se apoyaban para

preparar los alimentos de todos, mientras María estaba viviendo su propio delirio. Jorge Iván y Clara Elisa, aún estaban muy pequeños, entonces hacían oficios esporádicos en la casa.

Pasaron cuatro meses hasta que María con su furia interna como un arma que la anclaba a la realidad, fue superando eso que le aquejaba. El amor tan grande fue lo que la trajo de vuelta, sabía que no podía abandonar a su familia y el alivio fue total. María jamás imaginaría que su hijo amado, José Abad se vería hundido por los estragos de la mente, así como le pasó a ella.



Foto 30: Jorge Iván, Clara Elisa, Rubinel, Sofia Gloria Edith, Milvia

Pese a su potencial en los estudios, José Abad jamás se negó a ningún trabajo. Cada tarea la realizaba con un esmero, porque sabía que era otra forma de ayudar a su familia y retribuir lo que ellos le daban. También encontró trabajo en una empresa textil, allí cortaba material para chaquetas de cuero, forros para colchones y otros productos en masa. Los empleados tenían que

manipular rollos de tela de diferente calibre, cortarla y trasladarla de un lugar a otro. La cantidad de cortes generaba una diminuta lanilla, esa pelusa se filtraba hasta los pulmones, provocándole a José abad una tos que le impedía respirar bien, es por ello que su tiempo en ese lugar fue breve. Por otro lado, de ser necesario iba con Libardo como ayudante de construcción, porque su papá también se le media a la tarea de hacer casas, los fines de semana y en las vacaciones. Todo el dinero que ganaba, sin excepción, lo entregaba a su madre, transformando su esfuerzo en un acto de puro amor.

Con la convicción de que podría generar ingresos adicionales, José Abad decidió crear una empresa que era más un taller de sueños que una de materiales. En su naturaleza, además de su intelecto, había un talento especial para el dibujo, y gracias a sus encuentros con la gente del común, conoció el arte del pirograbado. El grupo de jóvenes con los que él andaba, secundaban sus ideas. Fue German quien, para entonces, soñaba con ser artista plástico y le enseñó a manejar la herramienta casi mágica, que permitía trazar finas líneas con fuego sobre la madera.

Inmerso en este nuevo oficio, se dedicó a transformar piezas humildes en objetos de arte. Compraba láminas delgadas de madera para crear hermosas tarjetas con poemas y delicados dibujos; también cucharas de palo y cofres en forma de baúl. El proceso era meticuloso y exigía paciencia: con la lija, lograba

alisar la madera, para luego dar vida a las imágenes y leyendas con el pirógrafo, para finalmente aplicar una capa de laca protectora que daba a cada pieza un acabado único. Así, sus creaciones pasaron de ser simples objetos, a ser bellas expresiones del alma.

Pero la parte más difícil de esta empresa de ensueño era el mercado. A pesar de su calidad y belleza, la venta no era sencilla. José Abad, junto a sus compañeros, se aventuraba a lugares como el cerro de Monserrate y las ferias locales, llevando sus creaciones con la esperanza de que alguien valorara el esfuerzo y la inspiración plasmados en la madera. En cada uno de esos productos, él encarnaba la frase del poeta y filósofo Goethe: "El



Foto 31: Pirógrafo

arte es la forma de manifestar la más alta y bella aspiración humana”, demostrando que el arte, más que un pasatiempo, era un camino de vida.

Al principio el taller estaba en la casa de José Abad, su pequeña habitación, pero pronto se mudó a un cuartico que le alquiló la señora Polinia en la casa de al lado. Este espacio, lejos del bullicio familiar, se convirtió también en el lugar donde las ideas revolucionarias cobraban vida. Aunque él se tomaba muy en serio su causa, nunca dejaron de ser jóvenes con sus esporádicas bromas. Entre brochazos de pintura, debates de filosofía y la risa constante llenaba el lugar, demostrando que la pasión por el conocimiento no estaba alejada de la alegría, ellos eran *“Los intelectuales felices”*

Ese pequeño taller también servía para continuar encendiendo la llama de la revolución. Con gran fervor, crearon sus propias papeletas con consignas en contra del gobierno y a favor del pueblo. Usaban maicena para hacer el pegante. *“El pueblo unido jamás será vencido”* se leía lo que pegaban en la oscuridad de la noche. Invitaba a su hermano Jorge Iván, quien era el “campanero” para advertirles sobre la presencia de la policía. Para el niño era un juego que disfrutaba con gran emoción. Pero para José Abad, estas acciones clandestinas según la convicción del momento, se convertían en el ideal para un dirigente revolucionario. Él veía en cada panfleto la construcción de la lucha por la libertad de los pueblos, y en la articulación con otros grupos de la ciudad, un camino hacia el cambio que creía necesario para el país.

En una de esas noches de marzo de 1974, en que Jorge Iván no lo acompañó, el idealismo de José Abad se encontró de frente con la cruda realidad. Estaba con el joven Ernesto, en plena acción de colocar las consignas, cuando se vieron sorprendidos por la policía y a los dos los llevaron presos. El frío del calabozo y la sensación de impotencia marcaron un punto de inflexión en su camino. Ernesto quien aún era menor de edad sintió mucho miedo, había oído de torturas y muerte a los rebeldes. Libardo se enteró de la situación de su hijo, lo acompañó sin remilgos, llevándole ropa y alimento. Él respetaba a su hijo y sus acciones. Sin embargo, mencionó unas palabras sabías que harían eco para toda su vida...

—*Mijo, ¿Qué es lo que está haciendo? Si con la revolución va a terminar en la cárcel, entonces ¿sus ideas tienen sentido?*

Lo que le dijo su papá, resonó en la mente de José Abad como una advertencia, una revelación de que la verdadera lucha por el cambio no se gana entre rejas, sino en la calle, con la gente, y con la mente, para transformar las ideas en acción.

Libardo con amor desinteresado acompañó a su hijo durante los quince días de su detención. Este fue un trago amargo, una confrontación con el riesgo real que implicaba su activismo. Afortunadamente, no hubo suficientes pruebas y los dejaron salir.

La efervescencia política del Paro Cívico de 1977, durante la presidencia de Alfonso López Michelsen, había dejado una huella en José Abad. Pese a que la lucha de los jóvenes coincidía con sus preceptos políticos, también veía un panorama oscuro en su futuro y se reafirmó cuando una noticia paralizaba a Colombia, *“El robo de cinco mil armas del Ejército Nacional por parte del Movimiento 19 de abril (M-19) el 31 de diciembre de 1978. Durante meses, los guerrilleros construyeron un túnel subterráneo hasta un hangar destinado a guardar gran parte de las armas de fuego de algunas unidades que operaban en el Cantón Norte. La llamada “Operación Ballena Azul” había sido un éxito.*

Más adelante, el hallazgo de armas en el barrio San Francisco lo sumergieron en una profunda reflexión. La revolución, que antes era una consigna en las paredes, se había transformado en una amenaza tangible, trayendo consigo desapariciones y muertes. Este oscuro panorama lo obligó a reevaluar sus ideales y el propósito de su vida.

Aquel suceso fue un golpe brutal para la convicción de José Abad. La utopía de la revolución, que él había idealizado en sus discursos con sus compañeros, se desmoronó al ver las armas del M-19 en las calles de su propio barrio. —*“La revolución que mata a los jóvenes no es la que yo quiero”*, murmuraba, con un desasosiego que era la antítesis de su fervor anterior. Las noticias de las desapariciones y las muertes le demostraron que la lucha no podía ser solo una cuestión de consignas, sino de vida o muerte. Fue en ese momento de oscuridad que la verdadera luz de su vocación se reveló: la revolución no se hacía con armas, sino con ideas. Su camino era el de un pedagogo, un maestro que construye un cambio genuino al cultivar el conocimiento en la mente de las personas, transformando el mundo desde la base.

Con esta certeza, su vida tomó un nuevo rumbo, y cada libro, cada lección, se convirtió en un acto de resistencia pacífica y un arma de cambio.

José Abad siente una profunda desilusión de algunos de sus compañeros de aquella época revolucionaria, ya que sus ideales estaban contrarios a sus acciones; un caso puntual es el de Misael, con quien había construido ideas, trabajaban en el Telecentro y dialogaban; de la noche a la mañana, resulta siendo un sacerdote, aún sin haber terminado su bachillerato, el cual hizo mediante validación. José Abad, por experiencia y herencia, en su familia, había dos tíos sacerdotes de vocación y formación, sabía que para ser cura se requiere de un estudio exhaustivo, de años de concentración en un seminario, y justo ve a Misael *“vendiendo almas en el cementerio”*. Pensó... *¿qué es esto, Misael con ideas revolucionarias ahora vende almas?* También se desilusiona de otros, por diferentes circunstancias que no encajaban con su pensamiento.

José Abad, tenía la certeza de la carrera que iba a escoger para su destino profesional, una conexión profunda con los pilares del universo. Se había dado a la tarea a escudriñar el conocimiento de los grandes; casi por accidente supo la claridad matemática de Isaac Newton, cuyas leyes del movimiento resonaban en su alma, estaba maravillado con la revolucionaria cosmovisión de Albert Einstein y la teoría de la relatividad, esto le estaba abriendo las puertas a un pensamiento sin límites. Sabía un poco de Galileo Galilei, que era considerado el padre de la ciencia moderna y quería aprender a observar el cosmos a través de sus teorías. Con la genialidad que lo caracterizaba, José Abad solía murmurar entre risas, que un gigante de la física había muerto en 1955 para que uno nuevo pudiera nacer, solía charlar con su familia...

—Ustedes saben quién murió en 1955 para que justo yo tomara su puesto? El eco de la voz receptora decía...

—¿Cómo así? ¿Quién?

—Pues Albert Einstein, pues él debía morir para dar paso a este pensador, ¡Yo! El 18 de abril murió el más grande de la física y yo nazco el 31 de octubre. Eso no es una casualidad, él me estaba heredando su inteligencia. Y soltaba la risa que se asomaba debajo de ese bigote maduro.

Una broma que representaba la solemne admiración por aquellos a quienes consideraba sus antecesores. Fue así como se inscribió en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, donde obtuvo uno de los más altos puntajes, ingresando con la promesa de una vida dedicada al conocimiento.

La Coherencia Entre el Ser y el Hacer

No es lo que te sucede, sino cómo reaccionas ante ello lo que importa.” - Epicteto

A medida que sus hermanos crecían, la distancia entre las responsabilidades de la adultez y la niñez se acortaba. José Abad era coherente entre lo que él estaba construyendo de sí mismo y su actuar, el ser y el hacer, eran una filosofía de vida que empezaba desde la casa. Las maravillas del ejemplo era la evidencia de que los pequeños aprendían de lo que veían, ellos siguiendo sus pasos eran sobresalientes en su estudio y muy inteligentes. Aunque no había un lugar adecuado para sus tareas, ni María tenía tiempo de revisar sus cuadernos, el ejemplo de José Abad era la guía que necesitaban, él los alentaba a perseverar. Su mamá tenía que atender los oficios de la casa; como cocinar, lavar la ropa a mano y en las tardes confeccionar los vestidos que tenía para entregar. Lo que permitía que los niños pasaran mucho tiempo en la calle. En el barrio San Francisco aún sin pavimentar, y en los lotes en construcción, crecían Jorge Iván y Rubinel envueltos en sus juegos; coleccionaban caramelos de papel didácticos para apostar con sus vecinos, jugaban cinco huecos con las canicas y hacían piruetas con el trompo. Aunque su mente estaba en la vanguardia del conocimiento, los veía con absoluto respeto, entendiendo que a su edad todo niño encuentra en los juegos parte de su libertad y aprendizaje. A veces se preocupaba por la falta de supervisión de su madre, pero vigilaba y veía que, a pesar de todo, las calles del barrio no representaban mayor peligro. Su rol, entonces, no era el de un guardián, sino el de un mentor silencioso.

La responsabilidad de las tareas domésticas se iba transfiriendo. Antes de que llegaran los servicios públicos debían cargar agua de las pilas, esa travesía la traían desde las Colinas, Adelfa y Abad, pero avanzó a San Francisco, y ahora ya les correspondía a Jorge Iván, Clara y Rubinel. También debían traer el cocinero para cocinar en una estufa manual, después de hacer grandes filas y desde muy temprano, al fin llegaba. Lo mismo ocurrió con los recorridos a la fábrica, para llevar el almuerzo a Libardo; ya

eran varios niños, entonces se turnaban por parejas: un día lo hacía Jorge Iván y Clara y al otro día Rubinel y la pequeña Sofía, porque las otras niñas estaban aún muy pequeñas.

José Abad, los veía con ternura, sabiendo que su infancia, como la de él, estaba marcada por la necesidad y la falta de comodidades. Los entendía cuando preferían la calle, donde los más pequeños se divertían descalzos en medio del polvo. a pesar de que el hogar no siempre pudiera brindarles las condiciones idóneas para su crecimiento.

El gran apoyo de su hermano mayor, era algo mágico, les ofrecía lo que tenía a su alcance para que ellos también pudieran ver los valores del conocimiento. El acceso a los libros, como un tesoro escondido, era muy limitado; sólo los vecinos más pudientes podían comprarlos, pero los más audaces, eran quienes los apreciaban, tras pedirlos prestados, sacaban el mejor provecho para sus investigaciones o transcribiendo conceptos. Pero José Abad ya había empezado esa tarea de conocer y aprender constantemente, solía coleccionar todas las editoriales después de leer el periódico, no porque los comprara, sino porque las rescataba del olvido

En los primeros días de su vida universitaria, José Abad no solo se dedicó a sus propios estudios, sino que se convirtió en un maestro en su hogar y en su barrio. Con una naturalidad innata, su conocimiento se transformó en una luz para sus hermanos y para los vecinos, tanto niños como adultos, se acercaban a la casa en busca de su guía.

—*José Abad, ¿cómo haces para que las matemáticas parezcan un juego?*, le preguntaban, admirados por la facilidad con la que resolvía los problemas más complejos.

Su conocimiento parecía enciclopédico, abordando con igual facilidad tanto las matemáticas, como el español, la historia y la geografía. Para sus hermanos, la magia de tener un hermano que “lo sabía todo” hacía que las tareas fueran un reto divertido, no una obligación. El hogar de José Abad, se había transformado en un epicentro de saber, donde la curiosidad y el conocimiento se compartían libremente, demostrando que la verdadera riqueza no está en las cosas, sino en la capacidad de compartir el saber.

Estaba en pleno enamoramiento de su carrera, cuando se inició un paró en la Universidad, de esos que a veces pareciera que no tienen fin, José Abad, pacientemente esperaba que ese recinto, abriera sus puertas nuevamente. Sin embargo, el cese

de actividades, se prolongó por más de dos años, y la espera se convirtió en una angustia existencial para José Abad. La inactividad jamás la contemplaba. Pero la vida, como un río que nunca se detiene, lo obligó a buscar una salida. En ese momento, su filosofía del “ser y el hacer” adquirió un nuevo significado, otros caminos se abrían, un trabajo en la Cacharrería Medellín, un gran almacén ubicado al centro de la ciudad, allí permaneció un largo tiempo, hasta que algo sucedía en la fábrica donde Libardo trabajaba y él decide apoyarlo. Con esta experiencia descubrió que su vocación no estaba en un negocio comercial, sino en la capacidad de transformar cualquier espacio en un ambiente de aprendizaje y cualquier trabajo en una oportunidad para crecer.

Resistencia y Lucha por la Dignidad Obrera

El hombre que sabe de qué está hecho y por qué se rebela, está en el camino de la verdadera libertad.” - Albert Camus



Foto 32: Ladrillera la Candelaria.

Para Libardo, la ladrillera La Candelaria era más que un trabajo; era la fuente de sustento de su familia, pero también el escenario de su lucha. El ambiente estaba cargado de tensión, la sombra de la liquidación era una amenaza constante a pesar de los esfuerzos del sindicato. Los salarios se mantenían estancados por años con aumentos miserables, y Libardo, con sus manos callosas y su alma entera dedicada a su labor, sentía la explotación en carne propia.

—Dejamos toda nuestra salud a expensas de los que tienen el poder y la plata. — murmuraba con amargura. Aunque no se inmiscuía en la política, el gobierno de Julio César Turbay Ayala parecía ignorar las dificultades del obrero. Para Libardo, la huelga no era solo una cuestión de salarios; era una batalla por la dignidad de su trabajo y por el futuro de su familia, una lucha

que su hijo José Abad observaría, aprendiendo que la explotación no es solo una palabra, sino una realidad que se vive en el cuerpo y el alma.

La mente y el corazón de José Abad, estaban sintonizados con una profunda preocupación por las injusticias sociales, su convicción: el conocimiento es un arma para el cambio. A través de sus lecturas y de conversaciones apasionadas, intentaba que los demás vieran la inequidad que los obreros vivían día a día, como la que afectaba a su propio padre en la ladrillera La Candelaria. Con el pensamiento del *Che Guevara* y las enseñanzas del cura *Camilo Torres*, les abría los ojos a una realidad que su ignorancia les impedía ver, trabajaban más de lo normal, los pagos eran injustos y que los servicios de salud inadecuados. En un contexto de pobreza y desnutrición en lugares como Ciudad Bolívar, José Abad se sentía responsable de aportar al mundo su conocimiento y su sentir político, convencido de que la reflexión era el primer paso para la revolución social.

Como hijo mayor José Abad era quien más se preocupó por los sufrimientos del hambre y la escasez que vivían en carne propia. Su trabajo en el Telecentro se había convertido en una forma de ayudar a su comunidad, pero su verdadera labor era despertar conciencias. Con El Mono, Germán, Omar, Carlos Cruz, Ernesto y ahora Jorge Rojas, conversaban a menudo sobre aquellas injusticias laborales: las extensas jornadas por un sueldo y ¿cómo su padre podía sentirse bien trabajando así? no veía la realidad de lo que ocurría. Hasta que un día habló con su padre, lo llamó a cuentas, y juntos descubrieron que los excesos de trabajo y los aumentos anuales poco se reflejaban en sus salarios. No pasó mucho tiempo cuando, a través del sindicato al que pertenecían, se presentó un pliego de peticiones para un aumento de sueldo. Al no encontrar una solución, Libardo y sus compañeros se lanzaron a su primera huelga. La lucha era un juego de resistencia: dejar de trabajar para que los ingresos de la empresa se detuvieran. Contaban con un fondo de empleados del que podían solicitar préstamos, y algunas empresas los apoyaron con mercados. José Abad, con sus amigos “Los intelectuales”, los motivaba, acompañándolos con discursos y canciones de protesta al son de las guitarras, dándoles la fuerza que necesitaban para mantenerse firmes en su lucha.

Para la segunda huelga, Libardo y sus compañeros estaban dispuestos a todo. Esta vez, la estrategia no se basaba solo en la necesidad, sino en el conocimiento que su hijo José Abad había recopilado. Él se convirtió en su mano derecha para tomar decisiones, documentándose sobre sus derechos, el funcionamiento de los sindicatos y los beneficios que se podían obtener de una protesta como esa. Por primera vez en años, los hornos de La Candelaria se apagaron, los carros cargadores de bloque se paralizaron y el ruido diario de los trabajadores se silenció. Pero el silencio era solo una pausa, porque el eco de sus voces se elevaba a otros planos, en la forma de arengas de la lucha obrera que entonaban con una firmeza que demostraba que esta vez, el pez grande no se comería al chico.



Foto 33: Jóvenes intelectuales apoyando la huelga de la Candelaria

El frío de la mañana se amenizaba con el calor de una hoguera que encendía la alegría. Con una solidaridad sin igual, los huelguistas recibían apoyo de otras empresas y de las plazas de mercado. Hicieron un campamento y hasta el más pequeño de los hijos de Libardo, como Rubinel, participaba con entusiasmo, mientras que Jorge Iván se convertía en un audaz mensajero, anunciando la llegada de más apoyo. La lucha ya no era solo por sus derechos, sino por la dignidad de sus familias. El sindicato hacía uso de sus recursos para sostener la huelga, y varias empresas, como *Cauchosol*, las curtiembres y otras ladrilleras, se unían a su causa, enviando cheques que Libardo, el más honrado de los obreros, se encargaba de recoger y repartir equi-

tativamente. La firmeza de su lucha se había convertido en un eco que resonaba en otros barrios y empresas, demostrando que la unión era la única herramienta capaz de lograr un cambio real.



Foto 34: Libardo y María

Siguiendo el ejemplo de otras luchas sindicales como la de Coca-Cola, se dividieron las tareas con disciplina. Algunos compañeros se subían a los autobuses para solicitar apoyo a sus peticiones, mientras que todos usaban brazaletes rojos como insignia de protesta. Las tardes, frente a la fábrica, se llenaban de la calidez de una hoguera y de canciones de protesta que invitaban a la lucha. “¡A la huelga compañeros, no vayas a trabajar!”, cantaban, al son de la guitarra, una melodía que era la banda sonora de su resistencia. La juventud, acompañando a José Abad, se tomaba los espacios con su

sonoridad, y los trabajadores de La Candelaria, que antes solo conocían el ruido de los hornos y el camión, ahora aprendían las letras de las canciones y se unían a un solo coro. La lucha se había convertido en un himno, y el eco de sus voces era la mejor arma para conseguir sus derechos. La derrota de la primera huelga sirvió como una lección para José Abad y Libardo. La segunda vez, la estrategia no fue solo la fuerza, sino el conocimiento.

El Vínculo Indisoluble: La Hermandad como Destino

La familia es el primer núcleo de la sociedad, y el primer lugar donde aprendemos a amar y a ser amados.
- John Milton

En su nueva etapa en la Universidad Pedagógica Nacional, José Abad sintió que el destino se alineaba con su alma. El examen de admisión fue superado con la misma facilidad que el de la Distrital, se preparaba para un viaje hacia el conocimiento y la reafirmación de su vocación. Era la oportunidad para conocer personas excepcionales y quizás encontrar ese sentimiento que se aguardaba para él, en algún lugar cercano. La universidad se convirtió en el soporte de su ideología, comprendió que la revolución, más que un acto de fuerza, es un proceso intelectual que se gesta en la conciencia, en las aulas.



Foto 35: Visibles: Clara, Jorge, José Abad, Leydi y Yuber el cuñado de José Abad

Su mente, una vez más, se abrió a un universo de ideas, donde el saber no era un fin en sí mismo, sino el motor para la emancipación.

José Abad se sumergió en los textos de Paulo Freire, y su pedagogía de la liberación resonó en lo más profundo de su ser. Comprendió que la educación no es un simple traspaso de información, sino una herramienta para que el oprimido se haga consciente de su realidad y se convierta en agente de su propia transformación. De igual manera, su pensamiento político se reafirmó con los valores de Ernesto “Che” Guevara, quien no concebía la revolución como un fin, sino como un medio para lograr la justicia social. De alguna manera se identificaba con el proyecto social de Cuba y su dirigente Fidel Castro. Sus búsquedas no paraban ahí, había que mirar un poco al pasado; entonces se adentró en los líderes nacionales, analizando los escritos de Simón Bolívar con una visión renovada. En los círculos de amigos, José Abad era un analista del mundo, un pensador que leía para entender el mundo desde su perspectiva pedagógica. Así, se iba a convertir en el maestro que siempre soñó ser, cultivando en su corazón la certeza de que *“El hombre que se sabe a sí mismo, sabe dónde se encuentra su verdadera fortaleza”*, como lo dijo Séneca.

En la física, encontró su verdadero yo, la disciplina que lo anclaba a la realidad y a las maravillas del universo. Jamás se conformó con lo que le enseñaban los maestros, siempre profundizaba más. Confrontó teorías tan interesantes como la de Newton con la mecánica cuántica de Planck y Bohr, desentrañando la naturaleza de la realidad. Era brillante en el desarrollo de problemas y ejercicios de trigonometría, cálculo y física, y la misma genialidad que usaba para sus estudios la llevaba a su vida. Tenía un gran amigo con el que se entendía a la perfección;

Ebaristo, pero en la universidad también encontró eco con otros matemáticos como él. Muchas veces llegaban a la casa, compartían en su cuarto, recinto del saber y se entendían con los números. Siempre se les veía en la cafetería de la esquina, en el parque o por las calles conversando. Los niños, hermanos y sobrinos fueron testigos admirados por todo lo que hacía su hermano al convertir su casa, en un espacio de números y ecuaciones.

Era maravilloso porque su aspecto físico también se transformaba, como si crecer intelectualmente trascendiera a lo físico, reflejando madurez y seriedad. Su cabello, formaba esa melena característica de los universitarios, sus ojos cafés amielados, llenos de un brillo cautivador, se mantuvieron como un sello de su juventud. Su sonrisa se ajustaba perfectamente a su bigote bien arreglado. Era muy delgado y solía vestir de camisa, muchas veces blanca, dando inicio a esa elegancia que lo acompañaría por el resto de su vida; era una forma de expresar su respeto por el conocimiento y la vida.

Como hermano e hijo mayor, José Abad sintió un profundo compromiso con la educación de sus hermanos. A medida que crecían, el bullicio de la calle y la libertad del juego los desviaban del camino, y los días y noches se llenaban de risas y de la algarabía de sus juegos con los vecinos. Pero él, que salía temprano y regresaba al caer la noche, veía en ese desorden un peligro para su futuro. Con un acto de amor y la autoridad que su ejemplo le confería, los llamaba al orden. Todos le corrían, no por miedo, sino por el gran respeto que le tenían. Su voz los regresaba a la realidad de sus tareas y a la seguridad del hogar. Durante la primaria, él se aseguró de ser un

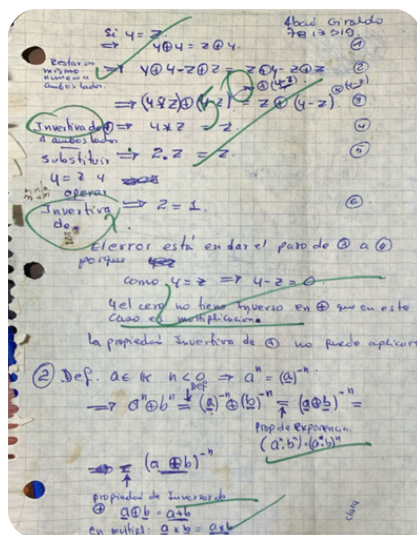


Foto 36: Evaluación



Foto 37: José Abad, juventud

apoyo constante, demostrando que su disciplina era el mejor regalo que podía darles para que, un día, pudieran forjarse un futuro tan brillante.



Foto 38: Sofía, Gloria Edith, Libardo, Señora Polonia y Rubinel

José Abad no solo se sentía responsable de la educación de sus hermanos, sino que la convertía en una experiencia fascinante. Los niños, asombrados por la belleza de los números, se desafiaban a sí mismos en concursos de tablas de multiplicar y divisiones de tres cifras. Cuando no entendían, esperaban pacientemente a que su hermano llegara para la “espectacular explicación”. José Abad, con su metodología pedagógica innata, organizaba las lecciones por edades: ponía a Clara y a Jorge al

mismo tiempo, y luego a Rubinel y a Sofía. Mientras Rubinel, muy avisado, respondía con fluidez, la pequeña Sofía se quedaba dormida.

—*Váyase a dormir, lo que tiene es sueño; mañana le explico*, le decía su maestro, y ella, sintiéndose superada por la genialidad de su hermano, se desmoronaba en llanto y salía.

A medida que sus hermanas crecían, la tarea de José Abad se volvía más especial. Las hermosas de la casa, a quienes los Cruz, llamaban el “niño Dios” y la “virgen”, Gloria Edith y Milvia también recibían sus lecciones; solían andar descalzas sobre el empedrado suelo sin pavimentar, a esas edades la vida no tiene prejuicios, eso lo entendía su hermano. La disciplina de José Abad, que a veces parecía severa, era en realidad un acto de amor que los guiaba hacia un futuro lleno de oportunidades.

A pesar de su madurez y su visión pragmática de la vida, José Abad se sintió impotente ante las decisiones de su madre. Él creía que sus conversaciones habían sido tenidas en cuenta, pero ella sólo sonreía al escucharlo:

—*Mamá, lo mejor es que no tenga más hijos. Mire lo enferma que estuvo, además mamá, ya somos muchos.*

Además, argumentaba la economía no daba para sostener a más niños. Pero ella, haciendo caso omiso de sus advertencias, creía firmemente en los hijos que Dios le mandara. Él, solo observaba, y en el fondo, sentía un poco de vergüenza, a la casa llegaban sus amigos a estudiar.

En 1977, María dio a luz a Leydi, a quien José Abad recibió con una mezcla de amor y emoción. Le parecía tan calladita, tan silenciosa, que bromeaba diciendo que era la que más se parecía a él. “*Pensar que no quería que mamá tuviera más hijos, y ahora amo a esta niña*”, decía, con una risa que disipaba su antigua vergüenza. 1988, llegó Jenny Stella, el regalo de Dios y de la vida para el hogar, la última hija, que selló el final de la llegada de más hijos. Con ella, el corazón de José Abad se abrió por completo, demostrando que la lógica y la razón, a veces, son superadas por la magia de la familia y el amor incondicional, con ella eran diez hijos en total; tres hombres y siete mujeres. Años después se reafirmaría esta teoría, porque su hermana menor iba a tener un papel fundamental en la historia de su familia y en la vida de José Abad.



Foto 39: Leydi y Jenny: hermanita menores

La Obsesión de un Genio

*Las mentes grandes no tienen tiempo para el sueño.”
- Leonardo da Vinci*

La habitación de José Abad, la que María le había asignado se convirtió en su refugio personal, un reflejo tangible de su mente inquieta. Había una biblioteca de tablas, que él mismo la había diseñado con medidas exactas y alineadas, empotrada en la pared; sostenía libros envejecidos y nuevos, como un testimonio de su insaciable sed de conocimiento. A un lado, colgaba las cucharas de palo que tenía como herencia de su taller, diseñada con el rostro de algún personaje célebre; una curiosa fusión de su arte y su intelecto. Su guitarra cerca a la cama para agarrarla por instantes necesarios como alimento de su ser interior; así como el poeta que se complementaba con el sonido de las cuerdas. Cerca de la puerta, una pila de periódicos con las editoriales seleccionadas, evidenciando su interés en el análisis del mundo. El escritorio que contaba su propia historia de largas jornadas de estudio, una mesa bien lijada y lacada; sostenía una taza de café y ese cenicero infaltable, testigos del ambiente intelectual que se respiraba en los universitarios de los años 70 y 80. El olor a tabaco, un aroma que lo transportaba a un estado de profunda concentración, completaba el escenario de un pensador que encontraba su lugar en el universo. El sonido de la guitarra ambientaba las tardes de descanso, susurrando suaves canciones; pues en su alma también había un espacio para la música y la alegría.

Como contradicciones de la vida, aunque su semblante parecía tranquilo, su mente era un volcán en constante erupción, impulsado por una pasión por los números que lo llevaba a los extremos. La habitación de José abad era contigua a la de sus hermanos. Ellos compartían un cuarto dividido por un muro; en un lado dormían las niñas y al otro los niños, enseguida la pieza de José Abad y en el local ya terminado sus padres con las niñas más pequeñas. Todas las paredes llegaban a la misma altura, y más arriba se veían las vigas que sostenían las tejas, por lo tanto, la luz se filtraba. Mientras las luces de la casa se apagaban, la de su pieza permanecía encendida, revelando su profunda concentración. Sus hermanos, eran testigos de una sinfonía de estudio:

el rasgar de la tiza sobre el tablero empotrado en la pared, era el sonido de la escritura que se extendía hasta altas horas de la madrugada. Si por casualidad alguien despertaba, notaba que José Abad seguía allí, inmerso en operaciones y números, demostrando que su obsesión por el saber era más fuerte que el sueño.

Se vivieron episodios que sonaban a ficción, pero para la familia Giraldo, eran una prueba de su increíble genialidad. Cuando José Abad se enfrentaba a un problema matemático particularmente difícil, su obsesión no conocía límites. Llenaba el tablero con operaciones y fórmulas, luchando contra la solución, hasta lograrlo. Pero si el problema se negaba a ceder, él borraba el tablero, apagaba las luces y se entregaba al sueño, aparentemente derrotado. Sin embargo, como salido de un cuento, al siguiente día se levantaba y el ejercicio estaba resuelto. Se revelaba todo bien escrito en el tablero. Era su mente, una máquina incansable, que no se detenía ni en el sueño, demostrando que su dedicación al conocimiento era tan profunda que su subconsciente trabajaba mientras él descansaba.



Foto 40: María Pérez.

Al ver que sus hijos estudiaban felices y que José Abad crecía en intelecto cada día, María, ahora con una mejor salud, tomó una decisión trascendental: ella también estudiaría. Fue un acto de coraje y un gesto de profundo amor que su hijo, al notar su deseo, hizo todo para que ese sueño se hiciera realidad. Como una forma de devolverle todo lo que ella había forjado en él. José Abad, se encargó de todo, la inscribió al programa de “Bachillerato por radio” a través de *La emisora Radiodifusora Nacional*, le traía las cartillas y todo el material que ella necesitaba para sus clases, que escuchaba todos los días a

las siete de la noche. Además, se convirtió en su maestro. Fue un espectáculo mágico y único para los otros hermanos, que veían a su madre, la gran forjadora de su hogar, convertirse ahora en la estudiante de su hijo. Con cada lección, con cada palabra, el amor de su hijo le mostraba que el conocimiento no tiene edad, y que la familia, más que un hogar, es un aula de aprendizaje.

En la casa, todos los días de descanso eran un bullicio incesante. Clara Elisa alegraba el día con la música romántica de la emisora Cerros Estéreo, mientras con Sofía hacían los oficios. Para Jorge y Rubinel, la casa era la extensión del parque, construían carros esferados, que ensayaban primero en el andén y después en la calle, donde permanecían hasta la noche. Las otras cuatro niñas Gloria Edith, Milvia, Leydi y Jenny, encontraban diversión con lo que estaba a su alcance. José Abad, encerrado en su cuarto, intentaba concentrarse en la lectura de algún literato que admiraba, pero el ruido era un muro que se lo impedía. Lleno de exasperación, salía de su habitación y pedía, un poco ofuscado:

—¿Será que pueden bajar ese ruido? No me dejan concentrar.

Pero su ruego se perdía en la algarabía, ellos estaban viviendo plenamente su niñez y la alegría de sus fantasías. Él entendería que su búsqueda de la soledad intelectual debía coexistir con la bulliciosa realidad de su hogar.

Como debía dedicarse de lleno a sus estudios, José Abad, tuvo la iniciativa de solicitar el préstamo estudiantil en el *ICETEX*, aunque él no pagaba nada en la universidad, este dinero le ayudaba a cubrir sus gastos básicos. Pero como su corazón generoso no daba tregua, cada mes que le llegaba el dinero, traía a la casa canastas llenas de frutas para repartir entre sus hermanos. Los domingos era un ritual de amor, madrugaba a trotar o a montar bicicleta, llegaba a la casa, buscaba a los ya casi jóvenes y los menores, invitándolos a jugar, que no durmieran tanto y que pasaran un rato agradable. Era algo curioso que, se subía encima de la cama con todo y su bicicleta, era una pirueta que sólo su buen humor lo lograba, después de esa invitación tan particular, los niños se levantaban a compartir en familia. En las tardes, solía tocar la guitarra cantando canciones de Piero, Mercedes Sosa. Escuchaba música de Los Beatles. Los días eran amenos para él, aceptando con normalidad el proceso de crecimiento de sus hermanos.



Foto 41: José Abad con su pasión, la guitarra

En sus lecturas, José Abad se encontraba con personas asombrosas que lo dejaban maravillado. Carl Sagan, por ejemplo, un astrónomo famoso, lograba que el espacio y los planetas fueran fascinantes para todos. Había una serie de televisión, que daban en el canal cultural, donde él mismo explicaba el universo de una forma muy sencilla y emocionante, después José Abad, compró los videos en VHS para no perder esa información. Con el tiempo, se notaba que a José Abad le llenaba de alegría poder compartir sus gustos astronómicos. Él sentaba a todos sus hermanos frente a la pantalla y les iba explicando cada detalle. Era un momento mágico y esa pasión fue tan contagiosa que varios de sus hermanos se inspiraron en esas experiencias para escoger sus propias carreras.

Además, por esa misma época, daban los domingos en la noche una película de grandes personajes, como la de Leonardo da Vinci. José Abad invitaba a sus hermanos a verla y les contaba lo genial e inteligente, que no solo era un gran pintor, sino un inventor y científico increíble. Les explicaba que Da Vinci había dejado una huella enorme en la humanidad con sus ideas y descubrimientos en muchas áreas.

El Precio de la Genialidad

La genialidad es el 1% de inspiración y el 99% de transpiración - Thomas Edison

La mente, un mundo infinito de complejidades, a veces no tiene explicación. José Abad, inmerso en su carrera universitaria, vivía para sus libros y sus ideas. Con poco dinero, su alimento era mínimo o a veces nada. Pasaba el día entero en la universidad, y al volver a casa, su único refugio era su cuarto, donde un café era su mayor acompañante y de complemento, un cigarrillo. Se encerraba y continuaba su estudio hasta la madrugada. Sus hermanos, a través del muro que separaba sus cuartos, eran testigos de su incansable dedicación. El sonido de la tiza en la pizarra, no se detenía ni en el silencio de la noche.

Pero en una de esas noches, sin previo aviso, José Abad se desplomó de golpe. Libardo alcanzó a escuchar un grito de auxilio, cuando lo vio desmayado el andén de la casa, su cuerpo estaba rígido y helado en el suelo de cemento, con los ojos desorbitados y una baba saliendo de su boca. Los gritos de María alertaron hasta los vecinos...

—Mijo, mijo... ¿Qué me le pasó? Llorando sin parar

Su padre corrió desesperadamente hasta llegar donde Ignacio, el esposo de Adelfa, con el corazón en la mano, le dijo...

—Ignacio, Abad tiene como un ataque! Los dos corrieron sin parar.

Mientras tanto, Jorge, con el llanto ahogado, intentó moverlo sin éxito y las niñas, en un mar de lágrimas, temían lo peor. Rubinel, pegó el oído a su pecho como asegurando que aún respiraba. La escena era desgarradora, pero la fe de la familia no se rindió. Con la ayuda de todos, hasta los vecinos, lograron atenderlo y, finalmente, despertó. Fue el momento más conmovedor que se haya vivido, con sus rostros húmedos de llanto, abrazaron a su hermano y finalmente esa noche se guardó para la memoria como el acto más sagrado de hermandad.

Al amanecer José Abad fue al médico, explicó lo que había sucedido, quizás le hicieron unos exámenes de rutina que no mostraron mayor cosa. La vida continuó, pero este episodio doloroso se repitió, para ese segundo momento, el despertar de José Abad casi sin darse cuenta, llegó a los pies de la cama de María, como regresando a su protección, ella acogiéndolo en su

más profundo abrazo de fe y salvación hasta que volvió en sí. El médico después llegó a la conclusión de que José Abad lo que tenía era estrés por sus malos hábitos alimenticios. Una vez fue a Florencia Caldas, con su primer sobrino el hijo mayor de Adelfa, Sócrates, quien presencié dicho episodio a la edad de 6 años, hacía 1.980, ya que lo había llevado como compañero de viaje, en unas vacaciones, a visitar a su abuela, pero fue allí en medio de una fiesta que realizó la tía Fabiene, hermana de Libardo, donde más sufrió esos ataques, la abuela le dijo a Libardo que eso eran ataques de epilepsia, José Abad se negó a aceptarlo y continuó con su vida normal, de esta manera terminarían esos episodios tan dolorosos.

Rubinel, que estaba entrando a la juventud, se pasó a vivir en su cuarto, María adaptó su pequeña cama al frente de la de él. El niño con instinto protector, notaba que había momentos en que la respiración de su hermano se iba como agitando, presentía que José Abad se iba a desvanecer nuevamente y con un fuerte llamado de atención...

—*Abad, Hermano. Todo está bien, estoy aquí, fresco. Duérmase.* Al instante él atendiendo la voz del joven, respondía...

—*Ah sí, bueno, me voy a dormir.* De esta forma, como un regalo de Dios, José Abad dejó de vivir estas escenas tan fuertes que aquejaban su salud. Quién sabe si para ese entonces la naturaleza hacía un llamado a lo que se vivió más adelante, como un vaticinio.

La familia nunca dejó de crecer. Aunque María ya no tuvo más hijos, su hija Adelfa, por las circunstancias de la vida, regresó a la casa. Si antes eran varios, ahora con la llegada de cinco más —los hijos de Adelfa: Sócrates, Weimar, Gislenny y Jarmaile— el hogar se llenó de un bullicio compartido. Adelfa se adaptó a la familia, y sus hijos, que compartían edades con sus tíos, también asistían al mismo colegio y compartían las mismas rutinas.



Foto 42: Sócrates, Weimar, Jarmaile, Gislenny, Weimar y Sócrates: Hijos de Adelfa

Todos los hermanos de José Abad se beneficiaron de su conocimiento. Cuando Clara o Gloria Edith tenían alguna tarea, lo esperaban pacientemente, a veces hasta las once de la noche. Él le explicaba con calma hasta que la niña entendía. En el colegio, durante el Día de la Ciencia, los experimentos de los hijos de Libardo siempre eran los mejores, ya que José Abad orientaba y les ayudaba en su construcción. Hacían desde rampas para demostrar la ley de la gravedad, circuitos eléctricos y mapas en madera, hasta dibujos en carteleras y un barómetro que alguna vez hizo para alguno de ellos. Su pasión por el conocimiento era tan grande que incluso los hijos de Adelfa se beneficiaban de sus explicaciones. Además, para todos, fue José Abad quien los inició en la lectura, quien les regaló su primer libro, y lo recuerdan con inmenso amor.

José Abad encontró en la lectura una filosofía de vida, con un inmenso respeto que lo llevó a un recorrido por los más grandes literatos de su país. Su camino comenzó, por supuesto, con Gabriel García Márquez, a quien consideraba un cronista de la historia de Colombia a través de sus cuentos. Pero fue en las complejidades de *Cien Años de Soledad* donde la vida, con sus sueños y sus penas, tomó forma y un sentido más profundo. Se maravilló con el realismo mágico, un mundo donde lo extraordinario era tan real como el sol que se filtraba por su ventana. De igual manera, se identificó con la melancolía existencialista de José Asunción Silva, un poeta cuya obra, como el famoso “Nocturno III”, reflejaba la introspección y la soledad que a menudo sentía. A través de estos versos, José Abad comprendió que en el dolor y en la noche del alma, también se encuentra la belleza y una verdad innegable sobre la condición humana.

Las características supremas del género humano son la ética y la inteligencia; ellas han sido singulares actividades, manifestaciones y dignos motivos del progreso, particularmente en las épocas de mayor florecimiento científico, cultural y espiritual, que puedes identificar y compartir en tu valioso proceso intelectual que inicias con natura.

La antigüedad clásica griega, el periodo del Renacimiento, la Ilustración, son etapas prodigiosas dignas de conocerse para compartir y proyectar sus alcances.

Cuida y conserva tus alcances y logros intelectuales, tu proceso de formación elevado y no te dejes abastar ni vencer por espíritus medianos, donde anidan el egoísmo, la envidia y la jactancia por entender el mundo.

El conocimiento es universal y todas las manifestaciones de la realidad externa o espiritual pueden estar en la posibilidad de nuestra inteligencia: no te

Foto 43: Reflexiones sobre la filosofía Clásica

Con el mismo profundo respeto, conoció el gran legado de Eduardo Carranza, un poeta que demostraba que en la contemplación de la naturaleza se encuentra una profunda sabiduría. Descubrió a otros grandes como Rafael Pombo, cuyas fábulas y poemas infantiles le recordaban que las lecciones de la vida se pueden encontrar en las historias más sencillas. Solía leer pasajes de “La Pobre Viejecita” o “El Renacuajo Paseador” a sus hermanos, convirtiendo la literatura en un juego y en una herramienta para enseñar. Así, su habitación se convirtió en un aula donde las voces de los grandes escritores colombianos susurraban su verdad, moldeando su carácter y alimentando su espíritu generoso.

Siguiendo en su búsqueda de la universalidad, se alineó con la literatura latinoamericana y sus grandes figuras. Encontró en Jorge Luis Borges la más grande admiración y el mejor regalo para su país. Borges, con su erudición casi mítica, le abrió las puertas a un universo de laberintos, bibliotecas infinitas y espejos. José Abad se sumergió en Ficciones, donde las realidades se entrelazaban con la metafísica y los conceptos de la física, demostrando que la literatura podía ser un reflejo del cosmos. “Siempre me he imaginado el Paraíso como una especie de biblioteca”, solía decir parafraseando a Borges, reflejando su propia devoción por el saber. También se sintió intrigado por Julio Cortázar, con quien compartía el gusto por el cigarrillo y una cierta semejanza por su barba. En la estructura lúdica de *Rayuela* y en la enigmática figura de la Maga, encontró una literatura que rompía esquemas y lo invitaba a cuestionar el orden del mundo.

Aunque admiraba a cada uno de ellos, su lealtad más profunda estaba reservada para un solo maestro: Ernesto Sábato. Para José Abad, Sábato no era solo un escritor, sino un guía absoluto, “mi padre en las letras”. Se sintió profundamente identificado con la angustia existencial y la búsqueda de sentido que se desprenden de sus obras. En la desolación de *El Túnel* y en la confrontación con el destino en *Sobre Héroes y Tumbas*, encontró un eco a sus propias inquietudes. La filosofía de la resistencia de Sábato, esa lucha por mantener la fe en la humanidad a pesar del caos, se convirtió en una luz que iluminaba su camino. El texto de Sábato se tornó en una brújula moral, y José Abad siempre lo citaba con reverencia, convencido de que su genio radicaba en su capacidad para explorar la complejidad del alma humana sin atajos.

La mente de José Abad, navegaba por los universos de la literatura y la filosofía. La profundidad de Sartre y su existencialismo, con su famoso postulado de que “la existencia precede a la esencia”, resonaban en su propia búsqueda de un propósito. Con la misma pasión, se sumergió en los textos de Nietzsche, especialmente en *Así habló Zaratustra*, donde la idea del superhombre y la voluntad de poder lo impulsaban a cuestionar los dogmas y a buscar su propio camino. No era que él citara a cada pensador o que se viera envuelto en un discurso académico, pero sus hermanos sabían que él sabía; la mente de José Abad era un pozo sin fondo de conocimiento.

The Sons of Psychology (Norns)

En 1911, escribió George Luces
 como palabras que bien podrían ser
 que fueran escritas cuando lo psico-
 lógico no tenía esas características
 notables que hoy presenta,
 cuando apenas se estaba desarro-
 llando y estructurando, cuando no
 eran los alcances sociales y
 que hoy anuncian. Cuando
 la educación todavía se repa-
 ra por conceptos filosóficos e ideales
 humanísticos cuando en realidad
 se trataba de alcanzar objetivos

Foto 44: Reflexiones sobre la Psiquis y la Psicología

Su interés no se detenía ahí; se extendía a literatos universales como Dostoievski, cuyas profundidades psicológicas en obras como *Crimen y Castigo* lo fascinaban, y a Milán Kundera, que exploraba las complejidades de la libertad y el amor. Así, su co-

~~...~~ No se si sentir Nostalgia o
Alegría, pero después de leer
"La Insoponable Levedad del
Ser" de Milan Kundera, quedo
en la severa Impresión que parte de mi
proyecto en el terreno Ideológico, filosó-
fico, Intelectual, etc respecto al mundo
fallido y estúpido de la Impermanencia
Impermanencia - ya ha sido desarrollado
por este Autor checo, a cuyos párrafos
llegamos por eso fino olfato Intelectual
que hemos desarrollado en los últimos
años. Sin pretender comprender en
Absoluto en Kundera, lo leo y siento
que hablamos nuestro lenguaje, siento
una Similitud en las concepciones.
A pesar de ser existencialista es
un Hombre actual, Inmerso en la
proble-mática presente.
te pido el favor de que leas por
favor "Apuntes" 1984 (oct).

Foto 45: Reflexiones sobre la obra, La Insoponable Levedad del Ser, de Milán Kundera

nocimiento crecía con cada página, alimentando su intelecto de una forma todo el que lo conocía lo admiraba y respetaba. Estas páginas apenas alcanzan a nombrar la inmensidad de su biblioteca mental, pero bastan para mostrar que su búsqueda de la sabiduría era un camino sin fin, un viaje personal que definía su esencia.

Quizás, estando tan inmerso en esta fantasía literaria, en este universo de papel y tinta, que, así como por arte de magia encontraría eco en alguien, a quien esperaba sin saber que en realidad sí existía. Gracias a la confabulación del destino estaba a punto de conocerla...

El Encuentro Mágico de dos Universos

*La genialidad es el 1% de inspiración y el 99% de
transpiración - Thomas Edison*



Foto 46: Primer plano Myriam, segundo plano José Abad

Myriam era una joven que vivía en Tunjuelito, pero las casualidades de la vida la llevaron a cruzar caminos con José Abad en los grupos juveniles de Meissen. También ella estaba en encuentros juveniles que, de manera fortuita, la situó en el camino de la revolución, como José Abad. Tras graduarse en 1979, su interés en este movimiento se profundizó, coincidiendo con la llegada de un grupo de jóvenes de alto nivel educativo a su barrio para realizar servicio social. Ellos buscaban mentes brillantes para sumarlas a sus círculos, y Myriam fue identificada como una de las candidatas ideales, entre muchos, seleccionándola entre cinco. Se une al grupo que escuchaba en la radio; fracciones del ELN, también de la parte urbana.

Para ese entonces ya estaba estudiando psicología y pedagogía en la Universidad Pedagógica Nacional, pero, además, se convirtió en simpatizante de los círculos revolucionarios. Myriam se sumergió en una vorágine de ideas revolucionarias, una literatura que trascendía los límites de las aulas, como la rusa, de Marha Jaimes, completamente diferente a lo que había leído en el bachillerato y lo que debía leer para su carrera universitaria, era como otro mundo, tan diferente a todo.

Entonces alguna persona, con mucha discreción, se encargaba de distribuir volantes que destilaban una información, invitando a la acción y al cuestionamiento de la realidad. Hacían reuniones clandestinas para discutir los textos que debían leer sobre la lucha y los derechos del pueblo. De esta manera, Myriam comprendió la profundidad del pensamiento de vanguardia. *“Estos textos no son solo para leerlos”, se dijo a sí misma, “son un mapa para entender un mundo que clama por ser reescrito.”*

En 1979, su camino se cruzó esporádicamente con José Abad, un genio que, desde el Telecentro de San Francisco, ya trazaba su propio destino. Ambos compartían la pasión por la alfabetización, y la casualidad de su labor les brindó la oportunidad de intercambiar algunas ideas. Myriam trabajaba en catequesis y deportes los fines de semana, mientras José Abad se dedicaba al Telecentro, y así, entre sus esfuerzos por mejorar su comunidad, sus diálogos sobre la enseñanza para adultos se convirtieron en un hilo invisible que los unía.



Foto 47: José Abad y su profesor. Graduación de Física

Sin saberlo, el destino ya había comenzado a tejer su historia. Myriam, intrigada por la fama del genio, ya lo admiraba. Su curiosidad por su mente y su sabiduría crecía día a día. Fue en el corazón de la Universidad Pedagógica, donde ambos estudiaban, que el destino finalmente obró su magia. Un amigo en común, saliendo de una clase, los presentó. Ese encuentro, tan simple y fortuito, marcó el inicio de una conexión que trascendería su admiración mutua y daría un giro a sus vidas, como si el universo mismo se hubiera confabulado para unir a dos almas destinadas a un mismo camino.

La empatía entre ellos fue inminente. Myriam recuerda con exactitud cómo iba vestido José Abad en ese día inolvidable: una chaqueta de cuadros color café. Hubo otro momento que la marcó, cuando lo vio desde el tercer piso en el patio de la universidad. Corrió para hablar con él, pero desapareció entre la multitud como por arte de magia. Cuando por fin se volvieron a encontrar y conversaron, esa conexión inicial se profundizó. Más adelante, aunque sus horarios se cruzaban, él estudiaba en la tarde y Myriam en la mañana, se las ingeniaban para verse. Myriam aprovechaba para quedarse en las tardes, asistiendo a los espectáculos de la universidad, y se devolvían juntos a sus casas, ubicadas en el sur de la ciudad, en compañía de Evaristo, el amigo de José Abad.

Myriam, una mujer hermosa con una estatura baja y una figura delgada, tenía una piel de color canela que resaltaba su belleza natural. De rizos oscuros que danzaban sobre sus hombros, enmarcando su rostro con dulzura. Pero lo que más la distinguía era su sonrisa, un gesto maravilloso y contagioso que se convertía en la puerta de entrada a sus ojos claros, que complementaban una belleza interior tan radiante como la exterior. Su apariencia no era solo una cuestión de rasgos, sino un reflejo de su alegría y su espíritu sutil, que pronto se convertiría en el complemento perfecto para la seriedad intelectual de José Abad.



Foto 48: En la derecha Evaristo, José Abad y demás compañeros

Aun así, el destino no se había revelado por completo, pues las casualidades de la vida los llevaron a coincidir en una cita odontológica. Fue una tarde mágica y amena, donde la conversación fluyó con una naturalidad espectacular. En cada palabra, Myriam reafirmaba lo que ya sospechaba: José Abad era un ser

tan genial que su compañía valía la pena. Un interés mutuo floreció en el aire, como una promesa no dicha. Ambos notaron en el otro algo que los intrigó, una chispa que los invitaba a explorar, pero cada uno siguió su camino por separado, dejando la incógnita flotando en el ambiente.

Durante los años siguientes, desde 1980 hasta 1982, su relación continuó como una amistad sólida y sincera. Se veían y conversaban, construyendo un lazo de confianza. En medio de un episodio dramático en la vida de Myriam, encontró en José



Foto 49: Título Profesional

Abad un refugio seguro, un apoyo que fue más allá de la simple camaradería. Con el tiempo, la tensión entre su amistad y un sentimiento más profundo se hizo palpable. La invitación a la fiesta de graduación de José Abad llegó, y Myriam asistió con su novio. En la fiesta, pensó que la vecina de José Abad, Carmen, era la novia, pues ella siempre estaba a su lado, con comportamientos que lo parecían. Pero fue en esa noche que la magia ocurrió. Era como si, después de haberse oído, escuchado y entendido mutuamente, el destino les exigiera que concretaran lo que habían dejado en el aire, sellando su conexión.



Foto 50: María, José Abad, Adelfa y Libardo Giraldo

La fiesta de graduación de José Abad, se convirtió en el verdadero inicio. Durante la celebración, Sócrates, el sobrino bromista de José Abad, les ofreció una copa de aguardiente, pero al recibirla, descubrieron que solo contenía agua. Se miraron cómplices, y una risa sincera y mutua nació entre ellos, un momento íntimo que los conectó de una forma especial, ignorando el bullicio a su alrededor. Mientras, el novio de Myriam, presente en la escena, sentía una punzada de malestar; algo en su interior le susurraba que la estaba perdiendo. Era un presentimiento del futuro que se acercaba, uno que José Abad y Myriam ya estaban construyendo sin saberlo eso que los uniría más adelante.



Foto 51: José Abad y amiga. Graduación

El destino finalmente llamó a su puerta en diciembre, cuando José Abad, desde un teléfono público, se arriesgó a concertar una cita con Myriam, quien se encontraba trabajando en el centro. La llamada se cortó abruptamente, pues José Abad ya no tenía más monedas para el teléfono público, dejándolos en una incertidumbre desesperante. *¿Habría escuchado bien el punto de encuentro?* Sin embargo, la fuerza que los atraía era más fuerte que cualquier obstáculo. José Abad, impaciente y lleno de esperanza, y Myriam, movida por un impulso que no podía

explicar, llegaron puntuales a la esquina de la Jiménez con Caracas. Subieron juntos a un pequeño lugar de hamburguesas, donde el tiempo parecía detenerse. Con su sentido del humor, José Abad la hizo reír, y la conversación fluyó de una manera tan amena que parecía mágica. Al caminar de regreso, desde la Jiménez hasta la calle 26, el aire de la noche era cómplice.

José Abad se detuvo y la miró fijamente.

—*Oye, ¿cómo te sientes conmigo?*, le preguntó con una honestidad que la desarmó. Myriam, sin dudarlo, respondió

—*Muy bien, me gusta conversar con usted*, un gesto de respeto que los unía aún más. El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra, una pausa que sellaba el entendimiento mutuo. Al tomar el mismo autobús, él la acompañó, y al separarse, la apretó la mano con una fuerza y en ese instante, le entregó una carta, un tesoro que ella guardó intrigada. Para Myriam, un hombre tan lindo y diferente era algo fundamental. Ese instante la llenó de una emoción inmensa.

Cuando Myriam finalmente leyó la carta, su corazón latió desbocado. Era un hombre tan único y con una ternura que para ella fue la confirmación de que esa era la persona correcta, la que el destino le había puesto en su camino. A partir de esa noche, los encuentros se hicieron más frecuentes, y lo que parecía una amistad se transformó en algo mucho más grande. El otro joven, aunque no recibió un rechazo abrupto, entendió con una sutil pero profunda intuición que había perdido a Myriam. La escena final, en una reunión con amigos, se convirtió en un acto de despedida. El muchacho, al verla con José Abad, sintió que no podía competir con una fuerza más grande que él, y en un dolor profundo, rompió en llanto, Myriam lamentó lo que este joven sentía, pero su corazón solo tenía ojos para la emoción que José Abad le provocaba. Con sabiduría, el muchacho le dijo:

—*Tranquila Myriam, en los sentimientos nadie manda, y yo no te voy a obligar*. Esas palabras sellaron el final de una historia y el comienzo de otra, donde Myriam, sin dudar, prefirió la grandeza de un hombre maduro, serio, intelectual y con una afinidad que la unía al que sería su compañero de vida.



Foto 52: Libardo, María, José Abad y Myriam. Noviazgo

Se encontraban en una cafetería que unía las distancias, un espacio suspendido en el tiempo donde el universo intelectual de ambos se fusionaba. Myriam, inmersa en el estudio de la psicopedagogía, exploraba las complejidades del ser y su mente, una búsqueda que hacía en su interior. Pero más allá de la psicología se adentraba a los laberintos de la filosofía con gran fascinación, admirando el pensamiento de Sócrates, Platón Y Aristóteles. Ya juntos, en sus charlas cotidianas, iban encontrando la mágica semejanza en sus gustos por los mismos pensadores extraordinarios. Sus diálogos, más que simples conversaciones,

eran una exploración conjunta de la verdad, un eco del método socrático donde ambos se cuestionaban y construían el pensamiento del otro

Fue esa misma coincidencia en sus pasiones lo que hizo decidir a José Abad, que Myriam sería la mujer de su vida. Por su parte, ella descubrió su genialidad y grandes valores, su intelecto y el profundo conocimiento del mundo desde múltiples perspectivas. Esto la llevó a admirarlo y a ver en él la mejor posibilidad para su vida. Sabía que lo amaría intensamente, no como una nueva conquista, sino como el complemento a sus ideales. Tanto él como ella se reconocieron como esa gran fusión. Curiosamente, José Abad le reveló su profundo amor través de... *"El poema para una niña de tres mil claveles"*...

Sus acercamientos a las mismas fuentes los convirtió en una pareja que se complementaba en su pensamiento, así como en el amor. Era un vínculo que honraba la máxima aristotélica de la amistad, donde la virtud compartida se convertía en el mayor de los bienes. Con la idea de la "República" como el estado ideal, hasta los más grandes de la filosofía moderna. A través de Myriam, José Abad conoció la "razón vital" de José Ortega y Gasset, que postula que "yo soy yo y mi circunstancia", una idea que resonaba con la forma en que ambos se definían a sí mismos a través de su contexto y su mutua influencia. También exploraron las teorías de Michel Foucault sobre el poder y el conocimiento, entendiendo que las verdades no son absolutas, sino que están construidas socialmente, un concepto que les permitía analizar críticamente su entorno. Sus almas, unidas por la misma sed de conocimiento era la relación maravillosa que florecía entre palabras y silencios.



Foto 53: José Abad y Myriam. Centro de la Ciudad

Fue en esa misma cafetería, en medio de la tranquilidad de su espacio, donde José Abad, con una ternura que reflejaba alegría, la miró con un brillo especial en los ojos, y su voz, que solía ser suave, se llenó de un amor que venía directo del alma y le preguntó...

—Miyú, ¿y si nos casamos? —, le preguntó, con una sencillez que hizo el momento aún más íntimo y especial. Para Myriam, esa frase fue el mayor regalo, la culminación de un sueño que había anhelado desde que supo quién era él. Con una sonrisa radiante, llena de amor, le respondió:

—*Claro que sí, Abachis, mi sueño más grande ya estaba contigo, me haces la mujer más feliz del mundo.* Fue el inicio de un futuro compartido, una promesa forjada en la sabiduría y el amor que los unía.

La alquimia del afecto: Forjando el universo de un legado

La vida no examinada no vale la pena vivirla.”— Sócrates

Desde el primer momento, ellos entendieron que el mundo que construían no necesitaba de la posteridad de un hijo. Para ellos, era suficiente el vasto universo que creaban con cada charla, con cada mirada cómplice, con cada palabra intelectual que los unía. En la intimidad de su noviazgo, la economía los puso a prueba, forzándolos a vivir con salarios tan bajos que el dinero se les esfumaba en diciembre. Pero en los meses de escasez de enero y febrero, cuando otros hubieran flaqueado, ellos encontraron una silenciosa reafirmación: su amor era su mayor riqueza. En ese tiempo, su decisión de no tener hijos se convirtió en una convicción inquebrantable, una certeza de que la crianza les robaría el tiempo para explorar el mundo, para leer, para aprender y para simplemente ser el uno para el otro. Sus ambiciones no eran las de formar una familia tradicional, sino la de construir juntos una vida llena de conocimiento y de aprendizajes por el mundo a través de los paseos. Apenas unos días después de esa decisión, como si el universo les mostrara otro camino, Myriam pasó el exigente examen del Magisterio, y como el mejor regalo de bodas, José Abad también fue admitido, sellando su destino en una misma dirección, en un mismo camino.

Tras sellar su promesa de amor, se casaron en 1986, la pareja se mudó al barrio Matatigres. Su vida juntos, desde el primer instante, no fue solo una cohabitación, sino una construcción meticulosa de un universo compartido. Su mayor inversión fue en la cultura y el intelecto. Como Séneca escribió alguna vez, *“la felicidad no consiste en tener, sino en ser,”* un principio que ellos encarnaban cada día. Sus días se llenaban con la sacralidad de los rituales cotidianos: los paseos a las bibliotecas, donde el silencio de la Biblioteca Luis Ángel Arango se convertía en un templo para el alma. Allí, la música clásica de los grandes maestros—de Bach y Beethoven a Chopin—los envolvía, descubriéndoles un nuevo lenguaje universal que resonaba con la

sinfonía de sus propias almas. José Abad, siempre con su espíritu generoso, no se olvidaba de su familia. Los fines de semana se transformaban en expediciones a las montañas, donde el intelecto se fusionaba con la naturaleza, y la seriedad de los libros se disolvía en la risa de los juegos con sus hermanos y sobrinos, ya sea jugando baloncesto o recorriendo los parques en bicicleta. Cada visita a la familia era una reafirmación de su amor, un puente entre su mundo privado y la red de afecto que los sostenía.

Posteriormente, se trasladaron a un pequeño apartamento en el barrio La Ponderosa. Este nuevo refugio, aunque modesto, se convirtió en el epicentro de su crecimiento personal. Siguiendo el precepto de Platón de que *“la música da alma al universo, alas a la mente, vuelo a la imaginación y vida a todo,”* fue allí donde decidieron enriquecer su universo sonoro al inscribirse en una academia de música. La guitarra, con sus cuerdas resonantes, se convirtió en una extensión de su diálogo, un instrumento para explorar la riqueza cultural de su tierra a través de pasillos y canciones colombianas. La música, que ya conocían en su forma más elevada a través de los compositores clásicos, ahora se arraigaba en la tierra, revelándoles que el espíritu humano, en su más pura expresión, se encuentra tanto en las sinfonías de un genio como en la melodía simple de una canción popular. Su hogar era un laboratorio donde el conocimiento se tejía con el amor, y cada nota era una nueva página en el libro de su vida.



Foto 54: José Abad y Myriam. Matrimonio

No pasó mucho tiempo para que una certeza se gestara en sus corazones. A pesar de la profunda conexión y del vasto universo intelectual que habían construido, un vacío sutil merecía ser llenado. Como en contradicción de sus preceptos anteriores; ahora era el instinto de trascender su propia unión para dar forma a un nuevo futuro. Como dijo alguna vez el filósofo Robert

Heinlein, *“El amor es la condición en la que la felicidad de otra persona es esencial para la tuya”*. Con esta convicción, prepararon sus almas para la llegada de un ser que sería una extensión de su propia existencia. Con una alegría que superaba cualquier otra, concibieron la idea de ser padres, de ser el faro que guiaría a una nueva vida, una vida deseada, planeada y profundamente querida.

Y así, con la puntualidad de un destino que ya estaba escrito, después de casi tres años de matrimonio, llegó su primer hijo el 11 de abril de 1990, David Nicolás. Un hermoso niño de piel canela, con ojos claros como un lago en la mañana y un cabello rizado de un rubio tan radiante que parecía teñido por el mismo sol. Con su llegada, sintieron que cada pieza del rompecabezas había encajado en su lugar. Su existencia ahora tenía un nuevo propósito, un motivo más para trabajar con una pasión renovada. Era la manifestación palpable de lo que el filósofo Søren Kierkegaard describió como *“la elección de la propia esencia,”* un acto de pura creación que definía su existencia y su futuro.

Para brindar una mejor vida al niño, se ubicaron también en arriendo en el barrio el bosque un apartamento de la prima Ligia Pérez, quien desinteresadamente propició su vivienda. Nicolás nació en un hogar que era un escenario de juegos y atenciones, donde cada una de sus necesidades y expectativas eran cubiertas



Foto 55: José Abad
bromista

con una alegría que superaba cualquier otra. Sus días estaban repletos de la calidez de su padre y la dulzura de su madre, quienes se entregaron a la paternidad con una dedicación que reflejaba su profunda conexión. Para ellos, la crianza no era solo un acto biológico, sino un ejercicio filosófico y psicológico, una oportunidad para aplicar sus conocimientos sobre la vida misma y construir un mundo emocionalmente rico para su hijo.

Pero en medio de esa dicha, creció en ellos una nueva y profunda convicción. Con la llegada del pequeño, el conocimiento que habían acumulado les susurró una verdad: que, a pesar de toda la riqueza de amor y atención que le ofrecían, no era adecuado que un niño creciera solo. Fue entonces que,

con la misma emoción que planearon la llegada de Nicolás, prepararon sus corazones para acariciar la idea de tener otro hijo, un compañero de vida que sería el regalo más valioso para el primogénito, alguien con quien recibiría apoyo mutuo y forjaría un lazo de hermandad. Esta decisión no fue fortuita, sino el resultado de un pensamiento profundo y de un amor inmenso que buscaba la plenitud para ambos. Así, la familia, se abrió de nuevo para dar la bienvenida a otro ser lleno de luz.

El 27 de septiembre de 1993, el universo les hizo un regalo más, y en un acto de amor abrió las puertas a este mundo Neill Rolando, cuyo nombre nació a partir de la mágica experiencia que hizo un hombre llamado Neil Armstrong en el primer viaje a la luna. El pequeño Neill fue la chispa que iluminó la casa. Desde el primer aliento, mostró en su sonrisa algo mágico. Era un niño con un cuerpo pequeño, un reflejo de su propia existencia. Con rasgos que tejían la herencia de sus padres, el cabello de Neill era grueso y oscuro, como el de su padre, mientras que Nicolás heredaba los rizos sueltos de su madre. Neill era alegre, con la genialidad en la sonrisa, que podía calmar cualquier tormenta y llenar el aire de una alegría contagiosa, un alma llena de luz que, a pesar de su corta vida, empezaba a dejar una huella tan profunda como la del hombre que pisó la luna. A continuación, el texto que José Abad les hizo a sus hijos de bienvenida a la vida.

CARTA DE BIENVENIDA A MIS HIJOS CON MOTIVO DE SU NACIMIENTO

Nacerás, Hijo mío, como producto supremo de la vida en nuestra especie, como expresión y perspectiva del amor inmenso de tus padres y de tus padres hacia ti y como prolongación y parte de ese amor, con unos ideales que descansan en la esperanza infinita por la humanidad, en la esperanza certera de que, en el poderío de la inteligencia, de la ética, de los sentimientos de los hombres, el mundo encontrará caminos de transformación y elevación, caminos de realizaciones humanas justas y totales.

No perderás las raíces que te generaron. Con la frente en alto ante las adversidades y las avalanchas de la corrupción y el pesimismo, mantendremos una actitud y una bandera que nos permitan identificar y fortalecer nuestra autenticidad y nuestra historia, sin que esto nos impida crear y renovar, sino que por el contrario sean puntos de partida sólidos para avanzar por esta majestuosa nave temporal que es la humanidad, para hacernos partícipes conscientes de este cosmos inmenso y maravilloso, para sentir e interpretar sus campos y sus fuerzas, para conocer y admirar el fantástico desarrollo de la materia hasta la vida y desde la vida hasta ti, figura singular, por toda la escala de los seres, de los seres que sienten, de los seres que se mueven, de los seres que piensan y trabajan como Tú y de los seres que te aman como nosotros.



Foto 56: José Abad bromas con zapato, David Nicolás y Neill

Por primera vez lograron comprar su primera casa, en Villa de los Alpes, un escenario perfecto para la crianza ahora de dos niños. La dedicación de sus padres se desbordó hacia ellos, ofreciéndoles lo mejor que podían. Se convirtieron en guardianes de su niñez, alejándolos con ternura de los caminos tormentosos de la vida para mostrarles un sendero brillante hacia el éxito. Los paseos a la piscina y al mar no eran un simple ocio, sino un ritual sagrado para compartir paisajes, risas y el brillo del sol sobre el agua. El deporte, por ejemplo, se convirtió en una lección de disciplina y armonía entre el cuerpo y el espíritu. A medida que crecían, les brindaron oportunidades que complementaban sus estudios y nutrían su espíritu. La música, en particular, fue un camino que siempre contemplaron, y en la academia, sus manos se deslizaron por las teclas del piano, las cuerdas del violín y las llaves de la flauta, aprendiendo no solo a tocar un instrumento, sino a entender la armonía del mundo.

Como ellos mismos manifestaron en varias ocasiones, de sus padres aprendieron que el conocimiento es la base de la existencia, una verdad que llevaron en el alma. Como si heredaran esas potencialidades, ambos niños sobresalían en sus estudios, navegando con maestría por el vasto océano del saber.

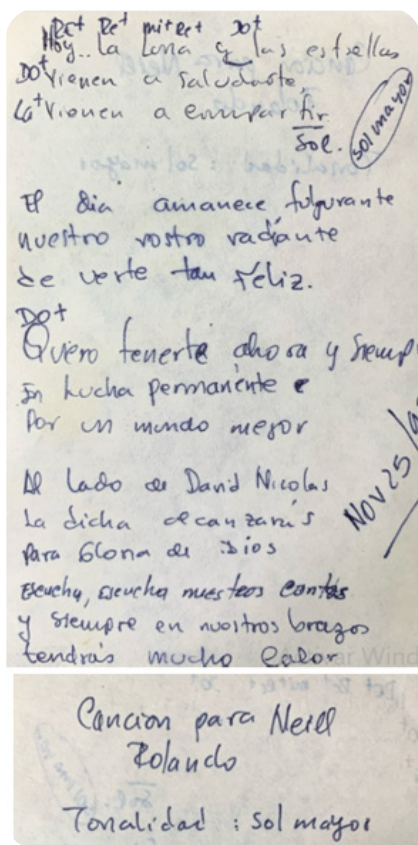


Foto 57: Narrativas y reflexiones a sus hijos

Fueron muy afortunados porque encontraron en el otro un apoyo incondicional, un lazo irrompible. Si requerían ayuda en las ciencias humanas, la escritura o las ciencias sociales, Myriam, con su sabiduría maternal, posibilitaba ese saber, nutriendo su espíritu con el vasto universo de las letras. Y cuando las ecuaciones de la vida se hacían complejas, José Abad, con su mente brillante, se sumergía con ellos en el cosmos de las matemáticas, brindándoles la mejor explicación para que cada número y cada problema encontraran su lugar, como si todo tuviera un sentido profundo en el universo.



Foto 58: José Abad y otra broma

Para José Abad, la curiosidad no era un simple capricho, sino la base de todo. Con juegos de agua, acertijos y experimentos, convertía el aprendizaje en algo emocionante. Él y Myriam no solo les enseñaban a sus hijos a saber, sino que les mostraban cómo pensar. Cada actividad era una lección de vida que demostraba que el conocimiento es el motor de una mente despierta., siempre los invitaba a reflexionar. Los dos creían firmemente que la sabiduría y el amor están unidos, y que educar era mucho más que transmitir información: era compartir el gusto por el saber y el respeto por el mundo.



Foto 59: Nicolás, José Abad, Neill y Myriam, tiempos de crecimiento de hijos

La Ecuación del Corazón: El Legado de un Maestro

El ideal de la vida no es la belleza o el poder, sino el equilibrio, el compromiso y la alegría.
— Robert Louis Stevenson

UNIVERSIDAD DISTRITAL "FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS"									
OFICINA ASESORA DE SISTEMAS									
Evaluación Docente									
2007 - 3									
Página 204 de 410									
10-FEB-08 11:29 AM									
23 FACULTAD DE MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES									
GIBALDO PÉREZ JOSÉ ABAD Céd. 18.263.188 Teléf. 4.900									
85 SANEAMIENTO AMBIENTAL Vta: DOCENTE CATEDRA (CONTRATO)									
AUTOEVALUACIÓN									
Respuestas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 Promedio 4.81									
EVALUACIÓN POR EL CONSEJO DEL PROYECTO CURRICULAR									
Respuestas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 Promedio 5.00									
EVALUACIÓN POR LOS ESTUDIANTES Prom: 4.83									
FISICA APLICADA 850102 Gr: 1 Prom/Ac: 4.83									
Sumatoria 115 115 107 106 111 110 108 108 111 108									
N° Respuestas 23 23 22 22 23 23 23 23 23 23									
Prom/Res. 5.00 5.00 4.86 4.81 4.83 4.76 4.81 4.70 4.93 4.74									
FISICA APLICADA 850102 Gr: 2 Prom/Ac: 4.83									
Sumatoria 20 20 19 20 20 19 19 20 20									
N° Respuestas 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4									
Prom/Res. 5.00 5.00 4.75 5.00 5.00 4.50 4.75 4.75 5.00 5.00									

Foto 60: Evaluación docente universidades

Su genialidad trascendía las aulas. Primero en el colegio privado, Ignacio de Loyola, y luego en el Colegio Tomás Rueda Vargas distrital, José Abad forjó una conexión profunda con sus estudiantes de bachillerato. Su carisma y su forma de enseñar las matemáticas, desde el álgebra hasta la trigonometría, eran tan cautivadoras que sus estudiantes lo seguían, buscando un entendimiento más allá del

aula. Convertía los valores de la física en experiencias reales, haciendo que la teoría se fusionara con la práctica de forma lúdica y cercana.

Muchos estudiantes le confesaban...

—*Profe José Abad, yo nunca había logrado entender las matemáticas hasta que usted llegó; de verdad la forma en que nos enseña se vuelve tan fácil.*

Aquellas palabras, dichas con sinceridad, lo llenaban de una alegría que se reflejaba en su sonrisa. A menudo, sus alumnos le pedían asesorías personalizadas durante los recesos, transformando los pasillos del colegio en un ambiente de aprendizaje informal, donde la seriedad de los números se convertía en una danza apasionada por el conocimiento.

Todos los estudiantes lo admiraban, y a los inicios de año, cruzaban los dedos para que les tocara con ese profe de gran bigote que sí lograba dejar huella. Para ellos las clases de álgebra

parecían un juego, porque, además, el profe José Abad inventaba una lúdica y didáctica cada vez más agradable. En ese sentido, la pedagogía que aplicaba resonaba con las ideas del matemático Paul Halmos, quien afirmaba que *“el corazón de las matemáticas es la didáctica”*. Y si eran clases de cálculo, el combinar la creatividad con la pasión por la enseñanza, hacían que el proceso de aprendizaje cobrara vida propia, tal como sostenía el filósofo de la educación John Dewey, *“el principal objetivo de la educación es crear hombres que sean capaces de hacer cosas nuevas, no simplemente de repetir lo que otras generaciones han hecho”*.

Como su estado de ánimo y su alegría humorística era tan particular, muchas veces los rostros de cachetes colorados o pelos parados de sus chicos, a modo de broma, los comparaba con ‘Topoyiyo’ o ‘Cantinflas’, y a solas reía para sí mismo, pues también para él el aula de clase era la magia de las matemáticas, el álgebra, la física y la alegría de la juventud.



Foto 61: José Abad de disfras con sus compañeros de colegio

El día que se despidió del Colegio Tomás Rueda Vargas, como un episodio sacado de una película, José Abad se presentó para asumir un nuevo rol como coordinador académico en el Magisterio, lo que implicaba un doloroso traslado al Colegio Bernardo Jaramillo. Fue un momento de esos que quedan

grabados en la memoria para siempre. Mientras caminaba hacia la salida principal, los estudiantes se agolparon en los balcones superiores, un coro de voces jóvenes que se unían en una súplica: *“¡No te vayas, no te vayas!”*.

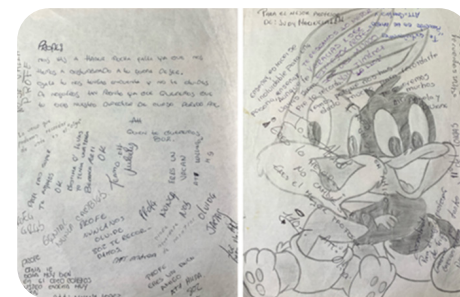


Foto 62: Cartas de despedida de sus estudiantes

El aire se llenó de un murmullo de gratitud, y de repente, una lluvia de cartas de agradecimiento comenzó a caer desde lo alto, pequeñas mariposas de papel que aterrizaron a sus pies como un último gesto de cariño. El corazón de José Abad, con su sensibilidad de humano, no pudo contener la emoción. Las lágrimas brotaron de sus ojos, silenciosas y cálidas, reflejando el amor que había sembrado en cada uno de esos corazones. En ese momento, muchos niños y niñas, desafiando la distancia, corrieron hacia él y se lanzaron en un gran abrazo colectivo, sellando la despedida con un último y entrañable gesto de afecto. Fue un momento de conexión pura, la prueba más conmovedora de la huella profunda que había dejado en sus vidas. Al cabo de un tiempo lo invitaron nuevamente y con emotividad recibió el regalo de un mural que habían construido en su honor.



Foto 63: Foto estudiantes bachiller
Tomás Rueda Vargas



Foto 64: Otra promoción 1995

Como sus hijos ya estaban en su etapa de finalizar el bachillerato y pretendían entrar a la universidad, José Abad y Myriam tomaron una decisión audaz: continuar ellos también sus estudios. Era un camino difícil, no solo por las exigencias económicas, sino acomodar los tiempos. José Abad fue el primero en tomar la iniciativa y se embarcó en una especialización en la prestigiosa Universidad Javeriana, un período en el que su vida académica se entrelazó con su profunda pasión por el conocimiento. Como en un pacto tácito, tan pronto como él obtuvo su diploma, Myriam fue quien tomó el relevo, y también se inscribió para cursar una especialización y una Maestría en la misma universidad. Su viaje no era solo individual, sino una demostración viva de su compromiso mutuo, un ir y venir de aprendizaje y apoyo que fortalecía su unión y les permitía seguir evolucionando juntos. *“Aprende como si fueras a vivir para siempre; vive como si fueras a morir mañana”*. Seneca

Posteriormente, se le abrieron nuevas oportunidades laborales, y decidió aceptar cargos en la Universidad de América y en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Fue en estos escenarios universitarios donde la luz de su enseñanza brilló con una pasión renovada, atrayendo a otros estudiantes, incluso sin estar inscritos en sus cursos, se aglomeraban en el



Foto 65: José Abad.
Catedrático Universidad

de profunda concentración. Su manera tan particular de enseñar era tan fascinante, buscando un conocimiento que parecía de otra dimensión. La manera en que transmitía sus saberes era tan única que conectaba con la esencia misma de la verdad. No solo enseñaba fórmulas y principios, pues el salón de clases se transformaba en un espacio donde la abstracción del cálculo se hacía tangible y la física, con todos sus valores y fuerzas, cobraba vida. Como dijo alguna vez el físico y

salón como simples asistentes; era como un murmullo que se expandía

—Conocen al profe José Abad, el man es un duro de la física y el cálculo.

—¿En serio, hermano?

—Sí, yo me le entré a sus clases y uf, bacanísimas, se entiende súper bien. ¿Qué dice, se le mide?, ¿vamos?

—Listo hermano, vamos

Fue así como muchas veces él estaba dando la espalda y escribiendo fórmulas en el tablero, cuando se giraba, la sorpresa era mayúscula...

—¡Uy, cuántos estudiantes!

Sus clases de cálculo lineal, física newtoniana y otras áreas se convertían en verdaderos foros

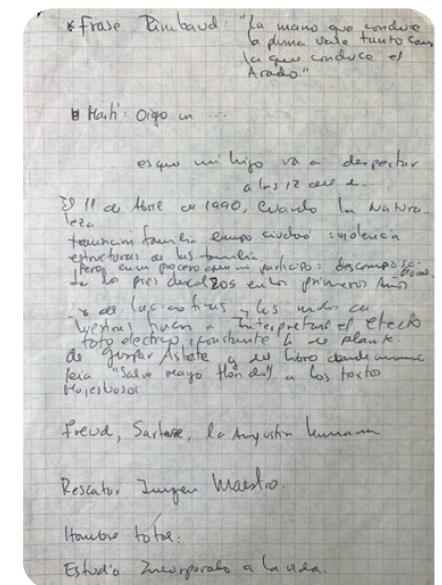


Foto 66: Reflexiones entre Freud, Sartre y otros

matemático Henri Poincaré: *“El científico no estudia la naturaleza porque sea útil; la estudia porque le da placer, y le da placer porque es bella”*. Y esta era precisamente la labor de José Abad: hacer que sus alumnos no solo memorizaran, sino que comprendieran por qué detrás de cada concepto. A sus ojos, la belleza del cosmos era un reflejo de la belleza de las matemáticas, y la física era la lengua universal que lo describía, tal como lo hizo el brillante Albert Einstein cuando afirmó que *“la ciencia sin religión es coja y la religión sin ciencia es ciega”*. Sus clases eran un viaje de descubrimiento, donde la seriedad de la academia se fusionaba con el asombro del universo, guiando a los futuros profesionales hacia una comprensión más profunda y apasionada del mundo que los rodeaba.



Foto 67: José Abad con sus hijos y sobrinos. Hombre Laureado. Ana María, Yudtih, Javier Alejandro, Daniel, Camilo, Alejandra, Neill. Andrea, Laura Angélica, Johan Sebastián

La brillantez de José Abad no solo se manifestaba en la elocuencia de su enseñanza, sino en las evidencias tangibles de su vocación. Como un legado vivo, las evaluaciones semestrales de sus estudiantes atestiguaban su profundo impacto: promedios sobresalientes de 9.5 en adelante, una constancia de excelencia que iba más allá de lo académico. Myriam, con un amor y un respeto inmensos, conserva estas pruebas como si

fueran tesoros, porque para ella, no eran simples calificaciones, sino el reflejo de las almas que José Abad había tocado. En cada uno de esos números altos, ella veía la confirmación de que la verdadera grandeza no reside en el conocimiento personal, sino en la capacidad de hacerlo trascender, de encender en otros la chispa del saber. Era como si la vida misma le susurrara que un intelecto, por más brillante que sea, solo alcanza su máximo esplendor cuando se comparte, cuando se convierte en el faro que guía a otros hacia la luz del entendimiento.

En su hogar, como padres de dos jóvenes, entendían que el aprendizaje no terminaba en los libros. Sabían que la verdadera sabiduría nace de la conexión con el mundo real, y el amor era su guía. Sus diálogos con los niños iban más allá de la teoría; siempre buscaban seducirlos y enamorarlos a través de muchas actividades y juegos, pretendían que la razón y la emoción se unieran, que los conceptos abstractos cobraran vida a través de la experiencia. Con cada respuesta que daban, sembraban una nueva pregunta, como lo propuso Sócrates con sus preguntas mayéuticas, dejando claro que el camino hacia el conocimiento es un viaje infinito y que lo más valioso es el corazón que lo emprende.



Foto 68: Myriam y José Abad. Grado de Especialización. al lado, Tesis Meritoria

Tras una jornada de trabajo extenuante o durante las vacaciones, los viajes se convertían en una valiosa tradición familiar. Ya fuera en Medellín, los Santanderes o la costa, José Abad se aseguraba de que cada viaje fuera una aventura. Él, con su característico sentido del humor, mantenía a todos entretenidos con chistes que encajaban perfectamente en el momento, convirtiendo cada paseo en una experiencia inolvidable llena de risas y unión.



Foto 69: Jorge Iván, José Abad, Rubinel, Libardo María

En cada uno de estos viajes, José Abad y Myriam compartían sus conocimientos y el amor por la historia. Recorrían cada lugar como si fuera un libro abierto, transmitiendo a sus hijos la sabiduría de los pueblos y sus culturas. Ir al cine también era un pasatiempo fundamental, una forma de explorar el mundo a través de las películas. Cada película se convertía en una oportunidad para un nuevo aprendizaje, una lección que pasaban a sus hijos a través de la reflexión y el diálogo.

Su paternidad fue incondicional y amorosa. José Abad entendía a sus hijos sin barreras, incluso durante los años de la adolescencia. No importaba la edad, el diálogo siempre fluía, y él siempre los veía como sus compañeros de vida. Los fines de semana se llenaban de la fantasía de su padre y la complicidad que compartían; fabricaban carros de carreras con carpetas de cartón y se imaginaban ser pilotos de alta velocidad. Los kits de laboratorio que conseguía en la universidad se convertían en la excusa perfecta para explicarles la física detrás del electromagnetismo, las ondas y otros temas científicos, siempre con el entusiasmo de quien descubre algo por primera vez.

En su hogar, la educación era una aventura constante. José Abad y Myriam fomentaban la lectura con un ritual único: cada noche, a la luz de las velas, se sumergían en historias que los llevaban a mundos lejanos. Este hábito de lectura nocturna se unía a la pasión por el deporte, donde José Abad siempre estaba dispuesto a correr, jugar baloncesto o fútbol en familia, o simplemente a acompañarlos al parque para que montaran en bicicleta. Para él, el deporte no era una obligación, sino una forma más de compartir y crecer juntos, demostrando que en el movimiento también hay un aprendizaje profundo y un lazo que une a las personas.



Foto 70: José Abad un día tranquilo

Curiosamente, la intuición de sus padres se alineó con la de sus hijos. Nicolás mostró una inclinación por la música, sus manos susurraban historias en el piano y el violín, tejiendo sueños en el aire. Mientras, Neill Rolando se vio profundamente atraído por los idiomas, viendo en cada palabra extranjera una ventana a un mundo sin fronteras. En cada uno de ellos, sus padres invirtieron su

tiempo, su dinero y su alma, para que los niños y luego jóvenes desarrollaran por separado su profesión. Fueron afortunados porque entre los dos tejieron una complicidad silenciosa. Juntos, se convirtieron en una fusión perfecta: la luz de la madre y la brújula del padre.

Un reencuentro con Germán Zarama.

A GERMAN: EL HOMBRE, EL AMIGO, EL MAESTRO

“Qué importa la montaña de siglos que se interponga entre el gesto ¿Del sembrador de ideas y el día en que estas deban germinar?”

JOSE MARIA VARGAS VILA

Parece difícil de creer que después de tantos años, mi reencuentro con usted y con su entorno, con su enriquecido entorno, tenga la hermosa fuerza de los mejores recuerdos y la sincera sensación de que nunca estuvimos ausentes, aunque hayamos estado lejanos. Creo que eso sucede cuando las bases de la amistad y las acciones de entonces fueron sólidas y edificantes.

Aquello que en esa época de magia, sueños y esperanzas Usted contribuyó a crear, con su presencia, su sencillez, su ejemplo, su entrega, su sabiduría, tiene hoy, después de más de treinta años, la fuerza vital de las esencias perdurables. Usted fue un sembrador de ideas y junto con Ernesto, Mario Price, Jorge Hernández, Fernando, Roberto, Doña Ensa, dieron perspectivas y horizontes a mi vida. Les estoy eternamente agradecido.



Foto 71: José Abad a sus 50 años. Germán Zarama

Recuerdo con absoluta nitidez una tarde de junio de 1973 cuando dos jovencitos, Germán y Ernesto, llegaron a nuestro recordado Colegio Parroquial San Carlos y empezó un periodo de vivencias inolvidables, tal vez hoy valoradas de un modo diferente, pero edificantes en su momento y que a pesar de todo forman parte importante de los fundamentos de la existencia. Ustedes empezaron a traernos otra visión del mundo, otra cultura, otros ideales.

Fue esta una época maravillosa y creo que no sólo por la irrupción tenaz de nuestra juventud, sino también por el sueño libertario de los pueblos de entonces, con sus héroes legendarios, porque éramos más vecinos en el tiempo, de la segunda guerra mundial y la perplejidad aún era manifiesta, y vivíamos otras guerras duras como la de Vietnam, por la carrera espacial y la guerra fría, en la que, paradójicamente, nos sentíamos involucrados, por el Boom latinoamericano de la literatura de los setentas, por García Márquez, Jorge Luís Borges, Sastre, Martí y Pablo Neruda, que Mario Price nos transmitió con elegancia, por Milton Friedmann, Pablo Picasso, McLuhan, por el descubrimiento del ADN y la consolidación de la Teoría de la relatividad, del psicoanálisis y de las tesis Darwinianas. ¡Cómo nos impactó el mundo de entonces y con qué entusiasmo queríamos entenderlo... y transformarlo!!!, en fin, tal vez por la ingenua universalidad de nuestros pensamientos e ideales, porque esa época era eco cercana del glorioso mayo del 68, que aún hoy valoramos en muchas de sus expresiones:

“Yo vi la edad de oro, la sentí brotar en la ciudad como un tigre de espinas; la edad de oro no era en absoluto de oro, ni siquiera una edad: relámpago entre dos nubes de petróleo, caricia de unos pocos días entre pasado y futuro. Yo vi la edad de oro, se llamaba PARIS EN MAYO; la edad de no era en absoluto de oro, pero ardía y brillaba; en cada esquina se buscaban las manos, se abrían las sonrisas, se discutían los quehaceres, se mataban dragones escolásticos, se dibujaba una silueta humana. Algo nacía hacia el encuentro, algo cantaba desde nuevas gargantas para nuevas memorias.”

JULIO CORTAZAR
(Último Round)

Y cuando nos volvemos a encontrar, hace dos años, con el mismo entusiasmo, con la misma alegría, como si nos hubiéramos despedido de mano ayer a las cinco de la tarde, de una calle del Barrio San Carlos o del Tele centro donde nos inauguramos como profesores, o de la plaza de Bolívar después del Mitin de solidaridad con Chile o después de ver “Estado de sitio”, o luego de una llamada al 2551236, después de ese ayer de casi 30 años, observo su vida trascendente, testimonial, esencial, con su familia, sus hijos, con Ernesto más cercano a Usted que nunca, después de unos viajes exploradores y constructores, inmerso en el arte en su más profunda significación, en sus escritos impactantes, en su proyección social, en sus palabras elocuentes y pienso con alegría que Germán es también un hombre del nuevo milenio:

“Si tuviera que escoger un símbolo para asomarnos al nuevo milenio, optaría por este: el ágil, repentino salto del poeta filósofo, que se alza sobre la pesadez del mundo, demostrando que su gravedad contiene el secreto de la levedad, mientras que lo que muchos consideran la vitalidad de los tiempos, ruidosa, agresiva, piafante y atronadora, pertenece al reino de la muerte, como un cementerio de automóviles herrumbrosos.”

ITALO CALVINO

(Seis propuestas para el nuevo milenio)

Quiero también compartir con usted unas palabras que le dije a Jaime Serna en una de nuestras últimas charlas: la utopía de la amistad sobrevive a todas las transformaciones ideológicas y culturales que nos depara la vida.

*En una avalancha de ilusiones
Me hice vanguardia de vanguardias
Y Sucumbí, como todos, en la historia traicionada.*

Quiero comentarle que, en este tiempo de nuestras lejanías, encontré una mujer maravillosa, Myriam Helena y quien, junto con mis hijos, transitamos con optimismo, en este nuevo mundo y ante estos nuevos retos. Que supieron mucho de ustedes antes de conocerlos y aún antes de nuestro reencuentro. Mis padres les recuerdan con mucho cariño.

No sabe cuánto agradezco los dos últimos encuentros: en su finca y taller de arte y en la sorpresiva y grata presencia de ustedes en el evento que organizó Myriam Helena.

No sabe cuánto me alegró reencontrarme con Mario Price en estos días.

Un abrazo y un fuerte apretón de manos y que en este cumpleaños sienta la presencia de quienes le apreciamos sinceramente.

Octubre de 2007

JOSE ABAD GIRALDO PEREZ



Foto 72: Neill, José Abad y Nicolás. Grado de Nicolás

El legado de José Abad y Myriam, no solo se limitó a su labor en el aula, sino que floreció de manera tangible en sus hijos. Nicolás y Neill Rolando heredaron la pasión por el conocimiento, llevándola a niveles de excelencia académica. Ambos, como su padre, destacaron en prestigiosas universidades, donde sus calificaciones sobresalientes fueron la puerta de entrada a un futuro lleno de oportunidades. Nicolás, por su parte, demostró una disciplina y una inteligencia notables al obtener dos títulos paralelos de Maestría en la Universidad de los Andes. Hoy en día, su brillantez lo ha llevado a trabajar en entidades oficiales. Por otro lado, Neill Rolando se graduó como Ingeniero de Sistemas, y su dedicación al estudio lo ha llevado a trabajar desde hace diez años en Alemania desempeñándose como desarrollador de software. Es como si el universo conspirara para que la semilla de la sabiduría sembrada por sus padres encontrara la tierra fértil para crecer y dar los mejores frutos



Foto 73: Neill, Myriam, José abad y Nicolás en Alemania

Un Refugio del Corazón: El Regreso a las Raíces

*Lo importante no es lo que se da, sino el amor
que se pone en dárla. —Madre Teresa*



Foto 74: María y José Abad. Cumpleaños 80

Luego de nueve años en que Myriam entregó todos los cuidados a José Abad con un amor y devoción, sintió con inmensa gratitud el apoyo de la familia Giraldo Pérez. Fueron los hermanos de José Abad quienes, en un acto de profunda lealtad y compromiso, sintieron que era el momento de asumir un rol más activo. Sabiendo que su hermano les había dado una parte invaluable de su vida, tomaron la maravillosa decisión de acompañar un proyecto que abriría un camino de vida diferente para José Abad y su familia. En medio de la incertidumbre por parte de Myriam, al tomar la difícil decisión de soltar a su “ángel silencioso” como suele llamarle, permitió que fueran los amados hermanos de José Abad, quienes determinaran cómo sería el cuidado de José Abad. Pero Jenny, la niña de la casa, fue quien tomó la decisión de asumir este rol, con la aprobación y el apoyo de su esposo Janier Ferney y sus dos hijos; Valeria y Miguel Ángel. De esta forma se hizo cargo de todos sus cuidados. En este

sentido, la vida ha demostrado que la verdadera fuerza se encuentra en el apoyo que nos damos unos a otros, en ese acto de humanidad que trasciende cualquier miedo.



Foto 75: José Abad y Jenny, su hermana menor

Para que José Abad siga siendo atendido como el más preciado de los tesoros, surge la necesidad de traer una enfermera que lo atienda con sumo cuidado y dedicación. Pero, además, Jenny también decidió cuidar a sus padres, Libardo y María. A pesar de que Libardo ya partió a la otra dimensión, María sigue con Jenny, agradece a Dios porque goza de la compañía de su amado hijo José Abad.

Al cabo de un tiempo, por las circunstancias afortunadas de la vida, se presentó la oportunidad para que Jenny y su familia se mudaran a Florencia, en la finca el Pilar. Como este lugar está diseñado para que toda la familia disfrute, a menudo se convierte en el motivo de esparcimiento y unión familiar. Es un escenario donde la tranquilidad se fusiona con el amor, demostrando que el verdadero hogar es el corazón de quienes nos aman.



Foto 75: José Abad y Jenny, su hermana menor

HOMENAJE

Los retos de un amor profundo y duradero

Myriam Helena Corredor



Condensar en un texto el significado de la presencia de José Abad en mi vida, lleva a considerar que ha sido un sueño maravilloso e irrepetible, con variables y enseñanzas inéditas a lo largo de los años. Fue mágico el encuentro por las calles no pavimentadas de los barrios San Francisco y México en la parte sur de la ciudad de Bogotá, pero que estuvo adornado por los eternos desplazamientos en dirección norte, al dirigirnos a estudiar en la Universidad Pedagógica Nacional, UPN. Sí, allí donde un amigo común nos presentó. Desde ese primer momento, surgió una sensación inexplicable de alegría y el gusto por hablar sobre todos los acontecimientos, dando lugar a que los temas académicos y culturales de diversa índole, llenaran nuestro espacio vital.

Anidan en mi memoria aquellos encuentros en una popular cafetería cercana al hospital de Meissen, sitio equidistante desde nuestras respectivas casas, lugar que elegimos para nuestros encuentros sabatinos. En ese espacio, justamente, al llegar un tranquilo y dulce atardecer, fue cuando me dijo que nos casáramos. La respuesta fue positiva, no hubo anillo de compromiso y el momento solo estuvo acompañado por nuestras tiernas miradas, el amor profundo que vibraba en nuestros corazones y un sentido brindis, hecho con un cafecito colombiano.

Tiempo atrás, caminando por el centro de la ciudad, había conocido su inmortal poesía, “Poema para una niña de tres mil claveles”, como declaración de amor, en una agradable noche decembrina. Para entonces, habíamos compartido infinidad de episodios estudiantiles, asistido a ver películas de la época, realizado reflexiones sobre el mundo de acá y de allá, en la perspectiva de estar a tono con el acontecer del país y del mundo. Se habían desnudado nuestras almas y la comunidad de intereses florecía con cada conversación pues fuimos extremadamente comunicativos, alcanzando estadios de dicha sinigual.

El acercamiento con nuestras familias fue sencillo y al ser personas maduras tomamos nuestras decisiones sin consultar a nadie y se les informó, solo al momento de concretar el matrimonio. Sin mayores galas, con casamos un día de la virgen de Guadalupe, reunimos las dos familias y gozamos de una sencilla fiesta en el apartamento de mi hermana Isabelita. Como regalo de bodas, me dedicó la canción de Julio Jaramillo “Amémonos”. En forma recíproca, yo decidí amarlo con el alma, le dedicaba escritos y versos de canciones de amor compuestas por otros. José Abad ha sido un gran romántico y, por fortuna, toda la vida disfrutamos de la música y el arte. Fundamos un hogar repleto de ilusiones, iniciando nuestra travesía hogareña, llevando cada uno, una caja de cartón llena de libros y un caudal de expectativas que se desplegaban, día a día, hacia un futuro incierto, pero con la satisfacción de contar con estabilidad en nuestros trabajos a nivel oficial después de aprobar los exigentes concursos de ingreso.

Pasamos tres años de risas, juegos y visitas. Parecíamos dos colegiales más en nuestros colegios distritales, donde cada uno trabajó con energía y altos niveles de compromiso. No hubo tregua, nunca nos faltó el trabajo y supimos combinar estas tareas con la búsqueda de esparcimiento como jugar basquetbol,

hacer caminatas y preparar encuentros con los hermanos y sobrinos pequeños de José Abad. Luego llegó David Nicolás y con él, el cambio de paradigma, esto, ante la necesidad de los compromisos que unos padres responsables deberían asumir. Más adelante llega Neill Rolando, quien completó la dicha y nuestra Familia.

Fue así como transcurrió una vida, inicialmente, llena de necesidades materiales, pagamos arriendo hasta que gracias a nuestra cooperativa Codema, realizamos los préstamos necesarios para acceder a un lugar propio, evitando así, seguir siendo de arrendatarios. El sitio fue una casa de interés social ubicada en el barrio Villa de los Alpes. Fue allí donde iniciaron sus estudios nuestros hijos y debimos esperar por espacio de cinco años, pues fue adquirida con el subsidio del gobierno. Con las intenciones de mejorar el nivel de vida, y en búsqueda de apoyo familiar y adecuados colegios para los infantes, se vendió este predio y nos desplazamos a Ciudad Tunal, en la unidad Bolívar, donde el contexto nos facilitó trabajar y estudiar en mejores condiciones.

Durante estos períodos de tiempo, viendo los niños ya crecidos y autónomos, nos dedicamos a trabajar en las Universidades de América, Distrital, Tolima y Pedagógica, lugares donde se desplegó el saber magisterial y donde cada uno de nosotros pudo crecer en lo personal, laboral y económico.

Durante las épocas de vacaciones, realizábamos viajes para conocer nuestro territorio y ver lugares turísticos que nos atraían. Fue así como viajamos con las dos parejas de abuelos a San Andrés, donde disfrutamos la playa, el calor, el mar, participando en las novenas de diciembre. Recuerdo la alegría de Pedro, Libardo, las Marías, y nosotros, cantando en forma festiva los tradicionales villancicos en el hotel que habíamos escogido. Fue muy grato llevarlos a conocer el mar, pues ninguno de ellos, lo conocían.

Compartimos con las familias momentos donde podíamos cantar sin ser cantores, participar en amenas fiestas y donde éramos conscientes de poder ayudar, de manera efectiva, a quienes lo necesitaban. Así trascurrieron los lindos años de construcción en el hogar, siendo testigos del crecimiento de los muchachos y acompañados por el sentimiento de satisfacción individual y colectiva sobre nuestros trabajos. Estas épocas trascurrieron en forma acelerada, hasta que aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad de Joseíto.

Esta circunstancia vivida y asumida en familia, ha dejado innumerables aprendizajes, desde reconocer los síntomas iniciales, hasta la perspectiva de una evolución que indica su deterioro irreversible. De manera juiciosa me dediqué a comprar mandalas, crucigramas, sudokus, hasta que su mente se fue apagando sin remedio. Proveer fotocopias para dibujar e identificar figuras o escribir cuentos, hasta que sus escritos terminaron en garrapateos de infante iniciando la escritura. De igual forma, nos dedicamos a caminar sin cesar cada tarde, y traté de enseñarle un estribillo que no pudo aprender: “Somos los bulliciosos que vamos a caminar, salimos todas las tardes por las calles de Federmann”, no logró memorizar ni repetir una sola palabra.

Conocedora de su prodigiosa memoria, el talento con la escritura y el don en el manejo de la física y las matemáticas ha sido doloroso ser testigo, por excelencia, de la pérdida irremediable de sus facultades. Sin embargo, tengo la seguridad de que él no se ha ido de mi lado, durante los primeros años, siguió siendo mi confidente, le contaba todo y le pedía consejos para tomar decisiones: aún, después de 13 años, lo sigo haciendo...

Solo sé que ese Ángel Silencioso en quien se convirtió, reacciona al afecto de las personas, abre los ojos ante las caricias, no se queja e inspira el mayor cariño por parte de todos. Que, así no lo vemos, Él está presente en la mente de muchos de sus estudiantes quienes lo recordarán con aprecio y admiración. Que, aquí estoy yo, fiel a su amor y a la devoción que compartimos como esposos. Que, he continuado con el compromiso como padres amorosos y exigentes a la vez, cultivando en nuestros hijos los valores que los hacen personas dignas y muy responsables. Sentir que, pese a su situación, no nos hemos derrumbado y que seguimos, ante todo, pensando y propiciando su bienestar.



Irrumpen en mi memoria, su tono de voz, ahora ausente, sus chistes y travesuras, sus enojos y sus alegrías, la seriedad con los temas y reflexiones de los acontecimientos nacionales e internacionales y, ahora, me divierto y procuro adivinar qué diría o pensaría José Abad ante el cambio vertiginoso del mundo, cómo analizaría estas u otras circunstancias, pues creo que, como acto reflejo y en silencio, he aprendido a cotejar elementos de la política

y los vaticinios económicos, de tal forma que en las conversaciones con David Nicolás y Neill Rolando, hemos tratado de revivir algo de su genuino legado. He reído imaginando como sería él, utilizando Facebook, WhatsApp, Tik Tok u otras redes sociales, pues con gran pesar, nos hemos perdimos de su gran sentido del humor.

El discurrir del tiempo no nos permitió llevar a cabo nuestros proyectos pues habíamos pensado para nuestros años maduros, ya pensionados, que escribiríamos a cuatro manos, el testimonio de una época azarosa y descomunadamente inequitativa. En ese entonces, considerábamos que poseíamos los hilos interpretativos para una Colombia, cuyo proyecto de Nación estaba en ciernes, con una cruel y despiadada realidad que nos angustió de jóvenes y nos incitó, ya adultos, a serios compromisos con las nuevas generaciones. Esto ha quedado suspendido en el aire, contaminado de tristeza y melancolía, por un lado, y por el otro, el sentimiento de orfandad al no contar con el rigor de su genial y talentoso pensamiento.



Nuestros hijos, son el mayor y mejor testimonio de nuestras vidas. No se puede negar que, con José Abad, conformamos un matrimonio pedagógico de prestigio, admirado y querido por nuestros amigos y colegas, no hubo egoísmo, ni malos tratos, por el contrario, fructificó siempre en la comprensión, el respeto, la solidaridad y desde luego, en un amor profundo y duradero que trasciende a todas las circunstancias.



Mi Padre José Abad

David Nicolás Giraldo Corredor



Mi padre es un defensor de la educación como herramienta fundamental para el progreso, también defendió siempre el respeto a la dignidad humana, aún en las circunstancias más desfavorables. Su vida fue un gran ejemplo, no solamente de lucha contra la adversidad, sino de pensamiento estratégico en la pedagogía que tuvo con su familia, sus amigos y sus alumnos; ese pensamiento estratégico nace del entendimiento de la naturaleza humana y el desarrollo de la conciencia para actuar desde el amor al conocimiento, el amor a sus allegados y la comprensión de las demás personas.

Le debo a mi padre la perspectiva desde la cual hoy puedo ver el mundo, el regalo máspreciado para tomar las mejores decisiones y tener la oportunidad de desarrollar todo mi potencial. Siempre he creído que la libertad es uno de los bienes máspreciados que se puede tener; sin embargo, hoy, gracias al legado intelectual de mi padre, puedo entender que de nada sirve la libertad si no se tiene la perspectiva de vida adecuada; y esta perspectiva solamente la puede otorgar la educación, el conocimiento y el amor a la familia.

El legado de mi padre es también el amor a toda la familia. Siempre pensó en lo mejor para todos sus miembros, e hizo el mayor esfuerzo para proveer oportunidades de educación y conocimiento a quienes supieron valorarlo y aprovecharlo. Todos lo recuerdan con mucha gratitud y aprecio por todo lo aprendido, esto constituye un legado que dejará un gran impacto en toda la familia.

La experiencia forma el carácter, y mi padre tuvo un carácter fuerte forjado por difíciles circunstancias de la juventud. Muchos hubieran tomado otro tipo de decisiones en semejantes circunstancias; pero mi padre optó por arrancarle lo mejor a la vida de la manera más honesta y a partir de desarrollar el mejor potencial de sí mismo. Sufrió, pero nunca manifestó resentimiento alguno contra la vida, en lugar de eso creó amor y edificó valores y conocimiento.

En homenaje a mi padre, yo invito a toda la familia a priorizar la búsqueda del conocimiento y la consciencia desde el amor a la humanidad y utilizándolo en servicio de ella; los valores que existen en cada miembro Giraldo son el catalizador para el florecimiento de las ideas y valores revolucionarios que estoy seguro nos llevará al desarrollo total de la consciencia en las generaciones venideras.

David Nicolás Giraldo Corredor.

Agradecimientos a mis padres

Neill Rolando Giraldo Corredor



Los primeros recuerdos que acuden a mi mente de mi padre, José Abad, están tejidos con la infinita calidez de los juegos y actividades que ideaba para mi hermano Nicolás y para mí. Con una creatividad innata, mis padres, transformaban cada día en una aventura de aprendizaje. Gracias a esa dedicación, mi hermano y yo pudimos desarrollar capacidades intelectuales y emocionales únicas, herramientas valiosas que nos han ayudado a navegar los retos de la vida con una facilidad que agradezco eternamente.

Recuerdo con una alegría inmensa la oportunidad que nos brindaron de conocer y recorrer Colombia. Juntos, descubrimos la imponente grandeza de las montañas, la humedad vibrante de las selvas tropicales y la inmensidad serena de los mares, dejando atrás las innumerables carreteras que conectaban nuestros momentos. Cada paisaje se acompañaba de una historia, una anécdota, un poema o una canción que enriquecían la experiencia, permitiéndonos sentir el calor extremo de los

pueblos y el frío intenso de los nevados. En cada rincón, nos enseñaron a encontrar una historia fascinante, una lección de vida que se grababa en el alma.

Al crecer, he procurado seguir ese legado, llevando conmigo la esencia de sus enseñanzas. Aún en su enfermedad, tuve la bendición de poder mostrarle una parte de Europa en un último viaje en 2019, devolviéndoles, aunque fuera en parte, la maravillosa oportunidad que me dieron de conocer el mundo. Agradezco al universo haber tenido a mis padres, y en particular a mi padre, cuyo intelecto y brillantez, unidos a su don único para la enseñanza, moldearon no solo mi vida, sino mi forma de ver el mundo. Este texto es un humilde homenaje a su inmensa inteligencia y al amor que sembraron en cada paso de nuestro camino.

Neill Rolando Giraldo Corredor

Adorado hijo

María Pérez de Giraldo



Hijo de mi corazón, no se imagina lo agradecida que estoy con Dios pro tenerlo a mi lado, ahora que me necesita tanto. Gracias hijito por enseñarnos tanto a todos, sabe que gracias a mi hijito es que todos salimos del campo y ahora vea cómo vivimos de bien, gracias a sus inquietudes por salir del pueblo de Florencia. Si su padre estuviera vivo, seguramente también le expresaría el inmenso amor y respeto que siempre sentimos por usted mijito. Mijo, me acuerdo cuando usted decía que tenía una mamá joven y muy bonita.

Hijo, recuerdo con inmenso amor el trabajo del Telecentro y después que eso me motivó a estudiar donde usted mijo fue mi guía y gran ayuda. Toda la vida me sentí orgullosa de tener un hijo tan brillante e inteligente. Ahora me siento feliz de que juntos vivamos en Florencia. Lo amo mucho mijo y gracias por ser tan bueno con toda la familia.

Mi compañero de Aventuras en la vida

Adelfa Giraldo Pérez



Querido hermano, cada vez que intento decir algo sobre nuestra vida, no puedo evitar que mi llanto me invada. Recuerdo con mucha alegría toda nuestra infancia, la cual yo calificué como “sobrevivientes”, porque juntos tuvimos que ver tanto dolor en nuestra familia, como cuando se murió nuestro otro compañero de aventura, Alirio y después otros más. Pero además me siento muy feliz al recordar las pilatunas que hacíamos. Nosotros éramos realmente felices, trepando árboles, comiendo frutos y sobre todo que éramos la alegría de toda la finca. Recuerdo como si fuera ayer, cuando usted cogió un poquito de ropa que para irse para Bogotá.



Gracias hermanito por tanto amor, tanta enseñanza a nuestros hermanos y también a mis hijos, que hasta en la universidad también estaba ahí. Hoy me siento orgullosa de saber que usted ha dejado una huella en la vida de cada uno de nosotros y en la humanidad; sé que con este libro seguramente se va a reconocer mucho más lo que hizo en la vida. Gracias por estar conmigo aun cuando la vida nos tuvo que separar, no se imagina como me dolió dejarlo solo con todos en la casa, pero usted sacó fuerza de donde no tenía para salir adelante.

Gracias, gracias, gracias. Lo amo infinitamente.

Adelfa Giraldo

Solo agradecimientos

Jorge Iván



Hermano José abad quiero aprovechar este momento para decirte lo mucho que significas para mí. Desde siempre has sido mi ejemplo, diez años mayor que yo, pero con un corazón tan grande que nunca me hiciste sentir lejos de ti.

Gracias a tu manera de ser, a tus consejos y a las enseñanzas que me diste con tu vida, hoy soy la persona que soy. Mucho de lo que he logrado y de lo que pienso lo aprendí mirándote a ti. Sé que estos días han sido difíciles para tu salud, pero quiero que tengas claro algo: tu huella en mí es profunda y eterna. Te quiero, te admiro y te agradezco por cada paso que diste delante de mí para mostrarme el camino.

Jorge Iván Giraldo

Un homenaje a mi hermano José Abad Giraldo Pérez

Clara Elisa Giraldo



Para mí es un gran placer tener un hermano de la talla de él, MI ABACHIS, tengo gratos recuerdos de mi niñez y mi juventud a su lado.

Le encantaba bromear con todos, siempre salía con bromas, no podía decir mentiras porque su rostro lo delataba, se encargó de poner apodos a varios de sus hermanos pequeños, por ejemplo, a Sorfidia le puso Filo, refiriéndose al hambre con la que llegaba de la universidad todas las noches.

En mi juventud, siempre estuvo ahí guiándome por buenos caminos y aconsejándome que debía ingresar a la Universidad.

En este momento quiero darle las gracias por su ayuda en mis estudios, él fue la persona que siempre nos impulsó al estudio cada día, quien guiaba nuestros pasos por los escenarios

académicos, quien me guio por la carrera profesional que en un momento de mi vida empecé pero que por cuestiones de la vida no continué, el quien me ayudo con mis materias más difíciles en el bachillerato, yo me quedaba hasta muy tarde esperándolo para que me ayudara con mis trabajos de cálculo y trigonometría.

Quiero destacar la gran persona que fue mi hermano José Abad.

En nuestras familias por los dos lados tanto Giraldo como Pérez, fue un gran líder, todos lo conocían como el gran hombre sabio y generoso, siempre procuro que su familia estuviera bien en todos los aspectos, trataba toda la vida de ayudar en todo lo que estuviera a su alcance.

Es un orgullo para toda la familia y un ejemplo a seguir, no solo por su brillantez académica, sino también por su pasión y perseverancia de lo que hizo en la vida, es un verdadero ejemplo de excelencia académica, estoy agradecida de tenerlo como modelo a seguir.

Su pasión por la física pura es inspiradora, como profesor destacado e investigador sé que hizo contribuciones valiosas al mundo de la ciencia.

Un ser muy valioso

Rubinel Giraldo



Desde que recuerdo a José Abad, mi hermano mayor (el mayor de 3 hombres), conservo el grato sentimiento de humildad, sabiduría, sencillez, disciplina y elegancia, un joven apuesto que siempre le tenía una respuesta fundamentada, con criterio, y siempre se extendía en su explicación como buen educador que fue por vocación. Es un hombre que impartió respeto con su sabio comportamiento, su amor por la lectura siempre lo destacaron y esa magnífica formación lo formo como un gran hombre para la sociedad en su proceso natural de enseñanza con su familia, sus amigos, alumnos, y en general con la sociedad con a que él comparte su vida.

De nuestra infancia (mi infancia y su Juventud), conservo gratos momentos, gratísimos momentos como creo que fue nuestras vidas, mis primeros recuerdos que tengo de mi niñez con José Abad lo dibujan como un hombre activo y participativo en la sociedad con su gran compromiso por sacar adelante esa sociedad que a gritos pide sabiduría, conocimiento, educación y enseñanza, nunca lo vi llevando comida o mercados a las comu-

nidades menos favorecidas; llevaba sabiduría, llevaba educación, llevaba alegría, llevaba obra, cultura, arte, y si teníamos que ponernos el overol, lo hacía con mucho gusto, convencido que así se hace sociedad. Dos temas que me marcaron de aquella época y que siempre están en mi repertorio: el niño yuntero y techos de cartón.

El niño yuntero

<p>Carne de yugo, ha nacido más humillado que bello, con el cuello perseguido por el yugo para el cuello.</p> <p>Nace, como la herramienta, a los golpes destinado, de una tierra descontenta y un insatisfecho arado.</p> <p>Entre estiércol puro y vivo de vacas, trae a la vida un alma color de olivo vieja ya y encallecida.</p> <p>Empieza a vivir, y empieza a morir de punta a punta levantando la corteza de su madre con la yunta.</p> <p>Empieza a sentir, y siente la vida como una guerra y a dar fatigosamente en los huesos de la tierra.</p> <p>Contar sus años no sabe, y ya sabe que el sudor es una corona grave de sal para el labrador.</p> <p>Trabaja, y mientras trabaja masculinamente serio, se unge de lluvia y se allaja de carne de cementerio.</p> <p>A fuerza de golpes, fuerte, y a fuerza de sol, bruido, con una ambición de muerte</p>	<p>Cada nuevo día es más raíz, menos criatura, que escucha bajo sus pies la voz de la sepultura.</p> <p>Y como raíz se hunde en la tierra lentamente para que la tierra inunde de paz y panes su frente.</p> <p>Me duele este niño hambriento como una grandiosa espina, y su vivir ceniciento revuelve mi alma de encina.</p> <p>Lo veo arar los rastros, y devorar un mendrugo, y declarar con los ojos que por qué es carne de yugo.</p> <p>Me da su arado en el pecho, y su vida en la garganta, y sufro viendo el barbecho tan grande bajo su planta.</p> <p>¿Quién salvará a este chiquillo menor que un grano de avena? ¿De dónde saldrá el martillo verdugo de esta cadena?</p> <p>Que salga del corazón de los hombres jornaleros, que antes de ser hombres son y han sido niños yunteros.</p>
--	---

De *Viento del pueblo*. MIGUEL HERNÁNDEZ

Qué triste si oye la lluvia en los techos de cartón
 Qué triste vive mi gente en las casas de cartón
 Viene bajando el obrero
 Así arrastrando los pasos por el peso del sufrir
 Mira que mucho sufrir
 Mira que pesa el sufrir
 Arriba
 Deja a la mujer preñada
 Abajo está la ciudad
 Y se pierde en su maraña
 Hoy es lo mismo que ayer
 Es su vida sin mañana
 Cae y cae la lluvia
 Viene, viene el sufrimiento
 Pero si la lluvia pasa
 ¿cuándo pasa el sufrimiento? ¿Cuándo viene la esperanza?
 Niños color de mi tierra
 Con sus mismas cicatrices
 Millonarios de lombrices
 Y por eso
 Qué tristeza
 Viven los niños
 En las casas de cartón
 Que alegres viven los perros
 Casa del explotador
 Usted no lo va a creer
 Pero hay escuelas de perros
 Y les dan educación
 Pa' que no muerdan los diarios
 Pero al patrón
 Hace años, muchos años
 Que está mordiendo el obrero
 Que triste se oye la lluvia en las casas de cartón
 Que lejos pasa la esperanza de los techos de cartón
 Oh, oh, oh, oh, oh, oh

Como todo sabio, interpretaba todo instrumento que le colocaran, pero su esencia era la guitarra; empírico, músico, punteaba la guitarra magistralmente temas como “PASILLO ESPERANZA”, acompañaba también la guitarra y cuando le colocaban cualquier instrumento inmediatamente le sacaba melodía, unas botellas con agua, unos tubos metálicos, una guadua, una flauta dulce o traversa, una zampoña, un cuatro, un piano y hasta un violín, solo bastaba con hacerlo sonar y ya, le sacaba una melodía. *Ahí me di cuenta que yo no era músico, ser músico es eso, tener oído, tener melodía tener gusto, sabiduría y destreza para desarrollar música y ese era José Abad, incluso*

con el silbido, con sus manos con un palo en una tambora. que rico fue convivir esos gratos momentos de la música al lado de mi hermano, nos llevó a *conocer la esencia* de la música colombiana que al lado de mama compartían grandes temas e intérpretes, Garzón y Collazos con temas como los cisnes, Los Guaduales, Pueblito viejo, soy tolimense con su hermosura de Tiple y guitarra entre otros, con el maestro Jorge Villamil cantábamos Los Guaduales Oropel y de aquí esta frase que pego duro en su repertorio de vida “**AMIGO CUANTO TIENES CUANTO VALES**”, me llevaras en ti, Al sur, si pasas por san gil..., Pero al lado de Papa cantaba una tres canciones de los cuyos u Oscar Agudelo y se iba, pues este ambiente era más bien acompañado de licor y no era que le gustara mucho el tema de beber. En cambio, con la mama y sus hermanos tocando la guitarra pasábamos horas cantando esas bellas melodías de música colombiana.

Su universalidad trajo a nuestra casa a los Beatles y sus coletazos de música irreverente, José Abad cantaba e interpretaba maravillosamente partes de let it be, let it be....pero lo más importante, nos hizo universales.

Letra de Let It Be (The Beatles)

When I find myself in times of trouble, Mother Mary comes to me
 Speaking words of wisdom, let it be
 And in my hour of darkness she is standing right in front of me
 Speaking words of wisdom, let it be

Let it be, let it be, let it be, let it be
 Whisper words of wisdom, let it be

And when the broken hearted people living in the world agree
 There will be an answer, let it be
 For though they may be parted, there is still a chance that they will see
 There will be an answer, let it be

Let it be, let it be, let it be, let it be
 There will be an answer, let it be

Let it be, let it be, let it be, let it be
 Whisper words of wisdom, let it be

Let it be, let it be, let it be, let it be
 Whisper words of wisdom, let it be, be

And when the night is cloudy there is still a light that shines on me
 Shinin' until tomorrow, let it be
 I wake up to the sound of music, Mother Mary comes to me
 Speaking words of wisdom, let it be

And let it be, let it be, let it be, let it be
 Whisper words of wisdom, let it be

And let it be, let it be, let it be, let it be
 Whisper words of wisdom, let it be

Imagínense, un campesino de Florencia Caldas hablando y cantando en Inglés, pero sí, así era, interpretaba perfectamente el inglés.

Influenciado por el festival *Woodstock* en 1969, marco su bella época de soñador y un hombre capaz de transformar el mundo, por eso su compromiso con la sociedad, y especialmente con la educación, plenamente convencido que sin marihuana ni alucinógenos se vivía y se disfrutaba sanamente el sueño de construir sociedad y darles valor agregado a nuestras formas de vivir, siempre tubo ese propósito, ah eso sí, como buen hombre de moda tubo su época de buen fumador, quien disfruto de sus buenos cigarros y su buen tinto (cafetero por naturaleza y arraigo caldense).

Poco destacado en el deporte, aunque cuando jugaba siempre daba sus batallas especialmente en el futbol y basquetbol, lo maravilloso de este capítulo en su vida fue la disciplina, es decir 4am, en la fríasima Bogotá, salíamos al parque a hacer barras, gimnasia (pero no rítmica ni maricadas), barras, barras, si frías barras que congelaban las manos, piruetas en las que trabajábamos hasta 2 horas, luego regresábamos a casa a festejar con un bueno y amplio desayuno de frutas, y esto marco siempre su vida familiar con la casa grande; José Abad invita rutinariamente los domingos a la familia a departir en el parque.

Siempre sembró en nosotros y especialmente en mí, el amor por la ciencia, con su magistral frase de “la física es la ciencia por excelencia”, la astronomía y la plenitud del universo inimaginable, imperceptible que va mucho más allá de la imaginación de Carl Sagan o de la teoría de la relatividad de Albert Einstein y de la magia indescriptible del sabio Stephen Hawking de quien siempre admiramos su capacidad pese a sus múltiples dificultades físicas que lo limitaron, pero que también tuvo en su familia apoyo cercano y la motivación de seguir desarrollando su carrera científica. Siempre fue mi faro, mi luz y la persona que me merco el camino del amor por la sabiduría, en mis dificultades escolares (no siempre) estuvo ahí, pero con una pequeña explicación despejaba todas las dudas que nos rodeaban especialmente en las matemáticas a mí y a mis amigos.

Que linda época que marca mi vida en su vida de Latinoamérica, la lucha por un mundo sin dictadura, sin militares, con una sociedad de los poetas muertos que inspira a sus alumnos a pensar por sí mismos, a amar la poesía y a aprovechar la vida al máximo con la idea de “Carpe Diem” (aprovecha el día), invita a

la libertad de la enseñanza y a la frescura del aprendizaje del conocimiento que sí sabía José Abad impartir. Sentir como propio el drama que vivieron los jóvenes estudiantes de La Plata que, en 1976 participaron en protestas para reclamar el boleto estudiantil (un pasaje de transporte público más barato) y que fue posteriormente fue representada en la película “La noche de los lápices”. El fatal Pinochet, Jorge Videla, protagonistas número uno del exilio de estos grandes músicos y compañeros de vida universitaria, maravilla de la vida, Mercedes Sosa, Silvio Rodríguez, el amor de Pablo Milanés, y su canción insignia VASIJA DE BARRO

Hermano dame tu mano

Hermano, dame tu mano
 Vamos juntos a buscar
 Una cosa pequeñita que se llama "libertad"
 Esta es la hora primera
 Este es el justo lugar
 Abre la puerta, que afuera la tierra no aguanta más
 Mira adelante, hermano
 Es tu tierra la que espera
 Sin distancias ni fronteras
 Que pongas alta la mano
 Sin distancias ni fronteras
 Esta tierra es la que espera
 Que el clamor americano le baje pronto la mano
 Al señor de las cadenas
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que traigo un pueblo en mi voz
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que traigo un pueblo en mi voz
 Hermano, dame tu sangre
 Dame tu frío y tu pan
 Dame tu mano hecha puño que no necesito más
 Esta es la hora primera
 Este es el justo lugar
 Con tu mano y mi mano, hermano, empecemos ya
 Mira adelante, hermano
 En esta hora primera
 Y apretar bien tu bandera
 Cerrando fuerte la mano
 Y apretada tu bandera en esta hora primera
 Con el puño americano le marque el rostro al tirano
 Y el dolor se quede afuera
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que traigo un pueblo en mi voz
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que viene la revolución
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que traigo un pueblo en mi voz
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que viene la revolución
 Métale a la marcha, métale al tambor
 Métale, que traigo un pueblo en mi voz

Vasija de Barro

Vasija de Barro
 Yo quiero que a mí me entierren
 Como a mis antepasados
 En el vientre oscuro y fresco
 De una vasija de barro
 En el vientre oscuro y fresco
 De una vasija de barro
 Cuando la vida pase
 Detras de una cortina de años
 Cuando la vida pase
 Detras de una cortina de años
 Vivirán a flor de tiempo
 Los amores y los desengaños
 Arcilla cocida y dura

Alma de verdes collados

Luz y sangre de mis gentes

Sol de mis antepasados
Luz y sangre de mis gentes
Sol de mis antepasados
De ti nací y aquí vuelvo
Arcilla vaso de barro
De ti nací y aquí vuelvo
Arcilla vaso de barro
Con mi muerte vuelvo a ti
Vuelvo a tu fondo enamorado

El análisis político internacional siempre lo abordaron, la economía mundial estaba en su agenda diaria como la interpretación perfecta de la economía a nivel nacional lo hacían un hombre perfecto para ser ilustrador de estas ciencias de la economía, como lo mencionaran varias veces sus “amigos revolucionarios” Mao Tse Tung revolución, ya se acabó la explotación, eran las frases que se oían en aquellas épocas. Los resultados de las guerras de Corea del norte y Corea del sur lo mismo que la guerra de Vietnam promovía las reuniones de jóvenes para entender las tendencias políticas de nuestro país y la verdadera. Continuara... hay mucho que contar.



Tu legado

Sofía Giraldo



Recuerdo con inmenso amor que mi primer libro “Zoro”, un regalo que recibí de mi hermano José Abad cuando cumplí 10 años. Con un gesto tan sencillo y a la vez tan profundo, él sembró en mí la semilla de un universo. Aquel libro era el inicio de un camino que recorrería por el resto de mi vida. Con el paso del tiempo y gracias a mi hermano, descubrí la magia de la lectura, esa que te transporta, te transforma y te conecta con las fibras más profundas del alma. Fue él quien, con su inmensa inteligencia, me enseñó que la literatura es un eco de la vida, y que “el escritor,

en el fondo, no hace otra cosa que perpetuar la aventura de su alma”, en palabras de Sábato, su maestro, que luego yo también conocería su gran obra.

José Abad, me mostró que la literatura es un viaje a lo desconocido, así como “Las flores del mal” de Baudelaire, que forjó en mí no solo el amor por las historias, sino también la comprensión de los valores más profundos que la literatura y la poesía nos ofrece: la empatía, el pensamiento crítico y la infinita capacidad de asombro ante la condición humana.

Gracias hermano por enseñarme tanto, tanto; no termino de sorprenderme de tu vasto conocimiento, grandes valores y múltiples enseñanzas. A través de este recorrido de tu vida y después de una exhaustiva investigación, con gran admiración y respeto, entrego al mundo esta



obra que es tu historia, tu vida y tu inmenso legado. La escribí como un homenaje a lo que has dejado a la humanidad. Realmente me quedé corta al escudriñar parte de tu vida, porque queda mucho por contar. Gracias por permitirme vivir a través de tu experiencia.

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar”



*¿Cómo entender las complejidades del ser humano?
¿Cómo se pasa de la racionalidad a la irracionalidad? y
¿cuál es mi papel en ese andar con una nueva compañía?*

En el andar ahora con mi hermano José Abad la vida me está mostrando otras posibilidades para entender las vicisitudes y complejidades de la vida; hacer nuevas reflexiones frente a lo inevitable y vivir con la actitud que él me muestra, valorando desde la huella de sus enseñanzas, su valioso ejemplo de vida y rectitud.

Agradezco a la vida por permitirme descubrir y sentir a plenitud esta experiencia, ya que se nos está mostrando otro camino y otra perspectiva de vida al lado de José Abad; entrar en su mundo y vivirlo de la mejor manera. Es el momento de disfrutar de su presencia y de viajar por su universo; ahora mi camino con él es de otras formas lo cual hago con inmenso amor, respeto, admiración y agradecimiento

Con todo mi amor.

Sofía Giraldo

Querido hermano

Gloria Edith Giraldo



Hoy quiero escribir desde lo más profundo de mi corazón. Aunque hace varios años José Abad está en silencio, su presencia sigue llenando nuestras vidas, su fortaleza y su bondad siguen siendo un ejemplo para todos nosotros, su espíritu sigue aquí, recordándonos lo que significa ser hermano, ser hijo, ser guía y ser familia

En una familia tan grande como la nuestra, a veces yo podía sentir que pasaba desapercibida, pero él estaba pendiente para que yo no me sintiera así.

Fue como un papá para mí. Recuerdo que, sin importar lo tarde que llegara de la universidad, siempre me pedía que lo esperara para estudiar. Así, con paciencia y cariño, me ayudaba a ser la mejor de mi curso, en especial en matemáticas. Esa dedicación me enseñó que el amor se demuestra en los detalles: en quedarse despierto, en explicar una y otra vez, en hacer sentir que mi esfuerzo valía la pena.

Todavía puedo verlo entrando a mi cuarto en las mañanas, subiéndose a mi cama con la bicicleta, insistiendo para que saliera a jugar y no me quedara durmiendo. Esa imagen me hace sonreír, porque refleja perfectamente quién era: alegre, inquieto y siempre dispuesto a compartir

Gracias por cada consejo, cada gesto de cariño y por enseñarme que el amor verdadero no se apaga con el tiempo ni con el silencio.

Con todo mi amor,

Gloria Edith Giraldo

Mi hermano maestro y gran ejemplo

Milvia Giraldo Pérez



Estando en la soledad de mi casa y con el corazón lleno de amor porque me invaden muchos recuerdos, de un ser maravilloso que forma parte de mi vida, mi infancia mi adolescencia y mi madurez. Hago un alto en el camino y miró hacia atrás, cuando yo era apenas una niña, mis primeros recuerdos se llenan de amor hacia lo más importante que tiene la vida, son los hermanos sobre todo los mayores, así como mi hermano José Abad. Mis primeros recuerdos llegan a mi mente, viendo un ser maravilloso lleno de virtudes entregado al estudio, físicamente era un muchacho flaco con cabello semi ondulado siempre vestía de negro con un bigote que lo caracterizaba y siempre con sus libros en la mano; veo a mi hermano José Abad llegar de la universidad con mucha hambre y diciéndole a mi madre que le sirviera la comida porque tenía mucho filo

Yo en mi inocencia lo veía tan grande y con tanto respeto como si fuera mi papá, ya que él me lleva 19 años. Así pasaban los días durante la semana, pero el fin de semana era totalmente diferente, él lleno de amor y siempre alegre, un madrugador y

nosotros apenas unos niños dormilones, llegaba a molestarnos a buscarnos el juego para que nos levantáramos. Tengo un grato recuerdo.... todos dormíamos en una habitación y él se subió a una bicicleta y hacían run run run animándonos a levantarnos, siempre pensando en nuestro bienestar, quería que fuéramos personas de bien nos inculcó el estudio, la unión familiar,

Un día se inventó un concurso de cuentos y lo organizó por categorías; entre mis hermanos y mis sobrinos, cada uno tenía que escribir un cuento y como era de esperarse, el día llegó nos hizo una gran ceremonia nos leyó nuestros cuentos los calificó y nos premió con un gran libro de regalo; este libro se llamaba los viajes de Gulliver, fue algo maravilloso para para mí, ya que nunca había visto un libro ilustrado; este evento marcó mi vida

Él siempre pensando en nuestro bienestar Se preocupaba por nosotros otro bonito recuerdo que tengo es las caminatas que hacíamos, él quería que exploramos el mundo nos llevó a unas montañas muy lindas y nos contaba muchas historias; nos premiaba nos hacía sentir importantes. Abad tenía sus amigos que iban y venían, pero para él era súper importante la familia la casa los hermanos

Tengo un recuerdo muy triste que fue el día en que él decidió irse de la casa, yo nunca había visto un trasteo y tengo esa imagen grabada en mi cabeza; mamá lloraba como niña y él con el corazón destrozado empacó sus cosas, sus libros y se fue a hacer su vida; algo que marcó para nosotros un nuevo camino, pero nunca nos abandonó, iba cada fin de semana a la casa. Cada vez que Abad llegaba era una fiesta porque traía frutas, eran domingos muy especiales, un recuerdo lleno de luz; salíamos a la calle a jugar y en uno de esos domingos él me enseñó a montar bicicleta. Me dio la seguridad para que yo arrancara sola y cada vez que me subo a la bicicleta me acuerdo que él me enseñó y así como era tan alegre también fue estricto; le tenía miedo porque yo no era muy buena estudiante y él me encerraba en su habitación a enseñarme las tablas de multiplicar, todavía siento el aroma de su escritorio se me arruga el corazón de pensar que lo único que él quería para nosotros era nuestro bienestar. Ya en su vida de casado veía a un hombre radiante y feliz y en nuestros encuentros siempre lo caracterizaba su buen humor, las visitas a su casa eran fiesta alegría y comida

Gracias hermano mío por haber sido ese hombre maravilloso por siempre estará a nuestro lado Gracias Abad por su gran ejemplo Gracias por ser el apoyo. En este momento me duele el corazón porque de un momento a otro y sin darnos cuenta se fue apagando ese ser maravilloso que estuvo con nosotros siempre y en todo momento.

Infinitas Gracias para ti mi querido hermano José Abad.

Leydy Giraldo Pérez



Este capítulo correspondería a Leydi, la hermosa morenita de ojos hermosos, ella ya no nos acompaña, pero seguramente desde donde está, recuerda a su hermano mayor con inmenso amor y respeto. Él era ese profesor que siempre dejó una huella en su corazón.

En sus 70 años de vida

Jenny Stella Giraldo Pérez



Hoy a sus 70 años de vida de José Abad quiero darle gracias a Dios por permitirnos vivir estos últimos años juntos, donde veo en sus ojos el ser maravilloso que siempre has sido, recordando cada minuto sus sabios consejos y su compromiso como hermano mayor, con esa autoridad que nos hablaba, siempre buscando el camino. Recuerdo con gran compromiso y amor, sus jornadas pedagógicas, la música, los concursos de dibujo y su sentido del humor tan respetuoso.

Mil veces pude contar con él, a pesar de la enorme distancia de edad que nos llevamos, sentí que tenía un profundo aprecio hacia mí. En mi adolescencia también tuve a oportunidad de compartir una temporada juntos, fue maravilloso verlo como padre entregado y abnegado a su hogar, siempre tan respetuoso con mi corazón y no me canso de decir gracias a la vida que me dio la oportunidad de compartir con él en condiciones diferentes a las que quisiera compartir, ya que, en mi vida, muchas veces lo sentí ausente

Gracias José Abad por su vida y compañía. Te amo

Las aventuras con el mayor de los tíos

Socrates Cardona Giraldo

Cómo no plasmar en este libro la vida que llevé al lado de mi tío José Abad

Quién desde pequeño me enseñó el aprecio por el estudio, por las matemáticas y por la vida que debemos afrontar, este tío, esa gran persona fue una inspiración en toda la familia con sus anécdotas su manera de ver la vida sus enseñanzas y cada uno de los momentos vividos en medio de tanta pobreza, nos enseñó que siempre debe haber un motivo por el cual debemos adquirir los conocimientos necesarios para estar siempre en armonía, llevando una vida amena en medio de tantas adversidades, recuerdo desde pequeño que cuando estaba en la escuela tenía que aprender a dividir por dos cifras el cual yo había aprendido de manera directa, pero él para hacerme ver más fácil dicha operación me enseñaba restando, fue un poco difícil y él en medio de su afán por irse a trabajar le dio mal genio y me dijo que primero estudiara más él no entendía que la manera que yo llevaba era diferente pero es un ejemplo para saber que debemos hacer las cosas y buscar respuestas de diferentes maneras.

Qué mejor ejemplo de hombre como maestro cuando a los tíos mayores les enseñaba cómo hacer los experimentos para las actividades del colegio enseñando con métodos prácticos y con los recursos que se encontraban en la casa como tablas, un motor de pila una cadena de un cortaúñas el cual servía para marcar la velocidad de un vehículo en una rampa diseñada para mostrar el resultado de la gravedad.

Nunca olvidaré cuando a la edad de 6 años decidió ir a visitar a los abuelos en su tierra natal Florencia, organizando un viaje de noche y con una hija de una inquilina que en ese momento era casi familiar o conocida de la región la cual vivía en la casa, en ese momento esta niña nos acompañó durante el viaje, al llegar a Florencia nosotros habíamos decidido llevarle pan a la abuela desde Bogotá, cuando llegamos a dejar la niña en la parte urbana de Florencia, muy contenta le dijo a la abuelita abuela mira lo que te traje y nos dejó sin pan para la abuela de nosotros, pues

qué tocó, comprar en el pueblo pan o parva como lo llaman para no quedar mal sin un detalle ante la abuela Isabel, lo malo era que ese pan se lo había enviado el abuelo Libardo.

Al llegar a la casa de la abuela Isabel, mi asombro fue aún mayor cuando la abuela encontró una plasta de mierda de vaca en todo el patio de la casa y quién dijo miedo, la fue cogiendo con las dos manos y zas para el potrero, como si nada, yo quedé asombrado por esta acción, pero igual no le di mente, nos quedamos a dormir. Recuerdo que esa noche nos dieron frijoles y era tanto el cansancio que tenía, que sentado en una butaca de madera me cogió el sueño y se me soltó el plato con todo y comida esa noche la abuela en medio de su humildad nos tendió una colchoneta y dormimos en la misma pieza donde ella dormía, en medio de su pobreza nos atendió lo mejor que pudo.

En estas tierras de Florencia los recorridos las enseñanzas y lo vivido con él fue fenomenal, recuerdo que fuimos a visitar a uno de los tíos y en la finca tenían patos, había una pata con sus crías y en ese momento por donde escurría el agua del lavadero se posó una mariposa azul una mariposa que se llama imperial, yo quería cogerla porque en esa época mi mamá coleccionaba mariposas las disecaba y las colocaba en una cartulina pero oh sorpresa que cuando la fui a coger uno de los paticos me la espantó, me dio tanta rabia que cogí el pato ahogarlo en un charco de agua cuando mi tío me vio me regañó y me dijo que soltara el pato.

Posteriormente a la hora del almuerzo sí señor nos hicieron un buen agasajo donde nos hicieron un sudado de pato, pero yo al ver esa carne tan negra no me la quise comer le dije a mi tío que no quería, él en medio de bromas me decía que no había problema que eso era igual que la carne de gallina, pero por más que me insistió no lo pude hacer.

Y cómo olvidar la noche en que estábamos en la casa de la tía Fabiene cuando estábamos festejando en medio de la algarabía de la fiesta y escuchando música montañera, recuerdo que todos los familiares que se encontraban en ese momento disfrutaban mucho y estaban muy contentos, posteriormente llegó full comida de sancocho de gallina, mi tío se estaba tomando unas cervezas y celebrando con sus primos y demás familiares cuando de un momento a otro le dio un ataque, el miedo fue grande y más cuando lo atendieron en una habitación y en medio de su convulsión se rompió la frente, yo lloraba desesperadamente y más cuando veo que de su frente le escurría sangre por toda la

cara, el susto fue mayor porque al verlo pálido y con sangre me dio mucho miedo y lo que hice fue taparme la cara con una almohada y seguir llorando hasta que él después de este episodio ya se calmó y me dijo que me calmara que todo estaba bien nunca he podido olvidar ese recuerdo.

Recuerdo también cuando el abuelo en la ladrillera la Candelaria estaban en huelga, llegó José abad Milena y otros compañeros de la universidad con el fin de apoyarlos y no se me olvida la canción que ellos repetían en medio de sus guitarras donde decían: “que los pobres coman pan y los ricos mierda mierda” se me quedó grabada esa frase ese día al lado de una olla con full sancocho para todos y cada uno de los que compartíamos, recuerdo porque existe una fotografía con mi tía Clara recostados contra la malla de la ladrillera y además la armonía y la alegría que se sentía en medio de su protesta la cual yo no tenía el concepto claro del porqué estaban en esa situación, pero como todo niño disfrutaba cada momento de mi vida.

Otra anécdota que no puedo olvidar fue cuando en una ocasión llegó a la casa una carta por correo y nosotros en medio de la curiosidad decidimos abrirla era una carta en una lámina de madera donde su esposa Milena lo felicitaba creo que de cumpleaños, con mis tías mayores decidimos mirar que era la información que traía, pero la sorpresa fue que el tío Abad llegó y estaba en la tienda y yo en medio de la inocencia le conté que había llegado una carta de Milena y fue cuando se dio cuenta que la habíamos destapado y la habíamos leído al preguntarme que como sabía que era Milena, sin saber que existía un respeto por las cosas privadas de los demás

También recuerdo cuando llegaba en horas de la noche de su estudio de la universidad o el trabajo y hacía bromas para asustarnos a los más pequeños, se colocaba máscaras o pelucas.

Antes de entrar a la casa cuando él llegaba el susto para nosotros los pequeños era muy grande ya que en el barrio San Francisco se escuchaba de peligros de gente mala y hasta de locos, por lo tanto, siempre él en medio de su conocimiento de su estudio de sus ocupaciones diarias nos hacía reír con el fin de hacer la vida más amena

Recuerdo también cuando ya éramos más grandecitos que nos motivaba a hacer deporte, en una ocasión nos fuimos con las tías a una de las canchas del barrio y en esta ocasión había un deportista que jugaba baloncesto el cual invitó a las tías a jugar explicándoles cómo era el entrenamiento, haciendo sus pases

sincronizados, pero él en medio de su mal genio por no estar disfrutando en ese momento entre todos, tomó la decisión de devolvernos para la casa y sí señor su regaño se los pegó por no respetar el espacio que compartíamos con él.

Recuerdo también que en su tiempo de recién casados nos invitaron al apartamento donde vivían en el barrio Matatigres un poco más al norte de San Francisco, con mis tres hermanos Weimar, Gislenny y Yarmaile, estando allá nos puso a dibujar, recuerdo tanto que yo dibujé a condorito con unos plumones que él nos prestó, esos son muestras de que él siempre quiso enseñarnos de cualquier manera, ya fuera con los números, con dibujos, con anécdotas, con experimentos, pero siempre la enseñanza por delante.

Recuerdo también que en la casa en San Francisco llegaban momentos donde él programaba actividades de competencia sana como escribir un cuento, la tarea era que cada uno debería escribir un cuento para la semana siguiente leerlo delante de todos, esa vez yo me gané el concurso escribiendo un cuento muy similar a Hansel y Gretel, ya que mi mamá cuando éramos pequeños hizo los recortes de una revista de modas de este cuento con el fin de aprender al llegar de la escuela, recuerdo que ella estaba sentada en su máquina de coser cuando nos llamó para que escucháramos dicho cuento ya que nunca tuvimos cuentos, nunca nos compraron libros que nos ilustraran la infancia que siempre tuvimos.

Como fue el primer cuento que mi mamá nos leyó se me quedó grabado en la mente y ese fue la guía para haber ganado dicho concurso me acuerdo que me dieron un dominó y en medio del juego con los tíos y mis hermanos se perdieron las fichas, total nunca cuidábamos los juguetes, éramos más prácticos en el momento de divertirnos, inventábamos juguetes con las cajas de bocadillo con tapas como ruedas con un alambre como eje y así muchos otros juguetes que nos permitían ser felices.

Ya con el tiempo retomamos la convivencia con él y sus hijos, tuve la oportunidad de visitarlos en Villa de los Alpes cuando ya su hijo David Nicolás estaba un poco más grande me acuerdo tanto que era feliz allá porque David Nicolás tenía muchos juguetes instrumentos musicales y compartíamos con él yo en medio de eso jugaba y aprovechaba para disfrutar de estos instrumentos, él se encontraba en la casa y su esposa trabajando a lo que asumo que se turnaban para el cuidado del hijo recuerdo siempre que la atención por parte de él era muy buena siempre

nos recibía con buenas frutas con buena comida buena atención y ante todo la educación que siempre permanecía en ellos constantemente con el fin de difundirla tanto en la familia como en los demás.

Cuando pequeño también recuerdo que siempre me recalaba que mi papá era un gran hombre independientemente de toda la vida que le haya dado a mi madre él siempre se refería a mi padre como una gran persona como un gran ser humano y lo respetaba y lo admiraba mucho.

Recuerdo también que mi tío Rubinel siempre le insistió que se pensionara que se dedicara a escribir un libro para que quedara el legado de él para la familia y para la humanidad pero él nunca le puso cuidado, decidió seguir laborando con el fin de darle un bienestar a sus hijos, con el fin de que ellos también se educaran, algo muy triste porque siempre tuve la expectativa y tuve la esperanza de que lo hiciera con el fin de conocer la manera de escribir de transmitir sus conocimientos a quienes lo necesitaran.

Ya en mi época de estudio cuando él orientaba clases en la universidad distrital Francisco José de Caldas tuvimos la oportunidad de compartir como profesor y alumno yo ingresaba a sus clases con el fin de reforzar las materias que yo veía en mi carrera era tan agradable y tan amena la clase con él que veía uno los ejercicios difíciles como si fueran una suma o una resta, me acuerdo tanto que me recaló lo del teorema de Pitágoras en una de las evaluaciones que le presenté el cual me decía que los estudiantes que entraban de bachillerato a primer o segundo semestre ni siquiera sabían determinar el teorema, lo que decía que la educación en cierta forma no era del todo buena, posterior a las clases que me orientaba y cuando salíamos en horas de la noche él se tomaba la molestia de llevarme en su carro Sprint, me acercaba a la casa ya que nos quedaba por la misma ruta lo cual para mí era de gran ayuda porque llegaba más temprano a mi casa a seguir haciendo trabajos estudiando para evaluaciones y al otro día madrugar a trabajar.

Da tristeza el recordar cuando empezó su enfermedad recuerdo mucho que para el año en que murió mi suegro (2012) él nos acompañó en el velorio y una acción que recuerdo era que él se iba para las otras salas a saludar a la gente que acompañaba los otros difuntos y les decía que él se encontraba acompañando al muerto de la otra sala, la gente en medio su inocencia al que saludaba le correspondía dándole la mano.

En otra ocasión decidí ir a la casa de él en el barrio San Fernando el cual el cual necesitaba que me orientara unos ejercicios de cálculo, pero él ya en medio de su falta de conciencia que se iba agotando poco a poco decidió decirle a su hijo Neil Rolando que me colaborara con eso al ver que él no podía dar los resultados esperados en dicha operación del ejercicio.

Este es un homenaje más que merecido al Gran pensador de la familia, de la humanidad, a ese hombre que siempre buscó guiar a quien lo necesitara con el aporte de su inteligencia, de su conocimiento, de su sabiduría, le dejó un gran legado a la familia por eso debemos honrar su memoria y sé que en esta situación cómo se encuentra el pretende dar un ejemplo más de vida de resistencia, de resiliencia para quienes lo rodean, por eso agradezco a mi tía Sofía Giraldo por plasmar estas letras con el fin de que todos conozcan su gran historia, agradecer a la familia por estar siempre unida y atenta en el cuidado.

Agradecer también a la menor de las tías, la tía Jenny quien con su corazón tan humilde nos ha demostrado ese amor, ese cariño por este gran ser humano, también otro ejemplo de vida al demostrar esa grandeza, ese corazón y ese gran amor que tiene por su hermano mayor, mil gracias a Jenny y su familia por la atención tanto con los abuelos como con el tío Abad sé que se ganó el cielo más de lo que lo tenía, por eso reitero las gracias a esta mujer por tanto amor demostrado y entregado al cuidado de mi tío José Abad.

Y cómo no recalcar ese amor tan grande de madre hacia mi tío José Abad, quien en medio de su dolor aguanta y soporta el ver la situación de él, sé que su corazón está arrugado del dolor por saber la gran persona que era, lo grande que demostró ser desde pequeño en sus tierras florencianas, por estar ahí cuidándolo, paladeándolo, haciéndolo sentir que tiene una madre a su lado, la cual lo sigue amando, cuidando y lo cuidará por siempre.

Socrates Cardona Giraldo

Villa de Leyva Aproximaciones al mundo de José Abad

Germán Zarama Vásquez



**Villa de Leyva Boyacá
Junio de 2016**

Inicia la aventura

Un paseo inolvidable, el protagonista. José Abad; de camino nos conduce la intriga y la ansiedad por las congestionadas calles de Bogotá; al encuentro él, su mirada caracterizando la sorpresa y también las palabras “Hola Solfidia”. Mi alegría y la curiosidad al saber que por primera vez íbamos a pasear con él a solas. En el encuentro se dibuja una sonrisa en su rostro de emoción y ansiedad; metido entre su bufanda de cuadros como devolviéndose a la niñez...

i— ¿ya está listo? Mi invitación con gran emoción

i— nos vamos de paseo?;

—si estoy listo; vamos, vamos...

*Su hijo Nicolás baja con la maleta y se despide con gran afecto...—Pa, que te vaya bien,
igualmente nos despedimos.*



“Dodó” un nuevo acompañante

Nuestra primera parada al dejar la ciudad después del peaje encontramos un gran supermercado, donde nos aprovisionamos para el viaje.

En la búsqueda de insumos apareció la sección de mascotas de peluche; cuando Abad se queda mirando, inmediatamente le preguntamos si quería escoger una mascota para que nos acompañe esos días.

No somos el mundo, ni dueños del universo; sencillamente sufrimos y hay mucho dolor cuando no lo aceptamos. La riqueza que nos brinda la vida está en el presente; en ver lo invisible, en escuchar lo inaudible, en degustar lo insaboro, posibilitándonos en enriquecer nuestros sentimientos y emociones en nuestras vidas.

Gracias José Abad por ser mi amigo, por delinear nuevos escenarios que nos convocas a vivir.

Con todo mi aprecio y gratitud.

Tu amigo Germán Zarama.

El escogió a “Dodó”, es así como un oso de tamaño regular fue su selección. Se le busca un nombre a la mascota aproximándonos al sinónimo y acción de dormir y descansar que en el argot francés se denomina Dodó. De esta manera un nuevo integrante se nos ha vinculado a la aventura

DISQUISICIONES

Viejo amigo de juventud de José Abad; considero que la vida es el presente, y es ahí donde es necesario aprender a desentrañar sus mensajes y enseñanzas. Mi amigo hoy sigue siendo único, “las distancias” son desafíos de nuevas aproximaciones, la complejidad del universo nos lleva a aterrizar en nuestra singularidad como seres humanos. Cuando omitimos unos sentidos, nuevos senderos se abren, otras posibilidades aparecen. Desde el desafío a la aceptación del otro se inicia la posibilidad de la comunicación, el juego, la interacción.



**JOSÉ ABAD GIRALDO PÉREZ
Y LA METAFÍSICA DE LA
ESPERANZA
A MANERA DE PREÁMBULO**

*“Los que fueron la alegría y el calor de aquella casa
se marcharon unos muertos y otros vivos
que tenían muerta el alma
se marcharon para siempre de esta casa.”*
LAS ACACIAS
Pasillo de Jorge molina y Vicente Medina

«Ya esto me lo sé de memoria -gritaba Úrsula-. Es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio.» Así clama la matrona de Cien años de soledad, contemplando uno de los tantos disparates promovidos por José Arcadio con los que alebresta a los hombres de Macondo una y otra vez a seguirlo en sus alocadas aventuras. La referencia viene porque se me ocurre que bien mirada la historia de la humanidad da vueltas sobre sí como insectos alrededor de una luz artificial. Hoy igual que en innumerables ayeres nuestra historia local se repite, cambian los escenarios, las luces, los rostros, pero en esencia los dolores, las injusticias, también las esperanzas y los amores siguen dando vueltas como queriendo regresar a un vórtice que nos lleve al origen.

UN REGALO INESPERADO

Sé que queda mucho recuerdo por contar, pero es imposible abarcarlo todo y ahora es momento de hablar del motivo central y fundamental de estas notas: El regalo que la vida me hizo en este anodino cenáculo.

A ese círculo de pedante ignorancia comenzó a asistir José Abad Giraldo Pérez, un estudiante de la licenciatura en Física de la universidad Pedagógica Nacional. De extirpe paisa, hijo de un obrero que laboraba en la ladrillera del barrio San Francisco. Fue él quien tuvo la lucidez y entereza de cuestionar las verdades absolutas que a todos nos embelesaban. Para ese entonces ya no

eran un secreto las atrocidades del régimen estalinista ni el cada vez más evidente fracaso de Cuba como modelo del nuevo mundo en América Latina.

Fue José Abad quien empezó a construir la voz contradictora al absolutismo, en este grupúsculo que nadaba en la ignorancia y gozaba de una visión perfectamente miope, en consonancia con su deficiente formación filosófica y política, aunada al hecho de estar en una edad en la que creemos que todo es posible solo porque lo soñamos.

LAS RAZONES DEL CORAZÓN

Sintetizo en unas líneas algo de esas razones:

José Abad, se casó con mi amiga del alma, Myriam Elena Corredor Súa, (Miyú) con ella formó un proyecto de vida que se hizo a pulso, con tesón y trabajo. Sus dos hijos: Nicolás y Neil son la huella vital de estos dos seres excepcionales, para quienes hemos tenido la suerte de gozar de sus afectos y de su amistad. Fue una familia pedagógica en todo el sentido de la palabra: ambos licenciados y maestros de la secretaría de Educación del Distrito. Como veo esa historia hoy, tuvieron el coraje de construir una realidad verdaderamente revolucionaria. Pues qué mayor rebelión que la de cambiar los postulados que nuestro entorno nos grita y que en la mayoría de los casos seguimos repitiendo; que solo servimos para determinados oficios, que el estudio no paga o que lograr una condición económica digna es un imposible. Sólo quienes conocimos nuestros hogares de esos años, los entornos físicos en los que crecimos, sabemos por qué la labor de estos dos seres es un milagro o una verdadera revolución; que estudiar y trabajar sí paga y que amarse siempre dará una buena cosecha.

La vida en sus altas y bajas nos alejó y nos acercó a lo largo de estos años. El tiempo nos alcanzó para reunirnos y compartir nuestros gustos musicales, algunas opiniones sobre la literatura, el arte y algo de política; con sus hijos y mis hijas. Siempre pudimos hablar y expresar lo que cada uno sentía, pensaba y degustaba sin cortapisas. Todo en un ámbito de respeto y de sentir que el escuchar lo diferente nos construía, no nos enfrentaba. La música, el vallenato de los juglares, la balada de nuestra juventud, el rock, el metal de nuestros hijos e hijas, los bambucos y por supuesto nuestros gustos literarios, amenizaron

charlas que, lamentablemente, no fueron con la frecuencia que hubieran merecido. Sin embargo, seguíamos sabiendo noticias de cada uno de tanto en tanto.

El tiempo pasó y un día supe que Abad estaba pensionado y dejaba su trabajo en la cátedra universitaria para dedicarse solo a su labor como coordinador de un colegio distrital. Luego, muy pronto comenzó su drama y nuestro desconcierto y dolor. Este profesor lúcido y de una enorme generosidad, comenzó a perderse en su propia mente. Su voz se fue extraviando por meandros desconocidos que lo llevaban a un mar de silencio y que lo sacó de la vida profesional activa para reducirlo a su apartamento, al cuidado de su esposa, de sus hijos, de su familia. La voz de Abad se fue apagando como una vela que se consume, pareciéndose cada vez más a un niño que lanza frases sueltas y aparentemente sin conexión. El amigo con el que podía comentar de la vida, de música y siempre de la literatura de Sábado, se fue silenciando, encerrándose en su propia casa mental. Casa que fue quedándose sin ventanas y sin puertas. Apenas algunas rendijas nos decían que allá muy adentro aún estaba José Abad. En los últimos tiempos en que pude escucharlo, su voz regocijada de niño me saludaba insistentemente con un nombre que pocos amigos conocían de mí: Beto el recluta. Hoy José Abad no habla, sus ojos son dos charcos de aguas mansas que resguardan para siempre su memoria. No volvimos a escuchar la caricia de sus palabras. Esa ha sido la síntesis de esta razón del corazón. Por supuesto que ni de lejos logra retratar la magnitud del amor construido con Miyú, Nicolás, Neil y las familias Corredor Súa y Giraldo Pérez; estirpes boyacense y paisa, respectivamente.

UN UNIVERSO LITERARIO Y UN AMIGO

Muchas veces ha rondado mi cabeza la idea de comentar, por lo menos, algunos de los encuentros que he tenido con la obra de Sábado. Por supuesto que en la vida de los que tenemos la dicha de haber alimentado la existencia con la nutrición proveniente de esos objetos misteriosos que son los libros, hay lecturas y autores fundamentales, algo así como la leche materna, que funda no solo la fuerza de nuestra corporeidad sino el andamiaje de nuestro sentir.

En mi caso, una de estas fuerzas nutricias es Ernesto Roque Sábado Ferrari. Para hablar de Sábado y del amigo que me encaminó a leerlo y que ahora discurre sus años en silencio y

rodeado del amor de los suyos, quiero hallar la justificación en unas pocas escenas de su inmensa obra. Inmensa no tanto por la cantidad de lo escrito como por lo profundo y universal de la misma.

Para este pequeño homenaje privado, he querido hablar, por supuesto de Uno y el universo y unos pocos hechos de la trama narrativa de su segunda novela publicada en 1961; Sobre héroes y tumbas; y con la que he tenido diversos encuentros cada uno de un color y emoción diferentes. Bien podría citarlos por los nombres de los personajes que me sirve de referencia: Martín, Hortensia y D'Arcangelo.

El universo narrativo sabatiano es una exploración a zonas profundas de la condición humana. En sus tres novelas hay personajes atormentados, mundos de dolor y oscuridad, pero también mensajes sabiamente dosificados de esperanza, de luz y de amor.

LA METÁFISICA DE LA ESPERANZA:

DOSCIENTOS PESOS

Una tarde perdida en el tiempo recibo la visita de José Abad que va a buscarme a mi casa para compartirme 200 pesos. Era día de pago para él y de dones para mí. Doscientos pesos de ese momento, servían muy bien para más que un almuerzo, pero lo trascendente de este hecho simple y maravilloso no es el valor monetario, es el momento de luz que para cualquier ser humano puede significar un acto de solidaridad, ahí está el sentido pleno de lo que Sábato llama la metafísica de la esperanza. Esos actos anónimos y simples, siempre llevarán la semilla para salvar este mundo. Puesto que cambiar una sola situación de desesperanza es enviar una sonda espacial en busca de atravesar la oscuridad.

Desde entonces sé la diferencia entre la limosna que se da para descansar la conciencia y el amor que se comparte a través de un bien material. Este último es mucho más que el valor nominal pues está cargado de lo mejor del alma del que lo da. También, como en la novela fue un bautizo de verdadera hermandad para siempre.

Alberto Cupitra García, gran amigo



**HUMILDAD. DEL CAMPO A LA CIUDAD.
RAÍZ DE LA TIERRA CALDENSE**

ISBN: 978-628-02-0675-2



9 786280 206752